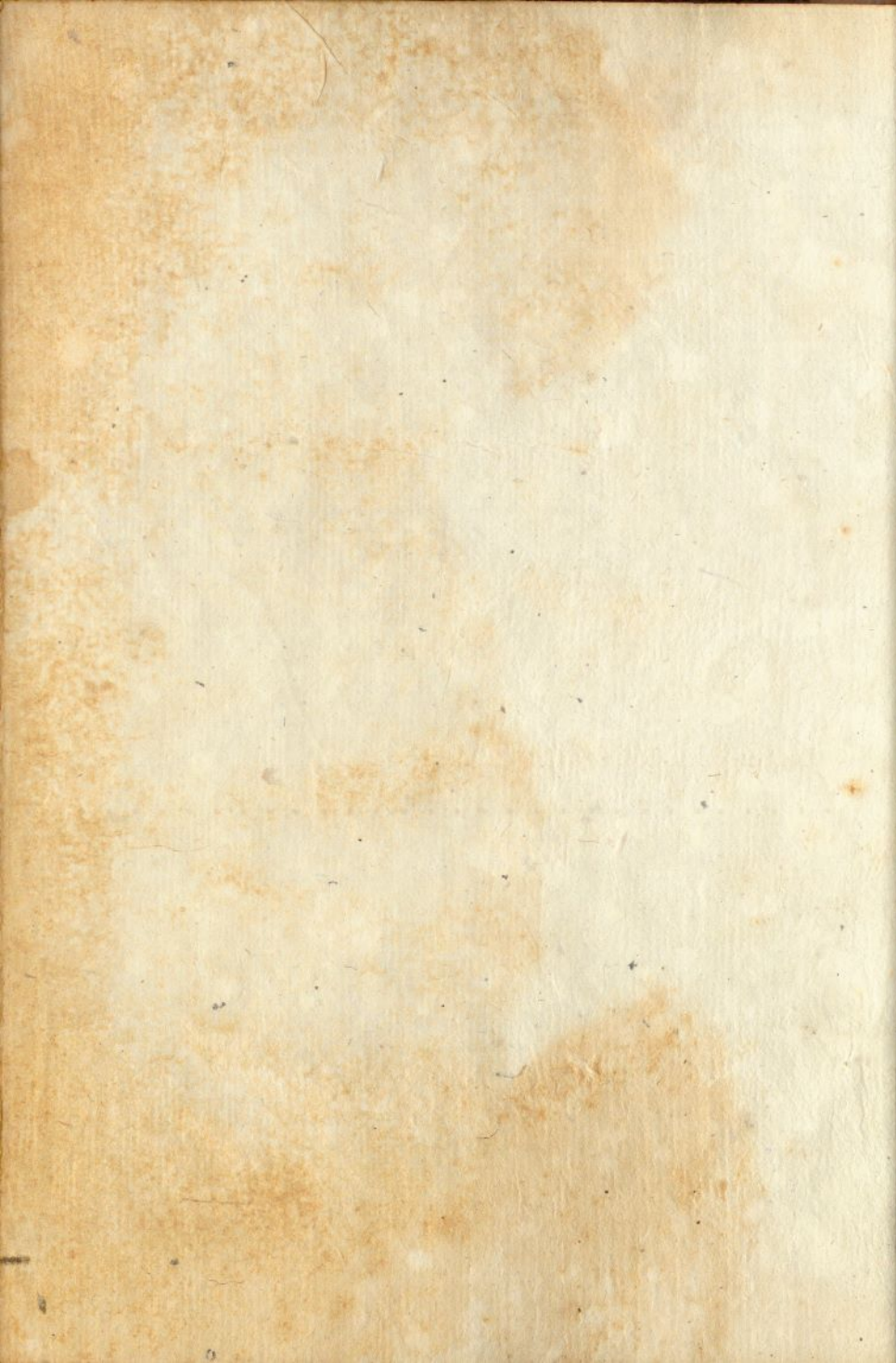


WAN  
TON

T. II







VIAGES  
DE  
ENRIQUE WANTON  
A LAS TIERRAS  
INCOGNITAS AUSTRALES,  
Y

AL PAIS DE LAS MONAS:  
EN DONDE SE EXPRESAN  
el carácter, ciencias, y costumbres de estos  
extraordinarios habitantes.

TRADUCIDOS DEL IDIOMA INGLES AL ITALIANO,  
y de éste al Español,

POR DON JOAQUIN DE GUZMAN,  
y Manrique, &c.

TOMO SEGUNDO.

Con láminas, que representan algunos pasages de  
la Historia.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

---

MADRID. Año DE 1778.

---

*Se hallará con los demás Tomos de la obra en la Librería  
de Don Bernardo Alberá, Carrera de San Geronimo.*



VIAGES  
DE  
ENRIQUE WANTON  
A LAS TIERRAS  
INCOGNITAS AUSTRALES,  
Y

No sé por donde mundo te remiende:

Conozco que me mato, y que me canso.

Por lo que nadie sabe, ni lo entiende.

*Gregor. Morill. satir.*

TOMO SEGUNDO.

Con láminas, que representan algunos pasages de  
la Historia.

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

MADRID, Año de 1775.

Se halla en las librerías de la Corte en la librería  
de Don Bernardo Aldas, Calle de San Gerónimo.



# INDICE

## DE LOS CAPITULOS

que contiene este segundo

Tomo.

<b>C</b> AP. I. Del ánimo que formaron Ro-	Fol.
berto, y Enrique de poner casa; y por qué	
desistieron de su intento. . . . .	1.
Cap. II. Del convite que tuvo Enrique en casa	
del Señor Jazmin. . . . .	7.
Cap. III. Prosigue la materia del capitulo ante-	
cedente. . . . .	13.
Cap. IV. De los villetes que enviaron à Enri-	
que los hijos del Señor Jazmin, y sus res-	
puestas. . . . .	18.
Cap. V. De las nuevas honras que merecieron	
al Principe, y fin de la aventura de la casa	
del Señor Jazmin. . . . .	25.
Cap. VI. De lo que observó Enrique en la	
Opera. . . . .	33.
Cap. VII. De la visita del Impresario; y del	
asunto del Pleito que havia de votarse. . .	39.
Cap. VIII. De la novedad que turbó el sosiego	
en el Palacio del Señor Haya. . . . .	49.
Cap. IX. De la Junta de Médicos. . . . .	54.
Cap. X. Del teatro cómico de los Monos. . .	64.
Cap. XI. De lo que pasó á Enrique con el Se-	
ñor Romero. . . . .	73.
Cap. XII. De la visita de Enrique al Señor Pe-	
re-	



regil. ....	89.
Cap. XIII. De la sentencia dada en el Pleito del Volatin. ....	100.
Cap. XIV. Del juicio que hizo Enrique de las Composiciones teatrales de aquel País. ....	115.
Cap. XV. De la venida de los Villanos; y aventuras de Enrique con Madama Espina; y en la tienda del Café. ....	127.
Cap. XVI. Finalizase el suceso de los Aldeanos: Vá Enrique à casa del Presidente, y con él à Palacio. ....	136.
Cap. XVII. De la conversacion de Enrique, y el Presidente. ....	144.
Cap. XVIII. De la visita de Enrique à Madama Betónica; y de lo que pasó con Madama Zanahoria. ....	155.
Cap. XIX. De las exequias del difunto Generalísimo. ....	168.
Cap. XX. Publicase la boda de la hija del Señor Haya. ....	176.
Cap. XXI. De las primeras vistas de los novios. ....	183.
Cap. XXII. De las Máscaras, y la Tertulia. ..	190.
Cap. XXIII. Del juego, y bailes de estas Provincias. ....	205.
Cap. último. De la boda de Madama Lechuga. ....	217.



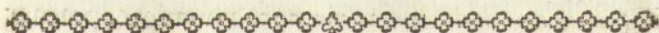
# VIAGES

## DE

### ENRIQUE WANTON

#### AL PAIS DE LAS MONAS.

#### TOMO SEGUNDO.



#### CAPITULO PRIMERO.

*Del ánimo que formaron Roberto , y Enrique  
de poner casa ; y por qué desistieron de  
su intento,*

**L**A virtud de Roberto , y sus prudentes consejos me havian ido conduciendo à un estado de vida aun mas ventajoso que el que podia prometerme la constitucion de aquel destino. De los viles tratamientos de los ignorantes , è indiscretos villanos , pasé repentinamente quasi de las garras de la muerte , al mas alto grado de honras , y fe-



licidades. Gozaba el fruto de la sábia direccion de un buen amigo , y admiraba en mis fortunas el precio de la verdadera amistad , que debe ser tanto mas estimada , quanto es el encontrarla mas difícil. Muchas veces es empresa mas ardua conservar la buena suerte , que saber adquirirla: Los méritos de Roberto la alcanzaron; él por consiguiente havia de llevar el peso de mantenerla. Las continuas advertencias de mi amigo , y las luces , y experiencias que producen las desgracias , debian bastarme para dirigirme sabiamente por mí mismo , sin haver de llevar al lado siempre un consejero de mis pasos. Yo me creí ya capaz de manejar en los ordinarios sucesos de la vida , y tal fue tambien la opinion de Roberto , que además de esto , no podia estar siempre conmigo , porque la bondad del Principe le havia ocupado en negocios de honor , y de consecuencia.

De aqui fue , que para el recíproco conocimiento de nuestros descubrimientos , establecimos entre nosotros el método de comunicarnos todos los dias nuestras observaciones , y quanto nos sucediese. Por esto Yo aprendia de él las leyes , la política , y otros puntos de grandísima consideracion , que forman lo esencial de aquel gobierno; y en recompensa él sabía por mí las costumbres , y caracteres de los Ciudadanos , que mas le servian de pasatiempo que de instruccion. A poco tiempo llegué à estar mui versado en todos los puntos que pertenecian à mi compañero , el que de mí , repito , no sacaba mas fruto que unos conocimientos de poco valor , pero que no le desagradaban en las horas ociosas. De lo que Yo le con-



contaba tomaba materia para instruirme en el manejo con que debia portarme , y algunas veces me corregía los defectos involuntarios que cometia, sugiriendome máximas, con las que en iguales circunstancias aprovechaba, al paso que me atraíia la comun alabanza. ¡Dichoso Yo, si en todo hubiese seguido su dictamen ! El escrúpulo en algunas ocasiones de no revelar secretos de otros, me impedía comunicarle muchas cosas, que pedían su consejo mas que las otras ; de donde dimanaron las desgracias que me sucedieron despues, y que hubiera podido evitar mui facilmente. Demostraránse estas verdades en el discurso de estas Memorias.

No olvidado Roberto de la doctrina que nos dió el Ministro , me propuso que mudasemos los vestidos, acomodandonos al estilo del País. No ignoraba él, que la variedad en los trages no debe influir en la opinion que se forma de los que se sirven de ellos; pero por lo general los Monos tienen tal contrariedad à los adornos que se diversifican totalmente de los suyos, que han concebido una especie de rusticidad en los que así los usan. Quedamos esentos de la nota , vistiendonos à la moda de aquellos naturales. Conocióse inmediatamente el buen efecto del cambio , porque el Pueblo cesó de insultarnos ; no se desdeñaban los jóvenes mas altaneros de pasear à nuestro lado por las calles públicas, y las Damas depusieron mucha parte de su fastidio. Aun lo mas escogido del Reino alabó en extremo nuestra determinacion; de modo, que yá quasi no nos consideraban hombres, sino del todo Monos. Asi es verdad , que hai



ciertas preocupaciones que no las adopta sólo la plebe, sino que poco à poco van introduciendose de clase en clase hasta contaminar Provincias, y Reinos enteros.

Todas las circunstancias parece que à porfia concurrían à elevarnos al grado mas superior; pero aún nos quedaba que desear aquello, sin lo qual los honores no son mas que un vergonzoso peso. ¿En un País forastero, sin los auxilios necesarios para la vida, còmo podíamos prometernos una decorosa manutencion, y lustre entre aquellos Ciudadanos? Verdad es, que la liberalidad del Señor Haya nos subministraba todo lo que havíamos menester. ¿Pero hasta cuándo deberíamos serle gravosos? ¿Quién podia asègurarnos que él podría, ò querria continuarnos su beneficencia? Finalmente, por mas brillante que apareciese nuestro porte siempre le considerabamos inmediato al precipicio. Todo el que tiene entendimiento sabe quanto acibára este pensamiento à los mas excesivos gustos del favor de la fortuna; y así teniendole nosotros presente en nuestro estado, nos encontramos en el mayor ahogo.

No quiso el Cielo que tuviesemos largo tiempo esta zozobra. El Principe se hizo cargo de nuestros sucesos, y previó la agitacion en que nos tendria la falta de medios para mantenernos en un País separado del nuestro por medio de una vastísima extension de agua. En conseqüencia de sus reflexiones para socorrernos, providenció aplicar una pension vitalicia à cada uno de nosotros sobre las rentas de su erario. La liberalidad acompañaba al beneficio, por consistir la consignacion en mil  
es-

escudos de oro anuales para Roberto, y otros tantos para mí. Esta inesperada clemencia colmó nuestros ánimos de un verdadero consuelo, viendonos, mediante una asignacion tan generosa, libres de los males que trahe consigo la pobreza, y con medios para poder comparecer entre los mas ilustres Monos con aquella grandeza, y esplendor, sin la qual desprecia, ò à lo menos no hace caso el vulgo de los mas sobresalientes adornos del ánimo, y del entendimiento.

Dimos las debidas gracias, haciendo las regulares protestas, y promesas de un eterno reconocimiento que las sugiere el interés, y nos queremos hacer creer à nosotros mismos que son efectos del agradecimiento; y despues me expuso Roberto, lo que le pareció debiamos executar, diciendome: Yá es tiempo de que pensemos en no ser mas gravosos à la casa de un amigo, à quien debemos nuestras fortunas; razon será, pues tenemos suficiente proporcion para mantenernos con decencia, que no continuemos en molestar à quien nos favorece: Por tanto es mi parecer, que pongamos nuestra casa, y en ella viviremos con aquella comodidad, y decoro que nos permitan nuestras rentas. Gustoso condescendí à las razones de mi amigo, y resolvimos despedirnos aquel mismo dia de la casa del Señor Haya.

Antes de dar este paso le enviamos un regalo, que consistia en parte de nuestras armas, que eran el objeto de su admiracion, y algunas otras cosillas Europeas, que eran en sí de poco valor, pero de bastante estimacion por nuevas. Recibió el generoso Huesped con todo aprecio este tributo de  
nues-



nuestra gratitud, y vino en persona con sus hijos à demonstrarnos su mas vivo reconocimiento. Despues de las acostumbradas formalidades le declaró Roberto el designio de ser yá mui debido relevarle de la molestia de nuestras personas. Mudó todo el color al oir esta noticia, asaltandole una verdadera tristeza, y nos dixo: ¿Y havré de creer como cierto, amados amigos mios, que quereis privarme del mayor bien que jamás puedo esperar poseer? ¿Si no hai duda que por mi medio haveis alcanzado la gracia del Principe, por qué se ha de convertir en mi daño el beneficio? No me servís vosotros de molestia, antes bien de honor; aquellas cortas asistencias que os subministro, abundantemente me recompensais con las ventajas que recibo de vuestra capacidad, y sabiduría; mi palacio es bastante capáz para daros alojamiento en él, y así, no incomodidad, muchísima honra sí se me sigue, de que os dignéis habitar conmigo. Haced lo que pensais, si es vuestra voluntad poner à un amigo en la mayor afliccion; pero si aún teneis el corazon compasivo, olvidad un designio que ha de serme tan funesto. A estas expresiones unieron con todo esfuerzo sus instancias los hijos, rogandonos que no tuviese efecto aquel proyecto, que los dexaba inconsolables.

Forzoso fue ceder à tan obligatorias violencias, y así resolvimos quedarnos en el mismo alojamiento. A fin de que nos fuese menos incómoda la detencion en su casa, nos destinó quarto absolutamente separado de la familia, con un criado para cada uno, que no tuviese otra obligacion, que hacer lo que le mandasemos: Pero

Ro-

Roberto , zozobroso por no poder recompensar tantas generosidades , quiso à lo menos dar à entender su reconocimiento , poniendolo en noticia del Principe, quien tomó por su cuenta la satisfaccion de esta deuda , y en su conseqüencia confirió à nuestro bien-hechor un lustroso empleo que vacó de alli à pocos dias. Yá entonces ( aunque siempre con la debida gratitud ) nos quedamos sin cortedad en aquel alojamiento , en donde nos trataba Madama Espina con todo agasajo despues de los adelantamientos que por nuestro medio tenia su consorte.

## CAPITULO II.

*Del convite que tuvo Enrique en casa del  
Señor Fazmin.*

**Y**A con uno , yá con otro de mis amigos me iba introduciendo en todas las asambleas mas ilustres, en donde procuraba con mis acciones , y con la precaucion en el hablar, atraherme las voluntades , no dando disgusto à persona alguna. A poco tiempo la mayor parte de la nobleza me concedió el honor de su amistad , con la que comenzaron à respetarme el Pueblo, y à tolerarme los malévolos ; estos escondian sus malvadas intenciones en lo mas interno del corazon , sin atreverse à volar la mina por el debido obsequio à la alta proteccion, baxo cuya sombra viviamos , y por no haver podido encontrar fundamento aun en mi conducta, de adonde poder dar fomento à los efectos de su aversion.

En-



Entre los muchos que con ansia solicitaban mi amistad fue uno el Señor Jazmin, que yá cité en el primer tomo, esforzando todos los medios de obtenerla. Convidóme un dia à comer con tantas instancias, que no podia escusarme en buena cortesía: Acepté pues, y nos fuimos juntos à su casa: Entré en un magnífico palacio, lleno de una prodigiosa multitud de criados, en cuya consecuencia hice un alto concepto de este caballero, el que aumenté quando fui viendo los preciosos adornos, y sobresalientes alhajas que se descubrian por todas partes: Recibíome con la mayor urbanidad, y estimacion en un gabinete enriquecido con los ornatos mas raros, y delicados que son imaginables, una desmesurada Monaza, rodeada de Monitas pequeñas; estas eran la esposa, è hijas del Señor Jazmin. Apenas me huve sentado sobre una especie de banco forrado de rica tela, quando la Señora me preguntó si havia estado alguna vez enamorado, Algo me sorprendió esta primer pregunta, porque ciertamente no la esperaba; pero respondí, que mi edad aun juvenil hasta entonces me havia tenido esento de las incomodidades de las pasiones amorosas: Antes bien haveis de decir, replicó ella, que teneis aun que envidiar los placeres que se derivan del amor. Entonces me hizo un confuso, largo, y poco honesto discurso acerca de la felicidad de los enamorados; añadiendo, que en tanto es un bien la vida, en quanto el amor la dirige. Las Monitas aplaudian esta doctrina, y añadian las reflexiones que su madre havia omitido. Como Yo era un joven inexperto, no dexé de escandalizarme, viendo tanta pericia del ar-

arte de amar en sugetos, que havian de ignorar los principios; y me maravillé tambien, de que en un cuerpo tan grande, y en una qüantidad de tanto peso pudiese habitar un espíritu tan ligero.

Mas no paró aqui este lance, pues Madama Calabaza (asi se llamaba la madre) queria empeñarme en ciertos asuntos amorosos. Yo entendí el misterio, y respondí, que no haviendo en aquella tierra hembras de mi especie, era imposible que Yo me determináse à amar, no debiendo persuadirme à que las Monas tuviesen el depravado gusto de poner en mí sus cariños. No conoceis vos al mundo, replicó ella; quando se trata de colocarse un sugeto ventajosamente, es necedad pararse en reflexionar, ni las qüalidades del cuerpo, ni los dotes del alma; basta saber, si el que se prepara para esposo tiene proporcionados havéres, segun las idéas de los padres de la esposa, que en tal caso poco importa, que su figura difiera poco de la de los brutos, y que tenga su espíritu alguna tintura de bestialidad. Horrorizóme esta máxima, sin llegar à persuadirme, à que lo general de los padres la siguiese; pues segun las leyes de la naturaleza, de la justicia, y de la sangre, debieran estos en la colocacion de sus hijas indagar con gran cuidado, y escoger aquel partido, que pueda conducir à las pobres interesadas à un verdadero estado de felicidad, y no hacerlas desdichadas para siempre. Pero es tanta la pasion de las riquezas, y de la avaricia, que para satisfacerla se desprecian todas las leyes naturales, y civiles.

Aunque las ultimas palabras de Madama Calabaza me pudieran haver hecho resentir, quise darme por desentendido, y echando à lo mejor el dis-



curso, respondí, que miraba como imposible, se halláse persona que entregáse su hija à un forastero, que por un raro accidente se hallaba en aquel País, de donde era regular marcharse, luego que tuviese ocasion oportuna. ¿Y si fuese à vos? replicó entonces Madama. Si hablára eso conmigo, añadí, no se hallaria en mí la facilidad que se piensa, para ligarme con un lazo tan desproporcionado, de que no podria seguirseme otra cosa, que dolorosas consecuencias. Mientras duraba esta conversacion estaba la hija mayor echandome unas ojeadas expresivas, que causaban en mi corazon un efecto totalmente contrario à el que ella se imaginaba. Yo estaba confuso sin determinarme à creer, si aquellos discursos se havian introducido para incluirme en un empeño, que era peor que la muerte, ò à fin de burlarse de mí para ridiculizarme despues por toda la Ciudad; dos cosas, que no sabía qual tener por menos mala.

Viendo mi constancia, y que nada se adelantaba; la joven de las miradas, que se llamaba Ortiga, se levantó de su puesto, y se vino à sentar à mi lado. Empezó suspirando à hablar de la pasion del amor con terminos enfáticos, en los que iba mezclando mil bellas, y graciosas consideraciones. Para que rebentáse la mina, ò si era burla, para volverla contra quien la armaba, dixe asi: Juzgo, Señora, que os haceis vos misma un grande agravio, mostrandoo tan erudita en un arte, que à vuestro estado répugna saber; y vos parece, que en él pretendéis la gloria de maestra. ¿En dónde haveis aprendido à enmascarar una tan viciosa pasion, y adornarla con tantas gracias? En la Opera, respon-

dió

dió ella francamente, he hallado todos estos sentimientos. Yo que entonces no entendia la palabra *Opera*, equivocandola, proseguí con mas seriedad la reprehension, y quando me imaginaba haver mortificado mui bien à la Señorita, y me estaba ya vanagloriando de mi triunfo, me hallé burlado de todas, que empezaron à reir à carcajadas con mi sencillez. Llegó à este tiempo el Señor Jazmin, contóle su esposa el suceso, y él sonriendose procuró descifrarme la equivocacion despues, porque ya era hora de sentarnos à la mesa.

Pusimonos à comer, y me tocó la suerte, ò, por mejor decir, la desgracia de sentarme junto à un joven muy mal criado, que era hijo del Señor Jazmin, tenia quanta altivéz era imaginable, à la que agregaba una ignorancia incapáz de correccion por estar unida à la alta idéa que de sí mismo tenia formada. Acababa de salir de un Colegio de nueva invencion, en que à fuerza de querer enseñarlo todo, se quedaban los discipulos sin saber una palabra. No podia hablarse en materia alguna, porque inmediatamente queria decidirla antes de saber el estado de la cuestión. Segun su dictamen todos sus Conciudadanos estaban enteramente ignorantes de todas las ciencias, y artes, de las que él solo era quien tenia claras, y distintas idéas: Habló sin venir al caso, de los movimientos de los planetas, del número de las estrellas, del fluxo del mar, del alma de los brutos, y se dexó por tocar la suya: Quando Yo proferia una palabra, me miraba con ojos de compasion, como que tenia lástima de mi ignorancia. Tuve que sufrir à este mentecato, porque estaba en su casa, y porque sus padres le escuchaban



con la boca abierta, y fuera de sí por el consuelo de tener un hijo, que à su parecer era un pozo inagotable de ciencia, un oráculo verdadero, y un portento de virtud.

Semejantes frutos sacan las ciegas preocupaciones, y una pésima educacion, segun cuyos principios, acompañados de la aprobacion de quien debiera corregirles los defectos, quedan incurables los infelices que reciben tales doctrinas. En efecto, este joven fue despues en las conversaciones comun pieza de entretenimiento, sin que por esto solicitáse su enmienda, porque intitulaba envidia à la justicia que se hacia à su falta de mérito. Despues de adulto, siempre quedó un necio, imbuído en algunas impertinentes quëstiones fisicas, incapáz de toda ocupacion de gobierno.

Yo estaba mui resentido de la burla que de mí havian hecho aquellas Monas, por lo que no me segué, hasta que me sacaron de mi error. La equivocacion de aquella voz me havia hecho formar un concepto injuriosísimo à la Señorita Ortiga, siendo lo que ella queria darme à entender, que en cierta representacion que entre ellos se usaba, havia aprendido los sentimientos mas delicados de la passion amorosa. Yo no tenia formada idéa de estas representaciones, por lo que rogué al Señor Jazmin me instruyese en este punto. Quería satisfacer éste mi curiosidad, quando el atrevido mozuelo interrumpió à su padre, para resolver el asunto. Ante todas cosas me honró con el título de bárbaro, y despues añadió, que en estas representaciones se imitan las acciones de los heroes. ¿Y qué tiene que vér el enamoramiento con el heroismo? repliqué

Yo;

Yo; pero nunca lo hubiera dicho : Se conoce muy bien , respondió , que pensais como lo que sois; por lo qual , ¿ para qué me he de cansar en explicaros lo que no podeis entender? Quedéme , pues, con el deseo de informarme de una cosa que este Doctor à la moderna , ò no sabía , ò no se dignaba comunicarme. Volvieron à salir à luz las proposiciones que me hicieron en el gabinete , Yo continué defendiendome , y el Señor Jazmin me hizo la guerra à lo político; su hijo calló un rato , y poco tiempo despues montó en cólera , gritóle el padre , reprehendióle la hermana , él se levantó , amenazandome con el ceño , y partió. Asi se finalizó aquel deliciosísimo convite.

## CAPITULO III.

*Prosigue la materia del capitulo antecedente.*

**R**Etiraronse las Damas à su quarto , y Yo quedé solo con el Señor Jazmin , que me fue enseñando el Palacio , y demostrando una infinidad de raras , y preciosas labores , que nuevamente havia ido añadiendo à la magnificencia de la fábrica. Yo estaba admirado viendo tantas riquezas , mas no pudo mi curiosidad dexar de preguntarle el precio de cierta colgadura que adornaba el salón en que entonces estabamos. Me haceis , dixo , una pregunta , que ni ahora , ni acaso jamás podré exactamente satisfacer. No obstante que la respuesta pudiese hacerme entrar en sospecha; la supuse de buena fé , y que queria decir , que no havia hecho perfec-



fectamente la cuenta de su coste, y que por esto no podia responderme. Como no entendí à fondo sus palabras, volví à preguntarle, cuánto le havian costado ciertas finísimas molduras mui bien doradas, que estaba mirando. ¿No os he dicho ya, replicó, que no puedo deciros su valor, porque no corre por mi cuenta? Con que segun eso, añadió Yo, otro lo dará por vos; sin duda será vuestra esposa, que tendrá el manejo de toda vuestra casa, y no la tomaréis cuentas en confianza de su integridad: perdonad mi atrevimiento, y considerad, que la curiosidad, madre del saber, es indispensable en un forastero, que se halla en un País tan distante del suyo.

Suspiró el Señor Jazmin, y dixo: ¡Ai, amigo, aun no haveis penetrado la fuerza de mis razones! os he dicho, que no corre por mi cuenta, y es verdad, porque no lo pago. Los Mercaderes, de quienes saco quanto se me antoja, escriben mi nombre, y el precio de los generos que me fian, en cierto libro, que ellos llaman de crédito, pero que con mas justa causa havian de llamar de cartas de pago, por lo que à mí, y à muchos toca: Los Artesanos concurren voluntariamente à darme gusto: Con esto entenderéis aora todo el sentido de lo que Yo os respondia. Acaso os parecerá imprudente mi confesion; pero el designio que tengo formado con vuestra persona, me hace tener la confianza de comunicaros las noticias de las cosas, en que algun dia tendréis parte. Quedé suspenso con la delacion, y con su prevenido designio, de que ya tenia sospechas en virtud del coloquio que tuve con las Señoras; pero quise valerme de esta ocasion para saber con qué habilidad sacaba  
de

de manos de los Mercaderes su hacienda, teniendo estos una moral certidumbre de no volverse à juntar con ella, y como conseguia, que le sirviesen los artifices sin esperanza de la paga de su trabajo.

El nacimiento, las conexiones, y las amistades, me respondió, que tengo en esta Corte son para mí inagotables minas: Todos los Artesanos, y Mercaderes me suministran con la mayor liberalidad su trabajo, y sus mercaderías, porque ganan por mi medio mucho mas de lo que vale lo que me prestan, ò por mejor decir, lo que me regalan. Os explicaré todo el secreto: Si algún pariente, ò amigo mio emprende una obra, ò fábrica costosa, ò algunos gastos magníficos, al punto vienen à rogarme todos ellos que les proporcione aquellas ganancias; voi inmediatamente à encontrarme con la dicha persona, y con mil sollicitaciones, con promesas de la conveniencia que ha de experimentar, con alabanzas regularmente falsas de mis recomendados; la obligo en cierto modo à que se valga de aquéllos de quienes la informo: Estos que conocen que aquel es tiempo de aprovecharse, confiados en mi apoyo, añaden al valor principal una tercera parte mas por la parte mas corta; asi à costa de mis fatigas se hacen pago de una porcion de sus créditos. Si acaso alguno de los demás, que no son de los principales de la Ciudad, quiere hacer algunos grandes gastos, me baxo à irle à suplicar, que emplee à mis recomendados; y la vanidad de haverse lo Yo pedido les hace que al punto condesciendan: Si luego hai alguno de estos, que quiere moderar el



precio de las excesivas pretensiones de los artífices, entonces entro yo gritando, amenazando, y otras veces sirviendome de las persuasiones para desvanecer sus intentos; de este modo en los que no aprovecha la blandura, produce el temor seguro efecto: Asi me manejo por toda la Ciudad muchos tiempos hace. Decidme aora, si no doi à estos en el espacio de un año la mitad mas, de lo que ellos me subministran de sus haciendas, ò trabajos.

Bien decís, respondí Yo; pero no encuentro en esos procederres la debida justicia, ni la honradez en esas acciones, que debe ser consecuencia de un noble nacimiento. ¡ Ah! Enrique, exclamó el caballero; el ilustre nacimiento es la causal de estas acciones, porque de él se deriva la necesidad del luxo, y de la grandeza. Quería probarme, que era industria, y no injusticia su modo de obrar. Conocí que no havia de adelantar con él cosa alguna, y así no quise hacerme odioso, contradiciendole una proposicion, que él mismo no ignoraba, que era falsísima.

Dixele despues, que tenia que ir à mi alojamiento, y por tanto, que me diese su licencia: El mostró mucho sentimiento por haverse de apartar de mí; me abrazó, me besó, è hizo mil promesas de su estimacion, y cariño, asegurandome, que dentro de poco me daria de esto una segura prenda. Yo le hubiera dispensado gustosísimamente tantas formalidades, pero mucho mas todos sus amores, y su prenda. Era forzoso despedirse de las Damas, lo que hice mui de mala gana. Madama Calabaza volvió à instarme, para que fuese mas  
sen-

sensible à la passion amorosa, determinandome à algun objeto ; y aun prometió procurarme ella ocasion oportuna para este efecto : La Señorita me rogó, no dexáse de ir à la Opera, para que formáse mejor concepto de ella: Quedé escandalizado de vér à unas Monas tan libres; respondí como pude, y marché inmediatamente, fastidiado de todos los de aquel Palacio.

No puedo bien ponderar el aborrecimiento que tomé à las máximas del Señor Jazmin, pero sobre todo, lo que mas detestaba era el designio de querer darme à una hija suya por esposa ; de la misma manera que mereceria la risa, y desaprobacion universal un caballero Europeo, que quisiese casar à su hija con un Monazo por ahorrarse la dote. Luego que llegué à casa, conté al Señor Haya, y à Roberto mi aventura, y se divertieron à mi costa un rato. Despues el dicho Señor me dió varios consejos acerca de que debia no trabar amistad con una persona, cuyas acciones, segun su misma confesion, distaban tanto de la rectitud, y de la decência: Asi tambien lo comprehendia Yo: Pero cómo podria separarme de la amistad de un sugeto importuno, ni por qué medios sin conciliarme su odio, y sin acarrearle un peligroso enemigo? Roberto formó mil proyectos, pero en todos havia sus dificultades: El Señor Haya era de parecer, de que le dixese abiertamente, que no queria su comunicacion; añadiendo, que la proteccion del Principe era bastante para hacer contener à este espíritu, que me perseguia para turbar mi reposo; pero nosotros, que queriamos adquirirnlos la estimacion, y afecto comun, encontrabamos en esta claridad mu-



chas razones para no adherir à tal pensamiento. Nada se resolvió por entonces; y por divertir mi imaginacion agitada, me propusieron mis amigos que fuésemos à pasearnos; acepté gustosamente la oferta, y nos fuimos à la muralla de la Ciudad, en donde la hermosura del sitio, el concurso de las personas, y la variedad de objetos que encontrabamos, fueron gustoso motivo de esparcir mis idéas. Despues de havernos entretenido un largo rato en aquel sitio, volvimos à casa, en donde encontré la única, y segura receta contra aquel mal, que iba tomando cuerpo con notable peligro de mi sosiego.

## CAPITULO IV.

*De los villetes que enviaron à Enrique los dos hijos del Señor Jazmin, y sus respuestas.*

**A**L entrar en el Palacio se presentó un criado del Señor Haya, y le dixo comohavian venido dos lacayos de casa del Señor Jazmin, que querian hablarme à solas; que el uno decia, que venía de parte de su hijo con todo secreto, y con los mismos misterios el otro de parte de la hija; y por tanto, para que no se encontrasen, y así se descubriesen los intentos de sus respectivos dueños, los tenia separados en dos distintos quartos. Alabó el Señor Haya la cautela de aquel criado, y le mandó, que hiciese entrar à uno de los dos lacayos, éste se presentó mui misterioso, y hablandome à parte, me

entregó un papel del hijo del Señor Jazmin ; rogándome, que no le abriese, sino à puerta cerrada; despidióse, y apresuradamente se alejó del Palacio. El segundo lacayo me dixo tambien en secreto, todo temblando , que tenia que cumplir un delicadísimo precepto; éste era la entrega de un villete que puso en mis manos , informandome ser de su Señorita Ortiga , me suplicó que guardáse silencio , y me pidió la maula , prometiendo servirme fielmente; Yo no podia negarsela sin nota ; besóme la mano, y me advirtió ultimamente , que con zozobra esperaba su Ama la respuesta , y asi que no la retardáse este consuelo.

Luego que éste se despidió, quedé confuso con semejante aventura; impaciente estaba por abrir los papeles ; pero huve de tener que resistir la curiosidad , esperando para dár gusto à Roberto , el que el Señor Haya volviese, porque se havia separado de nosotros con motivo de cierta disposicion doméstica : No tuvimos que sufrir la dilacion por mucho tiempo , porque vino prontamente. Sabidas las comisiones de los lacayos , tuvieron por conveniente , que nos retirasemos à una pieza interior para leer con mas libertad los villetes, y consultar sobre su contenido. Asi se hizo, cerramos la puerta , y se abrió primero el del hermano , que estaba concebido en estos terminos:

»Temerario Animal:

»Tú vana presuncion de obscurecer la altísima nobleza de mi sangre, aspirando à los gloriosísimos desposorios con mi hermana, se funda



»en tu ignorancia, y en el vilísimo ajamiento pro-  
 »prio de mi padre. Mientras tenga valor, y vida,  
 »no solamente tú, que eres una disforme bestia, no  
 »obtendrás este honor; pero ni otro alguno que  
 »baxe un solo grado de mi excelso nacimiento. An-  
 »tes pasaré el corazón à mi hermana, verteré la  
 »sangre de mi padre, y oprimiré à toda mi fami-  
 »lia, que consentir igual indignidad. Por lo que  
 »hace à tí, tén entendido, que si en quanto te que-  
 »da de vida, te pasa por el pensamiento poner los  
 »pies en mi casa, tén entendido, te repito, que no  
 »siendo correspondiente à mi honor manchar mi  
 »acero en tus asquerosísimas venas, à garrotazos  
 »sacaré de tu cuerpo un alma tan malvada. Piensa  
 »bien en tu peligro, y acuerdate de que me declaro

Resueltísimo vengador de mis agravios,

*Pepino.*

La lectura de este papel hizo montar en cólera al Señor Haya, pero nosotros le hicimos reflexionar, que la necedad de este mozuelo no era digna de su enfado, y así aquietamos su desazon. Abrimos despues el villete de la hermana, que se explicaba del tenor siguiente:

»Corazón, y alma mia:

»Un fuego devorador se me ha introducido  
 »hasta los huesos. ¡Ai de mí! ¡Ai de mí! Yo des-  
 »fallezco; yo me muero; yo exhalo el alma que  
 »vuela en busca de su ídolo para aliviar sus crue-  
 »li-

»lísimas angustias, como al rededor de la luz dá  
»tornos la mariposilla: Ya me determino à buscaros,  
»esperando de vos el refrigerio de mist tormentos; à  
»no ser que useis una crueldad semejante à la de la  
»llama, convidando con tu belleza à mi corazon  
»para abrasarle despues las alas, convertirle en cenizas,  
»y destruirle. ¿ Pero qué otro consuelo puede haver jamás,  
»que conforte mis amorosas profundísimas llagas, sino el de nuestro himeneo?  
»¡ Ai objeto amado! Resolveos pronto; no me dexéis penar por mas largo tiempo. Desde el punto que estas desgraciadas niñas de mis ojos vieron la graciosa serenidad de aquellas estrellas, que brillan en el cielo de vuestro rostro; y desde aquel instante, que salieron de vuestros labios de coral aquellas melosas palabritas, que me traspasaron el pecho, ni sé esperar, ni amar otra cosa, que à vos solo. He quedado como aquella flor, que siempre vá siguiendo de cara al mayor de los planetas, y así mis pensamientos no tienen sino un solo objeto, y éste no es otro que vos mismo. Si obtengo el suspirado contento de veros mio, de estrecharme con vos, y de abrazaros, andaré adivinando vuestros preceptos, como la Aurora precede al Sol; seguiré vuestros pasos, como la tortolilla los de su consorte; no me separaré de vos, como la golondrina de los al rededores de su nido. Vos seréis solo el navichuelo, que navegue en el rio de mi belleza; y Yo, semejante à la paloma, siempre estaré afectuosa, y agradecida à vuestros cariños. Haced, pues, la demanda à mi padre, que os aseguro, que la aceptará con gusto; y mientras llega este caso, recibid



»bid mi corazon en prendas de tanto afecto. ¡ Ah  
»simple! ¿qué delirio es este? No, bien mio, no  
»puedo daros por prenda lo que ya es vuestro. No  
»seais ingrato à mis ternuras; de vos depende mi  
»destino; y vuestra respuesta será la decision de  
»mi vida, ò de mi muerte. A Dios, mi tesoro, mis  
»entrañas, y mi todo. A Dios.

Vuestra desentrañadísima amante

*Ortiga.*

Si nos dió motivo al desprecio la carta del Señor Pepino, ésta por el contrario nos movió à risa: La leíamos una, y otra vez, y no sabiamos cómo poder darla el realce que requerian las ridículas extravagancias que se contenian en ella. Finalizando el gustoso examen de sus expresiones pasamos à consultar lo substancial del hecho, y convenimos en que la malicia, y no la necedad, era quien la havia notado. Pretender esponsales de una persona de diversa especie, protestar un excesivo amor, à quien una vez sola se havia visto, y asegurar el consentimiento del padre, eran todos puntos que daban à conocer ser esta una refinada pieza de la fecunda mente del Señor Jazmin. Concluyó el Señor Haya, creyendo que el padre, y la hija havian caminado de acuerdo para procurar engañarme, y que el hijo, no consintiendo por su natural soberbia à los imaginarios adelantamientos de la familia, havia ideado aquellas amenazas, y desprecios para ponerme miedo, y alejarme de aceptar el partido que me proponian. Todo esto era un asunto que habla-  
ba

ba conmigo; pero el Señor Haya, que tomaba à su cuenta qualquiera ofensa que nos hacian, ò decian, entró tambien en consulta para la respuesta de estos papeles; y por ultimo se resolvió que la del Señor Pepino fuese de esta manera :

»Ignorante Animal:

»Aquel horror que tú concibes por una alianza, que te parece tan deshonrosa, es el mismo que Yo tengo, considerando mi matrimonio con tu hermana, como una obra contra la naturaleza. No me deslumbran las grandezas que voceas de tu familia, que, quando fuesen verdaderas, todas quedarían obscurecidas con tus vilísimas acciones. No tengo ánimo de poner los pies en tu casa, porque he descubierto en todos los tuyos unas malicias indignas de toda esa nobleza que exageras; no porque me dé miedo ese garrote, del que me rio: Mi poder hace, que me burle de tu temeridad; con solo querer pudiera arruinar-te para siempre; tengo piedad de tu locura, que es la que te dexa esento del resentimiento de un hombre, que no puedes tú conocer cuánto vale. Marcha al Hospital à que te administren el vdegambre, que es de lo que tienes necesidad. Curate, y vive.

El Animal que de tí se burla,

Enrique.

Fue menester dexar que pasáse algun rato para po-



ponernos à escribir la respuesta à Ortega, por motivo de la risa à que su ridiculéz nos incitaba ; no obstante convenia responderla para poner en práctica el proyecto que haviamos formado ; dió cada uno su parecer , y la escribí lo siguiente:

»Nobilísima Señora:

»Si vuestra nobleza quiere desterrar de sí las  
 »adulaciones , y las intenciones interesadas , no  
 »llegará el caso de ponerse con mi repulsa en pe-  
 »ligro de muerte ; solo sí , no os quedará la espe-  
 »ranza de uniros à una criatura que abominais sin  
 »duda en vuestro corazon, y que por condescen-  
 »der à las instrucciones de vuestro padre , y à la  
 »ridícula vanidad de hacer figura en el teatro del  
 »mundo, llamais vuestra alma, corazon, ídolo, fue-  
 »go, luz, sol, tórtola, nido, rio, paloma, tesoro,  
 »entrañas, y todo. Hablemos claros: Yo no he de  
 »ser cuerpo de vuestra alma, ni seno de vuestro  
 »corazon. Os aborrezco, y me enfadaríais, aun  
 »quando fueseis una hembra de mi especie. Por lo  
 »que podeis dedicaros à quien quisiereis, siendo  
 »enhorabuena para el que os agrade, mariposa,  
 »girasol, Aurora, tórtola, golondrina, navichue-  
 »lo, paloma, y quanto os parezca. Tratadme de  
 »bárbaro, y de tirano, que nada importa, pues  
 »me persuado, que en vuestro interior no dexa-  
 »réis de hacerme la justicia de creer, que soi

Vuestro sincerísimo servidor,

*Enrique.*  
 Cer-

Cerradas las dichas cartas, se llamó à un lacayo, para que al dia siguiente las lleváse al Palacio del Señor Jazmin, pero encargandole que estuviese en la calle esperando la ocasion de entrar al tiempo mismo que saliese de casa el padre, y que encontrandose con él, y siendo preguntado, respondiese que llevaba dos papeles de suma importancia para entregarlos à sus dos hijos el Señor Pepino, y la Señora Ortiga. Para que la funcion fuese mas completa, à la carta del hermano se puso el sobrescrito para la hermana, y à la de ésta para el otro. Asi se tomaba entera venganza, y se llegaba à descubrir en toda la familia la temeridad de los jóvenes, y el enredo que havian tramado los padres para echar fuera la carga de su hija mayor, por un medio que aun Yo mismo desaprobaba.

## CAPITULO V.

*De las nuevas honrras que merecieron al Principe,  
y fin de la aventura de la Casa del  
Señor Jazmin.*

**E**RA mui justo, que despues de haver recibido tantos honores, y beneficencias del Principe, monstrasemos en lo que pudiesemos, nuestro reconocimiento, ofreciendole parte de las alhajas que haviamos salvado del naufragio: Asi lo haviamos pensado aun antes de haverle visto, y quando todavia no estabamos con tanta liberalidad proveídos de crecidas pensiones, para vivir con lucimiento; pero retardamos la execucion de nuestro



intento con el motivo de estar Roberto componiendo un reloj de faltriquera, que se havia descompuesto en la navegacion, y mudando las cifras Romanas en caractéres acomodados à la inteligencia, y uso de aquellos Pueblos. La habilidad que él tenia, y su exercicio en la mecánica, à que havia sido aplicado, le hicieron salir maravillosamente con su obra.

Lo que habiamos destinado para el Principe era este reloj, que seguramente le admiraria, algunos espejos, ciertos vasos de finísimo cristal de Inglaterra, un antejo pequeño, dos tazones de porcelana pintados de mui bello gusto, muchas flores de mano, y finalmente unas estampas en que estaban delineadas algunas grandezas de Europa. Todas estas cosas, y otras semejantes habiamos ido transportando desde lo que quedó de la nave que se encalló en la arena, y adonde con el pequeño esquife que nos conduxo à tierra, nos era facil abordar quando queríamos, en el tiempo que estuvimos viviendo en la gruta que encontramos en la playa del mar.

Todas estas alhajas, preciosas por ser nuevas en aquel País, se distribuyeron comodamente en unos azafates, cubiertos con unos tafetanes de color de fuego; llevaronlos, poco antes que nosotros saliésemos, quatro criados del Señor Haya; repetimos la leccion de lo que debia hacer al que tenia que llevar los villetes, para que no faltase en cosa alguna de lo que le ordenamos: Para que el Señor Jazmín entrase en mas curiosidad, y examinase al criado, se deliberó que llevase el recado el que regularmente salia conmigo, y que el dia antes havia  
vis-

visto à las puertas de su Palacio. Prometió el lacayo executar su comision al pie de la letra , y el Señor Haya le mandó que le lleváse à la Corte el aviso de lo que huviese executado.

Encaminámonos, pues, à Palacio, en el que tuvimos franca la entrada , y mui buen recibimiento de los Cortesanos. Estos propusieron mientras estabamos en la antecámara varias questões acerca de los artes, y ciencias de Europa, à las que Yo, acordandome del cuento de los Cojos , respondí con sinceridad, pero sin ponderar demasiado à nuestros literatos.

Estando en estas palabras , salió el Ministro, dandonos à entender que su Principe havia recibido con gusto nuestro regalo, y que le havia alabado. Vosotros, nos dijo este caballero, sois dos personas mui políticas, y que sabeis distinguir el mérito de las cosas, para hacer de ellas el uso que merecen. Mucho nos honrais, respondió Roberto, pero al mismo tiempo nos instruís en nuestras obligaciones: Despues sacó de la faltriquera una caxa, que tenia pintada en la tapa una ninfa perseguida de un sátiro; luego se abria un secreto, y se encontraba un espejo guarnecido el cerco de diamantes. Esta caxa, añadió, hace à mi parecer que se tenga por digno de alabanza à su artífice por lo bien trabajada, por la delicadeza, y gracia de la pintura, y ultimamente por el espejo , siendo mueble que no se halla en estas tierras: Yo, que creo que conozco el mérito de la alhaja , debo ponerla en manos de quien sea mas digno de poseerla que Yo; por tanto os suplico tengais à bien admitir mi oferta, como debida à quien sois, y como un cor-



to tributo de mi rendimiento. Sumamente estimó el Ministro aquella fineza por el modo de presentarsela: Volvió à prometernos su favor en todo lance, y lo experimentamos despues muchas veces à manos llenas.

De alli à poco tiempo fuimos introducidos à la Audiencia del Principe, que con una notabilísima benignidad nos dió gracias por nuestra expresion. Despues en consideracion del alto concepto que havia formado de nosotros, y en testimonio de la estimacion con que nos queria honrar, nos eligió en qualidad de sus Consejeros privados. Sorprehendiéronos el nuevo favor del Principe, y humildísimamente significamos nuestro reconocimiento. Asegurónos de nuevo su proteccion, y nos despidió, añadiendo, que queria en otra ocasion vér en el campo el efecto de nuestros rayos, de los que havia oído maravillas. Roberto respondió, que una mera insinuacion de su gusto sería mui bastante para solicitar-nos nosotros la gloria de obedecerle.

Mientras estabamos en la Audiencia, avisaron al Señor Haya, que se havia quedado en la antecámara, que queria hablarle un lacayo suyo. Luego que salimos de estar con el Principe, nos rodearon los Cortesanos, que inteligenciados de nuestro nuevo empleo, nos dieron la enhorabuena del alto grado à que habiamos sido elevados. Como no veiamos al Señor Haya, preguntamos por él, y sabiendo el motivo de su partida, estabamos impacientes hasta su vuelta. En este intermedio nos avisó el Ministro, que de alli à pocos dias se havia de informar en una causa ruidosa, à que era fuerza, que como Consejeros asitiesemos para votarla. Dió-

me alguna vanagloria esta noticia, y además de eso me agradó por el deseo que tenia de oír à los Abogados Monos.

Volvió el Señor Haya, quien con cierta seña me hizo comprehender que mi asunto se havia efectuado felizmente. Sin dilacion hubiera Yo querido ir à saberlo todo, pero la buena crianza no lo permitia. Detuvimonos, pues, un buen rato, que empleamos en responder à la curiosidad de los Cortesanos, acerca de ciertos puntos, en que deseaban con eficacia estar informados. El Señor Haya, quando le pareció tiempo oportuno, se despidió, y nosotros le seguimos.

Apenas llegamos à los patios de Palacio, nos empezó à dar cuenta de lo excelentemente que havia cumplido con su comision el criado. Este, nos dixo, se entró en una tienda, desde donde alcanzaba à vér quien entraba, y salia en el Palacio del Señor Jazmin: Quando por el movimiento de todos los criados conoció que iba à salir el amo, se encaminó à la puerta, en donde con efecto se encontró con él, y le hizo una cortesia mui rendida. El le conoció, y preguntóle, cómo estaba su amo; à que respondió, que con perfecta salud, y que él trahia el encargo de entregar dos cartas de suma importancia, una à su hijo, y otra à una (que no sabía qual) de sus hijas: Entonces se las pidió el viejo para demostrarle él mismo à quien se dirigian; el criado fingió cautelosamente alguna dificultad en obedecerle, alegando que él no trahia tal orden. Entró en mayor deseo con aquella repulsa el Señor Jazmin, y así buscó nuevas razones para persuadir al criado, à lo que él estaba arden-



tísimamente deseando executar: Dióselas finalmente, y se retiró para que no le fuese haciendo mas preguntas, à las que no podia dar conveniente, y congrua satisfaccion, por no estar instruido del asunto.

Yo, añadió el Señor Haya, le he examinado sobre si tiene amistad con algun criado de aquella casa, y me ha respondido que sí; por lo que le he mandado, que indague el éxito de aquel asunto, y si se ha movido desazon, ò riña acerca de él. Me dió palabra de hacerlo con toda maña, y puntualidad, y asi estoi esperando impaciente las noticias. Acabada la relacion de este suceso, discurremos que era mejor retirarnos à casa para evitar todo encuentro que pudiese desconcertar nuestras medidas.

En efecto, asi que llegamos vimos al lacayo, y nos refirió las siguientes noticias. Luego que tomó el Señor Jazmin las cartas, en lugar de proseguir su camino, se entró mas adentro, y las abrió; mudó el color del semblante luego que leyó la primera, la que examinaba por todos lados, volviendo à ver yá su contenido, yá la cubierta: Abrió la segunda, y despues de haverla pasado por la vista, se encendió en cólera; subió la escalera, y llamó à su hijo, à quien preguntó, si havia escrito un papel al Señor Enrique, en qué términos, y por qué causa. El hijo no se acobardó, ò por mejor decir, insistió en su temeridad, y confesando la poca urbanidad que habia usado con Enrique, dixo mil injurias à su padre: Este riñó agriamente à su hijo, y le amenazó que le desheredaría. ¿Y de qué, respondió él, me privareis, de lo que no teneis, ò de lo que haveis malgastado en vuestros vicios? El

Se-

Señor Jazmin alzó el baston para castigarle, y al ruido acudieron su esposa, y sus hijas, que quisieron saber la causa de aquel enfado. Leyeronse los dos papeles que havian causado la discordia, y al punto se tiraron todas al joven, le maltrataron, y el padre finalmente le echó de su casa. Esto es, concluyó el criado, quanto he podido indagar. Aplaudimosle todas las diligencias practicadas en lo que se havia puesto à su cargo, y se le dió el premio que merecia el zelo con que nos havia servido.

Brevemente referiré ahora todos los pasages que siguieron à esta aventura; porque en lo sucesivo no tengo motivo de volver à hablar de estos personajes. El Señor Pepino, arrojado de la casa de sus padres, dió un memorial al gobierno, quexandose; para decretarle era forzoso que se examináse el asunto; Yo fui citado para hacer mi declaracion, y dixe la verdad, como arriba dexo expuesta. Mandaronme presentar los papeles, à lo que obedecí prontamente: Hicieron despues comparecer al Señor Jazmin para que diese sus razones: Todas se dieron por buenas, y el Señor Pepino fue condenado à estar arrestado en un Castillo por espacio de seis meses; justo castigo, que confirmaba el poder paternal contra la arrogancia de un hijo, que con este golpe queria despojar à su padre de aquel dominio que le conceden la naturaleza, y las leyes.

La locura de este joven hizo público un manejo, que les huviera sido mas conveniente huviese quedado sepultado en las tinieblas. El pobre Jazmin, despues de haver comparecido en juicio contra un hijo malvado, se miró expuesto à la comun nota  
por



por haver intentado sacrificar à una nobilísima doncella, casandola con un forastero, que por mas noble, y respetable que se creyese, con todo se sabía que no era un gran Mono.

Todos sus amigos le desampararon, como sucede en las desgracias; y sus acrehedores empezaron à perseguirle, previendo que en lo succesivo no podia yá serles provechoso en sus designios. Vino à hacerse la fábula de todos, falto de aquellos medios que hacen cómoda la vida; entonces volvió sobre sí, advirtió la infelicísima situacion de su familia, lloró los yerros de su juventud, y pensó seriamente en el remedio. Resolvió, pues, retirarse à una tierra, de la qual tenia el Señorío, que estaba bien distante, y oculta de la Corte. Vendió todos los muebles de su Palacio, que importaron una suma considerable, con la que pagó parte de sus deudas; y prontamente partió con toda su familia adonde havia determinado. En este lugar se aplicó al estudio de una verdadera economía, cultivó muy bien sus campos, y en pocos años se halló en estado de satisfacer à todos sus acrehedores, de colocar honradamente à sus hijas, y de volver à la Ciudad con un capital de hacienda, y sagacidad, que dió motivo à que todos le mirasen con ojos de estimacion, y respeto.

Muchas veces se tienen por desgracias en esta vida ciertos sucesos que quando creemos que à todo alivio nos cierran la puerta, suelen ser origen de una no aparente fortuna. Así nosotros con una justa, y jocosa venganza nos libramos de mil peligros, y fuimos la raíz principal de un bien tan grande. Oh! felices aquellos que saben de tal modo ven-

vengarse, y mas felices los que logran efectos tan afortunados de una desgracia que creen irreparable.

## CAPITULO VI.

*De lo que observó Enrique en la Opera.*

**N**O podia desechar de mi corazon la burla que me hicieron, quando me equivoqué acerca de la Opera; aun no había podido penetrar la causa de la equivocacion, y contandole este suceso à Roberto, le rogué me diese alguna luz, si acaso él comprendia lo que era: El me respondió de este modo: Usanse entre nosotros ciertos espectáculos, en los que se representa alguna ruidosa accion que ha sucedido en tiempos antiguos; en un gran salón hai un tablado algo elevado, en donde los hombres, y las mugeres, vestidos al uso de los personajes que imitan, fingen ser aquellos mismos; por lo que hablan entre ellos, como de un suceso que tienen presente. Para imprimir mas à los expectadores la semejanza de la accion, se pintan los lados, y el frontis del parage en que esto se representa, de modo, que el todo corresponda à aquellos lugares en donde sucedió, ò podia suceder aquel lance. La energía con que los actores, y actrices significan sus pasiones, la novedad, lo suntuoso de los vestidos, la vista de los lugares imitados, en cierto modo sacan fuera de sí à los oyentes, que se interesan en aquellas apariencias como si estuviesen existentes realmente aquellas acciones. Estas representaciones en nuestro idioma se llaman Opera; lo mismo se llaman entre las Monas, solo que la diversi-



dad de las lenguas, hace que en la suya se equivoque este nombre, teniendo el mismo sonido que *obra*, de donde nació vuestra mala inteligencia. Están al rededor los espectadores en una especie de galerías, las quales con el salón, y el tablado hacen el conjunto, que se llama teatro.

Aunque el informe de Roberto me satisfizo la curiosidad por lo que hace à la burla pasada, me quedó un vivísimo deseo de presenciar uno de estos espectáculos. En mi tierra havia oído muchas veces los nombres de Tragedia, y de Comedia; pero hasta entonces havia estado creyendo, que aquellas voces no tenian otra significacion, que llanto, y risa; tomaba Yo el efecto por las causas: Despues con el tiempo quedé desengañado, y aun conocí, que suelen causar efectos contrarios; pues son pocas las Tragedias que no conmuevan la risa, y las Comedias el disgusto, ò à lo menos el fastidio.

Un dia que me hallaba con unos amigos, dí à entender el deseo que tenia de estar presente à una de estas representaciones; à lo que me respondieron, que dentro de poco se me cumpliria el gusto, por estarse esperando por momentos una célebre Compañia de Operistas. En efecto no tardaron mucho en llegar, è inmediatamente determinaron el dia de empezar su trabajo. Todos los nobles de la Ciudad parecia que se havian vuelto locos de contento; no se hablaba de otra cosa, que de las Operas, y aun no se havian empezado; alababan mucho à los actores, y aun no los havian oído: Quién prevenía el aposento; quién solicitaba servir à una Damarica, para ir con ella al teatro, sin tener que gastar: Todos finalmente estaban en una inquietud indecible.

Lle-

Llegó el suspirado dia, y ya creía Yo firmemente ir à presenciar aquella fiesta. Cerca de la noche me avisaron, que convenía que me proyesse de una mascarilla, porque no permitia la costumbre del País, que Yo me dexáse vér con mi cara descubierta. Por no separarme, pues, del uso, rogué à uno de mis amigos, que se tomáse la incomodidad de buscarme alguna; aceptó gustoso el encargo, y fue à executarle: volvió à cierto rato con una mascarilla de figura tan extraordinaria, que no puedo bien explicarla; pero quando quise acomodarmela al rostro, no fue capáz poderlo hacer: Entonces caímos en nuestro yerro, de que no podia haver mascarilla que viniese al rostro de un hombre, por estar todas hechas à la medida del de los Monos. Reimonos con el desengaño, y ya no fue posible satisfacer en aquella noche mi curiosidad, porque reusé constantemente ir de otra forma al teatro, que de aquella en que era costumbre asistir.

Para remediar la incongruencia, llamamos al dia siguiente à un artifice de tales muebles, para que hiciese unas acomodadas à Roberto, y à mí. Ponderó éste la dificultad; fue necesario rogarselo, y pagarle lo que quiso, para que consintiese; tomónos la medida, y prometió traer cumplida su obra al fin de dos dias. Entretanto quise indagar, qué cosa havia parecido la primera Opera. Fui à la plaza, en donde encontré un corro de caballeros, me introduxe, y luego hice mi pregunta. Ninguno se atrevia à proferir la sentencia; finalmente el mas osado decidió, que la Opera era excelente; inmediatamente condescendieron todos à la proposicion. Volví à instar



con deseo de saber qué accion era la que se representaba, y en qué consistia su valor. ¡Con buena pregunta iba Yo! Ninguno sabía responderla. Vea-se aqui de qué modo suelen producir estos sus juicios; el primero que habla, aunque no lleve razon, ni tenga conocimiento de causa, ese es el que atrahe los votos de los demás.

Partí de la plaza; entré en una tienda de aquellas, en donde se vende el licor negro, de que hablé en el primer libro, y tomé una taza, para hacer lo que todos. Estaban tambien aqui hablando de la Opera, con la distincion de decir, que no valía cosa, porque así lo havia decidido un viejo hipocondriaco, que no la havia visto: Pregunté el motivo, por qué no havia parecido bien; se empezaron à mirar unos à otros, y ninguno supo decirlo. Finalmente un mozuelo respondió, que no havia duda en ello, sin que se debiese buscar la razon, estando de por medio la autoridad de un sugeto tan grande. Yo callé; pero hice interiormente mil juicios acerca de la voz comun: Esta, pues, segun la experiencia referida, nace en el País de los Monos de algun raro accidente; así la temeridad de uno que habla primero acerca de aquello que no entiende; ò la hipocondria de un viejo que está ya falto de los sentidos, y ha perdido el gusto de todo aquello que mas vivamente se solicita, por lo general son las fuentes del crédito de las cosas, y de la fama, que de alli se deriva. Fatiguense, pues, ahora los Monos, sobre dexas un gran nombre à la posteridad.

Esta variedad de pareceres movió mucho mas mi curiosidad. El artífice nos traxo puntualmente las

las mascarillas, como nos lo havia prometido : Cu-  
brimonos con ellas los rostros, y aunque nos pare-  
ció incomoda, y estraña al principio aquella espe-  
cie de disfráz, despues nos la hizo tolerar la cos-  
tumbre, y fuimos poco à poco gustando de ella. Con  
tales arneses me conduxeron al teatro. Creerá aora  
mi lector que voi à hacer descripcion de todo lo  
que observé la tal noche; pues no lo espere, por-  
que Yo no ví otra cosa que confusion, y desorden.  
Un agudísimo, y continuado estrépito, que resul-  
taba del sonido de varios instrumentos, no dexaba  
entender las voces de los actores, que siempre can-  
taban; lo mismo quando lloraban, que quando se  
consolaban; igualmente aprisionados, que quando  
estaban sobre el trono. Noté, que todos, tanto ma-  
chos, como hembras, tenian una voz sumamente  
delgada. Observé, que volaban las fábricas, que an-  
daban los arboles, que resplandecia el terreno que  
pisaban; que unos mismos personajes se hallaban  
de un momento à otro ya en la Ciudad, ya en el  
campo, ya en otros lugares distantísimos, sin que  
se descubriese, cómo se formaba aquel encanto. Los  
trages eran mui extraordinarios; de tal modo, que  
no hubiera podido Pintor alguno de la mas desba-  
ratada fantasía imaginar dibujos semejantes; esta-  
ban guarnecidos por todos lados de piedras brillan-  
tes, de conformidad, que si fuesen finas, todo el  
valor de un Reino se quedára corto por precio de  
uno de aquellos vestidos. Todas las cosas en lo ve-  
rosimil, y creíble guardaban unas mismas reglas. En-  
tre canto, y canto se interpolaban ciertas danzas con  
unas gesticulaciones bastante expresivas, pues siem-  
pre fue, à la verdad, mas fácil significar un acto  
las-



lascivo, que un sentimiento de honor.

Para colmo de la extravagancia observé un murmullo que no cesaba, mientras duraba la representacion del hecho, que figuraban; pero un profundo silencio, quando era necesaria la atencion de los ojos, y no la de los oídos para la diversion del baile. Hice finalmente reflexion de que todas las Damas, durante aquel espectáculo, tenian vuelta la espalda à los actores, y à los circunstantes la cara; presuntuosa demonstracion de que hacian desprecio de aquello à que con tanto anhelo deseaban asistir.

La diversidad, y confusion de objetos, y asuntos no desmerecia el que hiciese à los que estaban mas próximos algunas preguntas, para que me satisfaciesen mis dudas. El Señor Narciso estaba conmigo; volvíme à él, y le pregunté con bastante naturalidad, si sus heroes antiguamente cantaban siempre para hablar, y si todos tenian las voces de tiple. Un cierto Mono enmascarado, que estaba junto à mí, me respondió con una voz mui delicada: Vaya el villano al monte, y no se nos venga al teatro; los que son como él, no pueden formar sus juicios, sino según su naturaleza. Este inesperado ultrage me alteró en sumo grado; por lo que le dixé: ¿Quién sois vos, Monazo desvergonzado, que teneis atrevimiento de hablar de tal manera conmigo? Soi, replicó él, uno que puede echarte del teatro, porque soi el Impresario, y no tengo necesidad de que un bruto venga à desacreditar mi Opera, como tú lo estás haciendo. Séais, añadí Yo, el que fuereis, he de estar me aquí, aunque no queráis, y he de hablar quanto me parezca; que Yo pago mi dinero, para dár mi voto, como qualquiera,

en

en aquel espectáculo, que se expone à la pública censura. Iba à pasar adelante, pero los que estaban inmediatos nos separaron. Quise tomar satisfaccion de aquella afrenta, y asi, luego que se acabó la Opera, conté el suceso al Señor Haya; él se inclinaba à componerlo todo amigablemente, pero Yo no me contenté con eso; por lo qual, queriendo darme gusto, y mucho mas, no siendo el Impresario sugeto de suposicion, me acompañó à otro dia à casa del Ministro, que obligó al referido à que me diese satisfaccion, yendo à mi casa à pedirme que tuviese compasion de él, y perdonáse su yerro.

## CAPITULO VII.

*De la visita del Impresario; y del asunto del Pleito que havia de votarse.*

**N**O faltó el Impresario al cumplimiento del orden que se le dió. No diré quán extenuado, y pálido estaba, con los ojos desencajados, y hecho una verdadera imagen de la desesperacion, por no ser estas suficientes señas para pintar su figura; y asi, como imposible, dexo de delinear un Monazo tan disforme. Vino absolutamente mudado de como le experimenté en el teatro; con la mas rendida humildad me hizo un cumplimiento tan grosero, que me demostró su poca crianza.

Quando se mira humillado al enemigo, no se debe pedir otra cosa; por tanto Yo quedé contento, además de haverme movido à compasion su horrible



ble figura, de la que inferia un interior bastante lastimoso: En virtud de esto, y no sabiendo qué hablar con él, entablé la conversacion de las cosas de su ejercicio, y le pregunté, qué esperanzas tenia acerca del éxito de sus intereses. Señor, respondió, Yo tengo que pelear con una casta de gentes la mas indomable del mundo. Es menor trabajo llegar à domesticar leones, que empeñarse en sujetar à la razon à un Músico, ò à la debida obediencia à una Cantarina; lo mismo digo de los Bailarines, de la Orquesta, y de toda la canalla con quien gasto un tesoro, para que hagan conmigo mil iniquidades. Si uno es liberal en regalarlos, y atento para el manejo, le tienen por un hombre tonto, y creen ya serles lícitas todas sus impertinencias: Si uno se demuestra severo, y lleva con rigor todo lo que le pertenece, son como los asnos, que están mas lerdos, mientras mas los castigan. Ya finge uno de los que han de cantar, que está resfriado; el Bailarin que se ha hecho una contusion en una pierna, el que ha de tocar, y otros asalariados por el infeliz Impresario inventan diversos inconvenientes para vengarse; todos quieren que la paga sea puntual, y ellos finalmente causan la ruina al mismo que los alimenta.

Si ello es asi, como lo pintais, le respondí, sois digno, de que se os tenga lástima; pero permitidme que os diga, que al mismo tiempo se os debe culpar. Conociendo el carácter de esos, de quienes dependé vuestro vivir, ¿por qué no aprendeis otro oficio? ¿ò por qué no teneis mejor trato, con los que freqüentan vuestro teatro? Ya os entiendo, dixo, interrumpiendome, y perdonad que os res-  
pon-

ponda, que juzgais sin conocimiento de causa. En quanto al segundo punto, sabréis que si el Impresario se dexa perder el respeto de los que asisten al teatro, se puede contar por arruinado sin remedio; pudiera ponerlos delante mil exemplos de esto, que no havrán llegado à vuestra noticia, porque sois forastero: Estamos en un País en donde los naturales piensan se adquiere notable, y honorífico credito, despreciando aun las cosas mejores; quien habla mas mal de todo, ese es tenido por un grande crítico. Omito dár tambien por razon en el punto que voi hablando, que como estamos hechos à mandar à los Monarcas del teatro, se nos infunde, aunque no queramos, un espíritu, con que nos creemos mas de lo que somos.

Por lo que hace al primer punto, respondo, que es mui cierto que está en nuestra mano dexar este modo de vivir, el qual por una incierta ganancia nos hace sufrir infinitas, y ciertas desazones; pero sabed, que este exercicio es como el mal contagioso, que el que tiene la desgracia de ser tocado de él, puede estar moralmente seguro, de que no ha de morir de otra enfermedad. Añadid à esto, que el que está puesto en estado de mandar, siempre dice mal, y detesta su suerte; pero de mil que gocen este privilegio, con dificultad se encontrará uno que renuncie al placér de hacerse obedecer, por gozar la dulce tranquilidad de una vida cómoda, y libre de disturbios, vida facil de poderla lograr, alabada de todos, pero de pocos, ò quasi de ninguno seguida.

En conseqüencia de todo lo dicho, concluyo, que es digna de compasion, y no de ultrage nues-



tra condicion; y haviendoosla declarado como es en sí, tengo el atrevimiento de rogaros que seais mi protector. Ahora dignaos de recibir un corto tributo de mi respeto: Diciendo esto, sacó de la faltriquera un pequeño libro, añadiendo, que era la composicion que se representaba en el teatro; rogóme que la leyera, para que pudiese formar mejor concepto de la Opera: Dile gracias por el dón, prometí leerla atentamente, y le pregunté, que qué concepto formaba él de la obra: Es, me respondió, un delicadísimo trabajo de la pluma mas excelente de nuestros Autores. Estos Poetas Cómicos entienden poco de lo que es el teatro, y de lo que dá gusto al Pueblo. No diré por esto, que lo que agrada al público, es lo mejor: Nosotros no debemos buscar la excelencia de la obra, sino las mejores entradas con el comun aplauso que es lo que nos dá de comer. Pero Yo, que entiendo el arte mejor que ellos, à fuerza de los golpes de tantas pérdidas, he acomodado ese librito segun el genio de los que lo han de cantar, y el gusto de los que lo han de oír, quitando, poniendo, y mudando las hojas enteras, y descomponiendo en muchas partes la invencion. Leedle, que puede ser quedeis contento.

Aunque no me parecian mui juiciosos estos discursos, gustaba de oirlos, porque no obstante ser sobre asuntos tan frívolos, no dexaba de deducir muchas advertencias necesarias à la perfecta noticia del gusto de los habitantes del País. Consolé en su afliccion à aquel miserable con las reflexiones que hallé mas conducentes, y le despedí, porque me llamaba la atencion à otra parte un negoció de mayor

yor importancia ; él partió contento de mi trato ; y Yo sin vér siquiera el titulo, tiré el librejo à un rincón de mi quarto , con intencion de tomarle quando no tuviese que leer , ò pensar en otra cosa.

El asunto , que con tanta prisa me instaba à salir de casa , era el célebre pleito de que se ha hecho arriba mencion , al que debia hallarme presente en qualità de Juez , como Consejero íntimo que ya era. Aquel dia estaba destinado solo al informe , para examinar en otro la materia , y dár finalmente la sentencia definitiva. El caso que havia de controvertirse , era el que voi à referir lo mas breve que pueda.

Havia llegado à aquella Metrópoli un cierto Volatin , que , hablando en realidad , hacia estrañas y portentosas ligerezas ; por tanto no se hablaba de otra cosa que de él , y con esta fama tuvo unas ganancias inmensas. Las alabanzas , que generalmente se daban con razon à su habilidad , estimularon à algunos curiosos à indagar las causas de ciertos efectos , con que sorprendia à los expectadores , sin que pudiesen comprehender razon probable del modo con que los executaba. Sucedió , pues , que un joven mui presumido de que nada se le ocultaba , pronunció publicamente con atrevimiento , y sin reflexion de las malas consecuencias , que aquel Volatin hacia cosas tan extraordinarias , y que eran la admiracion del populacho , en virtud de pacto que tenia con un genio familiar. Al instante dió en tierra todo el mérito del pobre Mono , que con tanta aplicacion , y trabajo , y con peligro continuo de romperse la cabeza , se havia hecho diestrísimo en su oficio: Vease aqui con una



ilusion, producida por la imaginacion, y mal recapitado discurso de un necio, destruidas las alabanzas, y estudio del infelíz charlatán. No podia sobrevenirle golpe mas funesto à su crédito, y à sus intereses. Pensó en remediarlo, y asi se presentó al Principe por medio de un memorial, en el qué suplicaba, se le mandáse à aquel joven le restituyese su fama, y le subsanáse las pérdidas, y daños, que con calumnia tan denigrativa le havia causado. Logró finalmente, que se extendiese un Decreto, que disponia se examinasen severísimamente el arte, y habilidades del Volatin, y hecho, que el Consejo fulmináse una rigurosa sentencia, en que, ò quedáse castigado un Nigromante, ò reintegrado un inocente, con grave escarmiento del que fomentó la calumnia.

En execucion de este Decreto fueron citadas las Partes: Propuso el Abogado del caballero, que aquel juicio debería terminarse decidiendo, si podrá un Mono executar las acciones que exceden à las fuerzas de la naturaleza, sin auxilio sobrenatural. Los defensores del Titiritero respondieron, que no era asi el caso de la cuestión, porque ésta no podia dudarse; que la dificultad provenía de probar, si las habilidades del Volatin se executaban por arte mágica, ò si dependian de una destreza que se adquiere con el uso, y la aplicacion. Desbaratada, pues, la primera máquina, se dedicó el Abogado del agresor à entablar un nuevo artículo, y fue, que se debian calificar lo mismo que artes diabólicas aquellas acciones, de las que, despues de algun estudio, no puede lo general de un Pueblo descubrir la causa. Acordaron todos controvertir este punto: De  
es-

este modo en vez de ceñirse à los términos del Decreto para la pronta administracion de justicia en aquel caso, quisieron los Abogados fastidiar à los Jueces en una cuestión que importaba poquísimo. Asi el joven estaba seguro de prolongar la causa sin fin : Asi , aunque se probáse la afirmativa , por ello solo no podia condenarse al Volatin por Nigromante : Y asi , finalmente , se iria formando una copiosa mies de artículos impertinentes , de donde fuesen engrosando sus ganancias los que havian de manejar aquel negocio.

Imposible parecerá à mi lector , que los pleiteantes en aquel País se dexen engañar de este modo ; pero reflexione que era interés del joven , que los Jueces no llegasen à sentenciar el principal asunto , por preveer que havia de salir condenado , y por lisongearse de que mortificando al Titiritero con continuas dilatadas cavilaciones , se vería precisado à ceder , y levantar la querella , ya por los crecidos gastos que havian de ocasionarsele , ya por no hacer falta à las obligaciones de su profesion , teniendo que ir de alli à poco tiempo à otro Pueblo. El Volatin se dexó llevar de las persuasiones de sus defensores (acaso de acuerdo con los contrarios, que no es la primera vez entre los Monos) que le hicieron creer , que la ventilacion de este artículo tan facilmente ganado por él , le conducia sin duda alguna à la completa victoria en el punto esencial. Fuera de esto , baxo el pretesto de ciertas soñadas formalidades suelen algunos Leguleyos en aquel País prolongar los procesos sin medida , hasta que están satisfechos (que rara vez sucede) de ganancias. Estas falsas razones , que abraza , ò la falta de luges,



ces, ò la necesidad de adherir à aquellos que conviene adular, por haverlos hecho depositarios de los secretos más importantes del asunto que se trata, reducen à los infelices Litigantes, à que aprueben los fraudes, y su proprio daño. De este detestable comercio son siempre víctimas las leyes, y la justicia, y por lo común la parte mas débil la inocencia.

En aquella mañana, luego que nos sentamos en el Tribunál, no se hizo otra cosa, que leer el Memorial del Volatin, y el Decreto del Principe, proponiendo el Secretariò del Consejo el estado de la questão, que en fuerza del común acuerdo de las Partes havia de ventilarse; despues de lo qual se finalizó la Junta. Era la hora de comer, quando se acabó la sesión, que no sirvió aquel día de otra cosa, que de cumplir con una de tantas formalidades, como tiene la Curia de aquella Metrópoli, y de hacernos sufrir mil incomodidades superfluas, sin alivio de la Parte agraviada.

Al retirarnos à casa, no pude menos de dár à entender à Roberto, que sentia vér abusar tan claramente de la justicia; però él mas experto que Yó en todas materias, me respondió de este modo: Basta tener sentido común, y principios de rectitud, para reprobear, y concebir una justa indignacion contra la malvada costumbre de convertir las instituciones mas santas en un uso totalmente contrario à las intenciones del Legislador. Y à la verdad, si se vá haciendo reflexion sobre todas las leyes, y ordenamientos, formados para el bien común, se descubrirá quanto han decaído de sus principios, ocupando su lugar ciertos inventos, y cavilaciones, en mas-

ca-

caradas con el nombre de justicia, ò interés del Estado; de este modo queda aparentemente entero el vigor de las leyes; pero en realidad estas deben considerarse del todo aniquiladas con la innovacion introducida, à fin de enflaquecerlas, è inutilizarlas. No hai establecimiento, por mas sano que sea, que no esté expuesto à ser adulterado por la malicia, tanto mas facilmente se dexa esto comprehender, quanto advertimos, que el Legislador que ordena, es uno solo; y los exécutores, son infinitos, estudiando cada uno de ellos por todos los medios la forma de hacer ineficaces los efectos de la lei. Pero como se temen las penas que imponen las leyes à los transgresores, y el enojo de los Soberanos, no sometiendo al tenor de ellas, se busca una sombra de obediencia, se exagera mucho la debida sumision à los preceptos; y mientras se están meditando todos los caminos posibles, para dexar ilusorias las prudentes constituciones, y mente, de quien las instituye. No creais, amado Enrique mio, que solo el País de los Monos abrigue tan depravadas máximas en todos los siglos, y en todos los Reinos, como la Historia, y la experiencia lo testifican; han aplicado los hombres sus esfuerzos à fin de conseguir intentos tan abominables, por lo que no os debe maravillar que se encuentre tambien en nuestros Monos el contagio de la universal malicia.

Entiendo mui bien, respondí, que en la natural libertad de los hombres, y lo mismo digo de los Monos, repugne la sumision à la voluntad, y deliberaciones de otro, no obstante que aquella, y éstas estén introducidas para el bien del Estado, y para lo util de la sociedad, que es quien fomenta las

de-



delicias de la vida, y sin la qual estariamos condenados à vagar por los bosques, privados de todos los auxilios, y buenos oficios recíprocos, y reducidos à la dura necesidad de cuidarnos por nosotros mismos con un sin número de incomodidades, y trabajos, pasando una vida poco mejor que la de los brutos; pero no llego à comprender, cómo no tratandose de esta libertad, intenten los racionales destruir los nudos mas preciosos de la sociedad civil, como sucede en el caso de que ibamos hablando; abuso que es capáz de conducir al mundo al extremo mas barbaro, y desordenado.

El vil interés, respondió Roberto, es el manantial de los males de que os condoleis; pero no es esta una enfermedad que carezca de remedio; antes prevengo recetar un antídoto, que si le adoptáse la ilustre Asamblea, de que tenemos el honor de ser miembros, pondrá un freno à las implacables fauces de todos los Monos letrados. No quiero explicar mi intención, porque aún no tengo bien digerido en mi mente el proyecto; pero aora basta que os advierta, que haviendose hecho venal la Jurisprudencia, no es maravilla que sus Profesores sigan la norma de aquellos que exercen semejantes artes; y asi formen un misterio del asunto mas claro, y llenen de malicias todas sus operaciones.

## CAPITULO VIII.

*De la novedad que turbó el sosiego en el Palacio del Señor Haya.*

**H**Aviendo llegado à nuestra casa, que continuaba en ser el Palacio del Señor Haya, observamos alterada la familia. Todo estaba en desorden: nuestro huesped, y sus hijos andaban turbados, Madama Espina, y su hija sobresaltadas, y los criados en perpetuo movimiento, entrando, y saliendo; sin que nosotros pudiesemos adivinar la causa de aquella hulla, y confusion; no obstante, no queriamos preguntarla, por no demostrar la vana, y temeraria curiosidad de indagar las interioridades de la familia, pero al mismo tiempo me afligia un indecible dolor, temiendo alguna desgracia en aquellos sugetos à quienes estaba obligada mi atencion con un excesivo agradecimiento, y sincera voluntad.

Sentámonos à la mesa, y alternaban los suspiros con el alimento, à cuyo tiempo entró un lacayo de casa con el aviso de que el accidente era mortal, segun decia el Médico, pero que la muerte del caballero no sería con mucha precipitacion de tiempo. ¿Y qué es lo que se ha resuelto? dixo Madama Espina. Se ha suspendido, respondió el criado, toda operacion, por esperar à una junta que ha de tenerse esta noche, en que han de concurrir los mas insignes Médicos de la Ciudad. Buena cosa es, por vida mia, respondió entonces Jacinto, dexar morir al enfermo por no faltar à la formalidad de la consulta!



A esto no pudo Roberto sufrir mas , y preguntó, quién era el que, como juzgaba , havia sido acometido de algun accidente. Es, respondió el Señor Haya , un tio mio por parte de madre, que muchos años ha tiene el empleo de Generalísimo de las armas de estos Estados; es sugeto de ilustre fama, y cuyos hechos le harán célebre en las futuras edades. Es gravísima la pérdida de nuestro Principe, si llega à faltar un heroé semejante. Respecto à mí sería su muerte aún mas sensible , por quanto con su liberalidad ha levantado cabeza mi familia, que en tiempos pasados estuvo bastante abatida por repetidas desgracias; su proteccion ha sido causa de que haya Yo conseguido muchas veces honrosos cargos, que he regentado con esplendor, y decoro, mediante sus sabios consejos. Ved , pues, amigo mio, qué grande deberá ser mi pena, yá por el vínculo del parentesco , yá por un justísimo agradecimiento, que monta mas que otra qualquiera razon.

Es menester conformarse, replicó Madama Espina ; vuestro tio ha llegado à una edad decrepita, y es forzoso que pague el ordinario tributo à la naturaleza: Además, que él muere sin sucesion; y así, habiendo sido tan grande bien-hechor vuestro en vida , podeis esperar que muriendo os dé mayor muestra de su cariño. El Señor Haya se iba enfadando con los discursos de su consorte; pero ésta añadió: No os irriteis, marido mio; Yo no soi tan delicada como vos; una gruesa herencia bien puede enjugar un torrente de lágrimas; y no temo llevarme chasco en mi expectativa, porque he manejado este asunto con el mayor cuidado : No obstante el asco que me daba mirarle , y ponerme junto à él , le

vi-

visitaba mui à menudo; siempre le llevaba la golosina de alguna fruta temprana, ò alguna pastillita, para darle à entender mi cariño. Los viejos son inclinados à la glotonería, por lo que Yo procuraba satisfacerla, y así ponía el mayor cuidado en darle gusto en todas sus extravagancias. Muchas veces le insinuaba las urgencias de mi casa, y él me consolaba, respondiendome, que algun dia nos proveeria el Cielo. ¿Se puede hablar mas claro? Verdad es que tiene un sobrino, hijo de su hermano, que deberia ser un fatal estorvo de mis esperanzas; pero yá me he dado buena maña para destruir su opinion en la mente del tio, à quien en repetidas ocasiones se le he representado como un disoluto, un jugador, un pródigo; aunque Yo bien conozco que no tiene tales vicios; pero, Señor mio, no se requieren tantos escrúpulos, quando de lo que se trata es de una crecida herencia. Finalmente, en quanto de mí ha dependido, no he dexado piedra que no mueva para conseguir mi fin. Por el bien de mis hijos he sufrido muchos años el tédio que me causaba tener que acariciar à un viejo asqueroso, y aun he hecho algunos gastillos para lograr con mas seguridad mi intento. El moribundo tiene muchos años há un Ayuda de camara que es depósito de todas sus confianzas, y Yo he sabido ganar su voto, de conformidad, que siempre apoya con su amo todas mis razones. Solo un golpe me resta que dar para salir de desasosiegos; explicaré mi pensamiento. Es necesario inducir al viejo à que haga testamento, para esto tengo ánimo de buscar una persona que le sugiera un acto tan forzoso para la conservacion de sus bienes despues de sus dias; un Escribano, à



quien tengo gratificado, no dexará de servirme con todo zelo, bien que pagandoselo antes à su satisfaccion. Basta: Yo sé como llevo el manejo de las cosas de la ultima importancia; por lo qual vosotros, hijos mios, confiad, dexando el asunto à cargo de una madre habil, y sin las preocupaciones que generalmente tienen todas.

El Señor Haya, que estaba penetrado de un sincero dolor, se mortificó mucho escuchando tan malvado discurso; oponerse à estas indignas máximas era acarrearle una implacable indignacion, y no era tiempo oportuno de fomentar una disension doméstica; y asi suspirando se levantó de la mesa, encogióse de hombros, y se retiró. Nosotros tambien nos guardamos de oponernos à las escandalosas ideas de Madama Espina, pues nuestras insinuaciones no havian de haver producido efecto alguno, y mas nos valia disimular, que dar fuera de tiempo una correccion moral que la huviera irritado, sin esperanza de enmienda.

Dos cosas nos admiraron en este suceso; la primera fue, que no nos pidió parecer, como regularmente executaba, siempre que creía haviamos de asentir à sus proposiciones (que sucedia raras veces) ò que haviamos de alabarla; señal fixa de que ella no ignoraba la maldad con que procedia, y que no obraba con falta de reflexion, sino maliciosamente con perfecto conocimiento de causa. La otra fue, que tuvo este tan dilatado, y vergonzoso discurso en presencia de todos sus criados, que se hallaban al rededor de la mesa sirviendo la comida: Esta imprudencia me pareció mui mal, pues prevía que dentro de pocas horas sabrian al pie de la letra el ra-

zonamiento los criados del viejo enfermo, con des-  
credito del Señor Haya. Nunca están de mas las pre-  
cauciones que toman los amos para ocultar à los  
criados los secretos de la casa, pues suceden infini-  
tos daños à los incautos, motivados de estos enemi-  
gos conjurados contra quien los alimenta.

Los hijos, aunque algo contristados con la en-  
fermedad de su tio, me pareció ponian bastante ale-  
gre el semblante con las futuras esperanzas; pero la  
Señorita, que se consideraba con una rica dote, con-  
tinuamente andaba preguntando yá à la madre, yá  
à sus hermanos, yá à los criados, si acaso corria  
riesgo de que el enfermo se recobrase. Soltando  
despues las riendas Madama Espina à sus fantásticas  
ideas, contaba entre sí las cantidades de que cons-  
taba la herencia; numeraba las joyas, pesaba la  
plata, formaba el plan de los réditos anuales que  
darían de sí las resultas de los ahorros del viejo, y  
ascendian, segun su pensamiento, à unas sumas mui  
considerables; despues pasaba à los bienes raices, y  
otros efectos preciosos, con todo lo qual se soñaba  
la Señora mas rica de la Corte. Las torres de viento  
à poca costa se fabrican; por lo que no es de estra-  
ñar que haya tantas personas que se deleiten en fi-  
gurarse las mas magníficas, y bizarras. Nuestra Ma-  
dama Espina, tan fecunda de fantasia, como escasa  
de juicio, se dexó llevar de su imaginacion acalo-  
rada, y se entregó à mil quimeras: Ella se propuso  
agrandar su casa; de alli à poco, arrepentida de  
esto, ideó echarla toda por tierra, para tener la satis-  
faccion de edificar un Palacio de un gusto mui par-  
ticular, y poco diferente de los que leemos fabrica-  
dos en el vasto, y antiquisimo País de las novelas;



sus joyas la parecian de poco valor , y yá la daba vergüenza presentarse con ellas entre las mas illustres Damas de la Corte; no havia de poder llevar los vestidos por el peso del oro; todo finalmente llegava à un grado excesivo; y la imaginada herencia quedaba consumida por ella sola en cosas mui preciosas, pero absolutamente superfluas, si es que aquel nombre merece el cúmulo de tantas como estaban introducidas para contentar el fausto de las Monas.

No faltó mucho para que la hija riñese con su madre, viendo gastada su dote, por satisfacer esta sola su fantasía. Los tres hijos no se hallaban contentos con aquestas particiones; pero nosotros yá estábamos cansados, y llenos de fastidio de tantas necesidades. Levantéme de la mesa pretextando un negocio inevitable; siguió mi exemplo Roberto, y à éste los dos hermanos, dexando à las dos que se paseasen sin impedimento por los espacios imaginarios. Yo me retiré à mi quarto à dormir la siesta, por haver reconciliado sueño con el dilatado tédio de la sobremesa. Quedé de acuerdo con Roberto, para que acompañasemos al Señor Haya, quando fuese à visitar al enfermo, no desamparando ni un momento à nuestro bien-hechor, mientras considerasemos estaba necesitado de compañía, y de consuelo.

## CAPITULO IX.

### *De la Junta de Médicos.*

**F**uimos al anochechar con el Señor Haya al Palacio del moribundo; iban con nosotros los tres herma-

manos , que compungieron sus rostros para entrar: Llegamos à la cama del viejo , que suspirando se lamentaba de su temprana muerte, no obstante que pasaba de noventa años ; se hizo las honras en vida, y exageró la pérdida de aquellos estados con su fallecimiento , con tal tono , que parecia que el mundo todo havia de volver à su antiguo caos el dia que se disolviese el lazo que unia aquella grande alma à su cuerpo , que yá con la vejez, y achaques estaba quasi cadaver. Aproximóse Roberto para tomarle el pulso ; pero no quiso condescender, fundado en no sé que ridículo agüero. El Señor Haya se esforzaba para detener las lágrimas, recogiendo sus sollozos entre los labios ; Yo le sugerí aquellas consolatorias que deben darse en casos semejantes; pero el enfermo nos interrumpia de quando en quando , repitiendo sus valerosas hazañas , las batallas que havia ganado, los enemigos vencidos, y la conservacion por su brazo de aquellos dominios , y su Principe. ¿Quién, decia, podrá de aqui en adelante disponer con tanto conocimiento un Ejército , inventar estratagemas tan útiles como las mias , y aprovecharse tan oportunamente de las ocasiones? ¡Pobre patria mia! De esta vez acabas, conmigo vas al sepulcro. Esta necia vanidad me hizo creer, ó que el Mundo perdía poco con su muerte, ó que la edad, y el mal le tenian perturbada la cabeza; y asi el unico sentimiento que me quedaba , era el ver al Señor Haya, por el cariño que le profesaba, tan afligido con este accidente. A sus hijos retozaba la risa oyendo vanagloriarse al viejo ; pero, aunque con trabajo, la detenian , y les costaba bastante tener que fingirse doloridos.



A este tiempo llegó la carroza con la Señora Espina, y su hija, que sin entrar recado pasaron adelante con toda libertad. En esta visita comprendí de quanta ficcion es capáz el corazon de las hembras. Estaban hechas las dos una viva imagen del desconsuelo, brotaban sus ojos abundantes lágrimas, que mezclaban con profundos continuados suspiros. Llegóse la Madre à la cama del viejo: y dixo: ¡Ay de mí, à qué tristísimo paso me ha querido conducir mi destino! ¡Oh, quién pudiera dar su vida por conservar la vuestra! Aun no fuera este suficiente sacrificio en recompensa del amor que siempre os he tenido: No pudiera hacer mayor beneficio al Estado, que conservarle una vida tan necesaria, y que es un tesoro que no tiene precio. Mas ya que no pueda resistir à los decretos del cielo, que me conducen à la mas crecida de mis penas, aceptad este parecito de huevos frescos, que han puesto hoi mis dos gallinitas negras, recibiendo en tan corta ofrenda el tributo de todo mi corazon.

La conclusion del referido discurso me hizo morder los labios para detener la risa. El viejo la dió mil gracias, teniendo la vista siempre atenta, y fixa en ella, como solicitando escudriñar en todos los movimientos del rostro la sinceridad de sus sentimientos. Sentóse Madama à la cabecera, y desde alli, despues de hacer mil honras al moribundo, añadió, que nunca se conocia mejor la prudencia de los sugetos de circunstancias, que en la última disposicion que hacen de sus bienes. Es locura lo que algunos executan, que por quitarse de quientos, dexan que entren los herederos necesarios,  
an-

teponiendose à los demás ; es justicia recompensar à quien lo merece, y no es accion sábia abandonar à la suerte unas facultades sobresalientes.

El Señor Haya, que se consumia interiormente con semejantes discursos, dixo que el mal de su tio no estaba tan de remate, y que mas valía que pensase en recuperar su salud, que en tan funestas ideas. El viejo, que era mas astuto que lo que aquella tonta imaginaba, terminó todas las dudas, significando que yá antes de caer malo tenia hecha su disposicion, segun las reglas de prudencia, y justicia. Con esta respuesta no tuvo accion la Mona para hablar en algun tiempo; pero observando despues unas ricas sortijas que estaban sobre una pequeña mesa, dixo: ¡Ay de mi! amado tio, no es razon que estas alhajas anden asi rodando à la vista, y expuestas à la tentacion de todos los que pueden entrar en esta alcoba; mejor estarían en otro puesto mas resguardado, y seguro. Entonces mandó el viejo que pusieran los anillos en cierta cajita. Se levantó Madama, y tomandolos, abrió la caja donde havian de ponerse, mas con una diestrísima mediabuelta, imitando à los jugadores de manos, los colocó en su faltriquera. Todos los que estabamos presentes bien conocimos lo que havia hecho, exceptuado el Señor Haya, à quien impedia un sincero dolor el ver las acciones de su esposa; pero fue su desgracia el que un criado lo observáse, porque inmediatamente lo contó al sobrino, de donde se originaron muchas desazones que se terminaron con poco honor de la robadora: Este tal sobrino no estaba à la sazón presente, por haver salido à executar ciertas comisiones importantes, que



el tio le havia mandado. No tardó mucho en volver; pero le recibió Madama con desprecio, y en su propia casa tuvo la avilantéz de insultarle atrevidamente.

El mal del enfermo iba entretanto aumentando-se, y no parecian los Médicos para procurarle el alivio. El viejo tenia una calentura ardentísima, que indicaba inflamacion interna, un afan continuo no le permitía ni un instante de reposo, y claramente se escuchaba un gravísimo hervidero en el pecho, todas señales de su próxima muerte.

Quiso el Cielo que llegase el Señor Ciprés, que era un Doctor largo, seco, y melancólico. Entró à visitar al moribundo; tomóle el pulso, y no quiso hablar palabra hasta que viniesen los otros tres Médicos que se esperaban. Respeto ridículo con el qual demonstrando una afectada modestia, abandonaba el principal fin para que fue buscado. De allí à poco vino el Doctor Melon, que era de una mas que mediana estatura, y crasitud correspondiente; nos saludó à gritos, y antes de tomar el pulso al enfermo, decidió à su favor, sin querer oir la serie del mal, ni sus síntomas: Se sentó junto al Señor Haya, y trabó la conversacion acerca de las cosas del Mundo con tal desembarazo, y mezclando tantos disparates, que temí desde entonces mucho al pobre enfermo, viendole en manos de un Médico tan ignorante, y presumido. El tercero que llegó fue el Doctor Cardo; éste, que era de una estatura regular, y algun tanto mas moreno que los otros, habló alguna cosa del accidente del viejo: Se introduxo despues à descubrir las curas que havia hecho en sugetos de elevadas circunstancias; y em-

empezó à morder con su regular picante estilo à los otros Médicos sus compañeros. Finalmente, arribó nuestro Doctor Cilantro, que no puso inui buena cara luego que nos vió alli, pero huvo de tener à bien el aguantarnos, quizás por no renovar las pasadas reyertas.

La primera diligencia que todos practicaron, fue pedir los excrementos del paciente, que con un palito estuvieron revolviendo largo tiempo, con lo que lograron perfumar todo el quarto con tan hediondísima peste. Fueron estos quatro sabios conducidos à una sala próxima para decidir del estado del viejo, y consultar los remedios oportunos à su salud. El Doctor Melon fue el primero que declaró que el accidente era un ligero resfriado. No convinieron los otros Médicos con este parecer; pero lo que es peor, cada qual fue de diverso sentir, y los quatro fulminaron quatro sentencias absolutamente opuestas. Entonces se empezaron à oir las disertaciones particulares de cada uno; mutuamente se honraban con pomposos titulos, llamandose sapientísimas lumbreras del Médico cielo, esclarecidísimos organos de la naturaleza, excelentísimos propagadores, y prolongadores de la vida, invictísimos triunfadores de la muerte. Se creerá, que en sus respectivas disertaciones se tratase del doliente; pues ni le nombraron: Hicieron descripciones de las causas de las enfermedades; qual de ellos explicó la anatomía de los pulmones; qual nos favoreció con una prolixa pintura de los nervios; qual habló de la circulacion de la sangre; y qual, finalmente, expuso el mecanismo del aire, y el origen de la tos. Ya llevaban dos horas gastadas en tan superfluos colo-



quios , quando el sobrino del moribundo dixo así :

Señores mios , vosotros estais perdiendo tiempo endarnos muestras de vuestra profunda sabiduría , y entretanto vá acabando el enfermo ; hacedme el favor de pensar en poner algun remedio , y estad seguros , de que todos los que os escuchan están mui hechos cargo de vuestra gran doctrina. Viendose obligados los Médicos à recetar alguna medicina, dispuso el Señor Ciprés una composicion de corales , de perlas , de minerales , &c. Esta, dixo , es capáz de hacer levantar los muertos de sus sepulcros , pero es necesario mandarla hacer en la Botica que está en la calle de N. porque de otro modo no tendrá eficacia alguna el remedio.

Sonrióse el Doctor Melon , y dixo inmediatamente : Como quiera , que Yo no aprecio à ese Boticario , no puedo venir bien en ese remedio ; esa Botica es mui antigua , y hace pagar el agua à peso de oro. Yo dispondré , añadió , otra receta que vale mucho mas ; y dixo al punto los nombres de mas de cien ingredientes , que solo se hallarian en la Plazuela de N.

Pareció mui cálido , y peligroso el remedio al Doctor Cardo , el qual exageró la virtud del mercurio , pero con la condicion , que havia de prepararse de un nuevo modo , cuyo secreto unicamente consistia en la habilidad de cierto Chimico , amigo suyo. Disintieron todos , diciendo , que en el caso presente no convenia aplicar semejantes remedios.

El Doctor Cilantro , finalmente , que havia hecho juicio de que el mal provenia de flato , propuso un emplastro , que havia de aplicarse à los pies del enfermo , para cuya composicion se necesitaban  
cier-

ciertas yerbas que nacen, segun decia, en unos altísimos, è inaccesibles montes, que deben dexarse rociar de las aguadas de Mayo, y cortarse en el mismo momento del plenilunio, à tiempo que estuviese el Sol en Leo; pero era tambien del caso, que este momento viniese à caer por la noche. La imposibilidad de satisfacer tan ridículas circunstancias, no obstante que aseguraba con juramento que conocia un Herbolario que poseía este tesoro, y mas que todo, el uso exterior que havia de hacerse de las tales yerbas, fue motivo de que unanimente se despreciase la proposicion.

Vedlos aqui nuevamente implicados con las dudas del principio. No se me ocultó el enigma acerca de la discordia de aquellos Médicos, cuyas ideas conocí, y me sirvió de aborrecerlos con mayor fundamento. Consistía, pues, el asunto en el torpe interés de ellos mismos, por estar confabulados con ciertos Boticarios, Herbolarios, y Charlatanes, de quienes recibian un generoso donativo à proporcion de las ganancias que les procuraban. De aqui era, que valiendose de la ocasion de los enfermos ricos, alababan las medicinas, y sus artífices, no à medida de la utilidad de su uso, sino en virtud de lo que con ellas enriquecian à sus amigos, y por consiguiente à sí mismos. De este modo, para limpiar la bolsa de los Monos demasiado crédulos, aplicaban mui à menudo un costosísimo remedio, que solia anticipar la muerte à los infelices, que con el desembolso del oro creian que compraban la salud.

Me decia un Médico de buena fé (que entre los abusos mas generales se encuentra siempre quien se



se atreve à oponerse à rostro firme al torrente de la maldad) que la naturaleza, pródiga de sus dones, subministra en las yerbas comunes los antídotos seguros de todos los males; pero que el Médico interesado no quiere ponerlos en uso, si es que conoce su actividad; ni los enfermos tienen fé con los remedios que pagan à bajo precio; y así estas simples medicinas se han quedado para la infima plebe, y para los Hospitales, en los que mas facilmente sanan los enfermos, porque no tienen caudal que emplear, en las que se usan para la ordinaria credulidad de los sujetos ricos.

Yá se acercaba la noche, y no sabian qué partido tomar. El Señor Haya dió à entender su enfado, por lo que el Doctor Melon dispuso un remedio que no podia redundar en utilidad suya, ni de otro alguno de sus compañeros, que era lo que vivísimamente todos deseaban, segun la acostumbrada envidia de estos Profesores, quando no pueden sacar para sí solos el provecho. Decidió, pues, que la única tentativa que podia executarse, era echarle al viejo una ayuda de agua tibia. Aplaudieron los Doctores el grande hallazgo, y à una voz acordaron que era este el pensamiento mas sabio que podia ocurrir en la mente del mas científico Mono. Yo me reía de todo corazon, y Roberto estaba encolerizado, pero nos era forzoso callar, quando se trataba de la opinion de quatro Médicos, que cada uno tenia sus partidarios en la asamblea.

Volvieron estos célebres Phisicos à la alcoba del viejo; le consolaron con la esperanza de verle prontamente recobrado, y le propusieron la medicina, que con uniformidad de votos se havia de-

ter-

terminado. No bien oyó la proposición el viejo, quando montó en cólera, y despues de haver dicho mil improprios à los Médicos, les habló de esta manera: ¿Yo, que por espacio de mas de setenta años he dado pruebas del mas verdadero valor; que he derrotado innumerables Naciones bárbaras; à quien el enemigo jamás ha podido hacer volver la espalda; quereis que tenga la vileza en los últimos periodos de mi vida de entregarmis nalgas para una medicina? Huid de esta casa, espíritus envidiosos de mis glorias, y dexadme morir antes que proponerme un proyecto que es destructor de mi fama.

Si fue un entrémés la consulta de los Médicos, mucho mas ridículo me pareció el catástrophe de esta historia. Salimos de la alcoba, y el Señor Haya, haciendo la apología de su tio, decia, que todos los individuos racionales tienen sus particulares defectos, y que el enfermo siempre havia sido inclinado à llevar hasta el último extremo el punto de honor. La vejez, y la enfermedad, añadió, ponen en términos de extravagancia esta flaqueza; pero disculpadle, Señores, pues las demás excelentes qualidades suyas suplen este defecto.

Preguntados los Médicos, qué les parecia del enfermo, respondieron conformes, que no les parecia de peligro el mal, y que era forzoso esperar al séptimo dia para formar un juicio seguro. En esto fue en lo que en efecto no se engañaron, por que en este dia, aun qualquiera chiquillo podía hablar del paciente sin peligro de errar, como se verá dentro de poco. El sobrino del enfermo dió gracias à los Médicos, y regaló à cada uno dos escudos de



de oro; todos reusaban de boca tomarlo, pretextando que tenian bastante con el honor de servir à la familia; pero al mismo tiempo alargaron las manos, y empuñaron con bastante apretura el dinero para que no se les perdiese. Fueronse, finalmente, los Doctores, y nosotros quedamos mas confusos que al principio.

Yá era tarde, y convenia retirarse à casa. Madama Espina todo era inventar pretextos para dilatar la partida, diciendo, que el sobrino podia irse à acostar; para que con esto echáse de ver el tio que no le cuidaba tanto como ella, y así se inclinase à su favor en el lance de un Codicilo que pretendia que nuevamente hiciese, como yá le havia propuesto al sobredicho Ayuda de camara del viejo, pero no fue posible reducir al joven à lo que ella queria; antes respondió, que no havia que pensar que él dexase la cabecera de su tio hasta el último suspiro: Ella altercó con él, pero nada pudo conseguir. El Señor Haya, para impedir que pasasen adelante las disputas, se despidió del viejo, y todos tuvimos que seguirle, encaminandonos à casa.

## C A P I T U L O X.

### *Del teatro cómico de los Monos.*

**L**A tristeza que reinaba en el semblante del Señor Haya, y la alegría, que no podian disimular los ojos de su esposa, formaban un contrapunto bastante curioso. Nosotros no sabiamos qué par-

Fg I.



Fg II.



Fg III.



Fg IIII.







partido tomar, por hallarnos indiferentes para qualquier suceso; no obstante la amistad, y el agradecimiento nos obligaban à hacer el papel de dolientes; bien que por haver comprendido el carácter del enfermo, conociamos la poca utilidad que redundaba à aquellos dominios, de la vida de un personage, ya por su edad imposibilitado, y ridículo.

Al dia siguiente dexé la cama al rayar el Sol, y pocos minutos despues ví salir de su quarto al Señor Haya, que ansioso por saber de su tió, se encaminaba à despertar à los criados, para enviarlos à saber cómo havia pasado la noche. Bastante trabajo costó que se levantáse uno, el que fue prontamente con el recado: No tardó mucho en volver con la respuesta, de que ya havia finalizado la escena, habiendo muerto el viejo una hora despues de media noche. Con este aviso sé dexó llevar el Señor Haya del sentimiento, apoyandose sobre una silla, en donde se mantuvo un rato con un profundo silencio, y los ojos fixos en el suelo; despues sacando fuerzas de flaqueza, se levantó con el rostro algo mas sereno, diciendo: Inútiles son los lamentos, no teniendo ya remedio el mal; Yo he cumplido con las obligaciones que la sangre, y la gratitud me dictaban, sin que me quede remordimiento de haver omitido cosa que me perteneciese. Asi, pues, con una constancia filosófica desechó los movimientos del dolor, y de la passion, sin aumentar los daños de aquella pérdida con acarrearle los males, que suele producir una continuada tristeza. ¡Felices los que tienen fuerzas para vencerse à sí mismos de este modo, y para corregir sus pasiones con una virtuosa resistencia!



Esparcióse la noticia de esta muerte, y fue mui general el júbilo por la vacante de un empleo tan visible, à que aspiraban las personas mas distinguidas, y principales de la Corte. No parecia, sino que el Estado hávia hecho la conquista de alguna Provincia; por lo qual el pobre Mono, que por su Principe, y la Patria havia emprendido unas no comunes hazañas, no tuvo quien le compadeciese muriendo: Recompensa mui ordinaria del verdadero mérito; hasta tanto, es cierto que el interés particular atropella por todas las leyes de la gratitud, y del decoro.

Madama Espina no podia contener su alegria, creyendo firmemente, que desde aquel dia entraba en posesion de todos los bienes del difunto: Pero el mencionado sobrino, que era el heredero del tio, no se dió prisa à hacer abrir el testamento. Ella, que deseaba eficacísimamente saber su contenido, solicitaba con todo esfuerzo, que se hiciese su publicacion. Resistiólo vigorosamente el sobrino, sin dexarse vencer, ni por la importunidad de los ruegos, ni por los insultos de aquella irritada Mona: Esta, finalmente, tuvo que llamar à un Escribano, para concertar con él el precio para la consecucion de sus deseos; vino éste, y encareció mucho la maniobra. Hai en aquella Ciudad la costumbre de contratar con los Escribanos, cuánto han de llevar por abrir un testamento cerrado; y así la suma que él pidió, fue exorbitante, sin que fuese posible consintiese, hasta tanto que se le dieron cien escudos de oro, de moneda cabal, y corriente.

Luego que agarró la paga, abrió con toda solemnidad el dicho testamento, que contenia mui po-

pocas lineas. Dexaba el viejo por heredero universal de todos sus bienes al sobrino, y solo le aconsejaba, que diese al Señor Haya alguna ayuda de costa, para que pudiese colocar honradamente à su hija la Señora Lechuga. El Escribano hizo un buen viage, pues solo por leer quatro renglones, cogió una paga, que parece increíble, excepto à los que conocen la voracidad de estas gentes; y la pobre Madama Espina pagó à bien caro precio su disgusto. Luego que se hizo saber al sobrino la voluntad de su difunto tio, consignó para la hija del Señor Haya, con una generosidad sin igual, una dote con que la sollicitarian los mejores partidos de la Corte.

Todo esto pasó aquella mañana, antes de recibir las acostumbradas visitas de pésame, que son un verdadero martirio, tanto para los que sinceramente están doloridos, como para los que no lo están, haviendo de fingir una passion que no sienten. Madama hizo mui bien el papel, llenos sus ojos continuamente de lágrimas; pero en la realidad era llanto, originado del despecho, y la desesperacion de vér burladas sus esperanzas: Las amigas, creyendo cierto su dolor, la acompañaban en su sentimiento, y como que deseaban que el viejo no hubiera faltado tan presto, por considerar que los golpes que dán mas treguas, son menos dolorosos: Ella tambien con su propria sangre hubiera pagado que viese aún, ò por vér si le podia inclinar à sus deseos, ò por cargarle de injurias, por haverla burlado.

Entre los muchos que concurrieron à las comunes formalidades, se distinguió, por ser de los primeros, el Señor Alcachofa; éste era un joven de bellissimo corazon, de poquísimo entendimiento, y



de muchísimo amor propio. Era su ordinario estilo correr por la Ciudad de visita en visita, cumpliendo en todas con un proporcionado periodo los días que no se lo impedía cierta ocupacion, que era su empléo, que él estimaba como cosa de grave entidad, pero que en realidad era bien despreciable. Luego que cumplia con las primeras ceremonias, torcia la conversacion à sus propias alabanzas, repitiendo puntualmente todos los días una propria leccion; si no encontraba dispuestos à los circunstantes para escucharle, se despedia, y marchaba à otra casa à echar la misma arénga. A éste rogó el Señor Haya, que me lleváse al paseo, no queriendo que Yo estuviese todo el dia encerrado entre aquellos objetos de tristeza. El buen Mono no solo vino bien en este encargo, sino que tambien se obligó à acompañarme por la noche à la Comedia. Acepté gustoso su liberal oferta, y partí con él de aquella casa, en donde me hallaba mui violento, viendo tanta ficcion por todas partes.

Apenas salimos à la calle, el Señor Alcachofa me rogó que le recibiese por uno de mis amigos. Yo soi, me dixo, un honrado Mono, que descien-  
do de una honesta familia. Mi ocupacion consiste en ciertas dependencias en el Consejo, en las que me manejo con toda exactitud, y puntualidad, cosa rara en los de mi profesion: No llevo costas à los caballeros por el trabajo que pongo en sus negocios, y con esto estoi bien recibido de la Nobleza, y me admiten en todas sus concurrencias, y visitas, como si fuese uno de los mas ilustres personajes de estas Provincias: Vivo con el gran mundo, y gozo de todas las diversiones de la vida: No hai público re-  
go-

gocijo en donde Yo no me halle; à la primera salida estoi ya seguramente en el Teatro: Concurro no solo con mi persona, sino tambien con mi dinero, donde se entra por él, en los bailes; no obstante que hai malignas Monas, que dicen que asisto en qualità de perro de guarda de la sala donde se danza. Finalmente mi suerte es envidiada de quantos me conocen. Enseñóme despues un estuche de plata, una caxa de esmalte, y otras frioleras, que componian el pequeño equipage de este moderno Narciso. Sacó finalmente un puñado de dulces de la faltriquera, y me los regaló, diciendome, que quien continuamente trata con las hermosas, es forzoso que siempre vaya proveído de semejantes golosinas.

Yo estaba aturdido, al paso que me divertia el nuevo original carácter de este joven: Iba hablando à todos los caballeros, que pasaban à poca distancia, y quando no le respondian, repetia el saludo en tono mas alto. Conocí que se fatigaba en tan penoso exercicio, para hacerme vér que se llevaba la atencion, y favor de todos. Despues en encontrando con algun Monito joven de los de su mas estrecha confianza, se paraba, le daba un polvo, y luego le preguntaba enfaticamente por ciertas Monas, que Yo por la conversacion iba infiriendo, no eran de la mas plausible conducta. No obstante que me enfadaban tantas paradas, no podia menos de reirme de las particulares expresiones de que se servia en su discurso, del risueño afectado semblante con que se insinuaba, y finalmente de ciertos gracejos con que sazónaba el asunto de sus conversaciones, que sin ellos eran, à la verdad, de  
po-



poquísima substancia. Así se finalizó la tarde.

Al anochecer me llevó à una de las tiendas del agua negra hirviendo, en donde havia una multitud de Monos, y Monas en traje de máscara. A todo el mundo me presentaba, pero en particular à las hembras; las decia, que Yo era un sugeto de singularísima viveza, y de una comprension mui transcendental; bien que ni en toda su vida hasta entonces me havia tratado, ni él podia ser juez en tales materias. A pura fuerza me hizo beber una taza de aquel licor negro, y pagó por mí; pero de modo, que lo conociesen los presentes. Llegó finalmente la hora de la Comedia; convidó à ciertos juvenes à que viniesen al aposento que me destinaba, y llegamos al teatro poco antes que se diese principio al espectáculo.

Mi conductor con sus compañeros no hicieron otra cosa que charlar durante la representacion, dirigiendose todos sus discursos à un fin. Hicieron gala de la disolucion, cada qual exageraba sus excesos, creyendo que con tan vergonzosa vanagloria pasaban por unos espíritus marciales. De quando en quando se asomaban por fuera del aposento, para saludar à algunas hembras de cabeza ligera, que andaban à caza de gangas. Muchas veces me impedian con tal bullicio la vista de la escena; como si, no contentos con impedirme oír à los actores con sus importunas conversaciones, envidiasen à mi vista el gusto de mirar la accion. Confieso à la verdad, que no podia darse mayor molestia, y ya en mi interior havia deliberado renunciar para siempre la compania del Señor Alcachofa, à lo menos quando se juntase con sus desordenados, y fastidio-

sos amigos. Pero no obstante tantos estorvos, referiré lo que observé en este espectáculo aquella noche, y confirmé despues en las ocasiones que volví al teatro, para formar de él una justa idéa.

Ví, pues, quatro figuras estrañamente vestidas, y que à primera vista podrian confundir al mas penetrante ingenio. Dos de ellas tenian la cara de color de hollin, pero el cuello, las orejas, y las manos del color natural de los Monos. Yo creo, que esta transformacion de rostro se inventaria expresamente para quitar toda equivocacion quando se representáse, advirtiendole con tal extravagancia à los presentes, que aquellos personajes son fingidos. Uno de ellos (fig.1) tenia un vestido, hecho de remiendos de diversos colores, pero puestos con tal orden, y dibujo, que queriendo pasar en la mente de los expectadores por un mendigo, pudiesen traslucir sin mucha dificultad, que no era real, y verdadera la miseria. El otro (fig.2) tenia cierto vestido extravagante mui corto, unos calzones larguísimos, y la capa, ò ferreruelo, que apenas le llegaba hasta la cintura; estas ropas eran blancas, guarnecidas de farfalaes verdes. De las otras dos figuras, aun mas ridiculas que éstas, la una (fig.3.) se semejava al murciegalo en el color, y hechura del vestido; la cara era parte de Ethiope, y parte natural; esto es, la frente, y la nariz eran como la noche, y lo restante del natural color. El otro (fig.4) andaba en chinelas; el vestido interior era encarnado, y tenia al lado un largo cuchillo, con cuyos arneses se me figuraba un Carnicero; sobre esto llevaba un saco negro, y en la cabeza un gorro



ro del mismo color; el rostro no tenía cosa particular, sino la barba, que era cana, larga, y retorcida, formando la figura de un cuerno. Cada uno de estos quatro personajes tenía distinto dialecto, y así no es maravilla que Yo no entendiese palabra de todos sus discursos. Los otros actores, cuyo lenguaje me era fácil de comprender, por ser el común de la Provincia en que me hallaba, no tenían cosa particular, ni en sus vestiduras, ni en sus personas. Esto es lo poco que pude observar entre la confusión de la novedad, que no dexa discernir suficientemente los objetos, y entre el estrépito molesto de los mozuelos que me acompañaban en mi mismo aposento.

Antes de pasar adelante en mi Historia, y llegar à otros asuntos, quiero dár una idéa de estos espectáculos, segun el examen que hice en las diversas ocasiones que me hallé presente à ellos. Es regla general en todos caracterizar un criado bufon, que con equívocos, y frías alusiones de vocablos haga reir à un Pueblo necio, que debería desterrar del teatro semejantes vergonzosas puerilidades, que tanto perjudican al buen gusto; otro criado malicioso, que hace oficio de tercero, burlando traicionablemente à su dueño, y que corrompe las mas veces las buenas costumbres, forma el segundo carácter; à estos se siguen un viejo avariento, y sospechoso; un pedante legista ridículo, una criada desvergonzada; dos pares de amantes, que se quieren mucho, que se dicen mil disparates, y que deliran por conseguir sus deseos: Esta es la familia que compone toda la tropa que sale al tablado. Vease una multitud de Comedias, y en todas se encuentran los mis-

misimos caractéres, y los mismos objetos se proponen. El arte de los compositores está en enredar la accion hasta cerca del fin, en cuyo caso, sin saberse cómo, quedan disueltas todas las dificultades, y se acaba la Comedia con tres esponsales, queriendo la criada temerariamente imitar tambien à su ama en sus complacencias. Otras veces el texido de la accion está tan enredado, que no sabiendo el ingenio, cómo desatar un nudo que ha tenido el gusto de enlazar con un sin número de cosas, que no tienen relacion con el fin principal; introduce un Mago, que en virtud de sus encantos hace venir al teatro al Demonio; ò unos fantasmas, ò máquinas de esta calidad: Este es el caso, en que el auditorio gustosísimo dá mil palmadas, aplaudiendo la vasta idéa del inventor.

Pero no abusemos de la tolerancia de mis Lectores, deteniendoles mas en estos asuntos.

## CAPITULO XL

*De lo que pasó à Enrique con el Señor Romero.*

**N**O se hablaba de otra cosa al dia siguiente por la Ciudad, que de la eleccion para el empleo nuevamente vacante. Los Señores mas principales, y mas dignos aspiraban à tan alto, y lucroso puesto, y asi se multiplicó el número de los pretendientes, mas de lo que se podia creer. Al Señor Saúco pareció conveniente ser uno de tantos, con la general desaprobacion de todos. Era éste un Mono, cu-



ya sospechosa conducta le hacia odioso entre todos los nobles , que à reserva de pocos, no podian sufrirle en su compaña. No obstante las oposiciones, y contradicciones públicas, no desistió el dicho, considerando que iba à perder poco en que le excluieran de su pretension.

Todos los que tenian algun manejo en la Corte, se emplearon en pretender unos à favor de su amigo, otros del pariente, y alguno con la esperanza de sacar grandes ventajas, si salia electo el que él protegía. Cada uno exponia los méritos propios, y los de sus antepasados, su zelo, y los títulos que justificaban todo esto. En este caso observé, quàn grave yerro comete quien se expone à tales pretensiones, si no mira absolutamente libre de toda nota à su conducta, y de todo defecto à su familia. Suelen los Coopositores (¡qué nobleza de corazon!) desenterrar, y sacar à luz las ya dormidas memorias de quanto se les puede imputar à sus antagonistas, y si acaso no encuentran en sus personas, ò en las de sus ascendientes suficientes motivos para infamarlos, echan la voz de ciertas fingidas sospechas, que acarrean mas graves perjuicios, y efectos mas peligrosos, que las excepciones personales, y verdaderas. La Ciudad estaba dividida segun las diversas inclinaciones, que pocas veces se fundan en el merito, y la justicia; las mas proceden de particulares motivos de interés, ò de amistad, y algunas de solo la preocupacion. Ya el Privado, ya el Ministro estaban incesantemente molestando los oídos del Soberano, de cuyo concepto, ponderando los méritos de sus respectivos recomendados, hacian decaer à los otros candidatos: Indeciso el

Prin-

Príncipe entre los propuestos , suspendió el declarar su voluntad ; y éste fue el motivo de que este asunto no se deliberáse tan presto como se debia.

Ya se iba acercando el dia de la decision de la causa pendiente entre el Volatin , y aquel que le havia herido en el mas delicado punto del honor , y del interés: Por tanto Yo quise , antes que llegáse este caso , visitar à los demás Jueces , pues no havia tenido lugar de practicar esta diligencia despues de la primera sesion. Semejante acto de respeto me pareció que podria redundar en favor mio , para hacer con él que concibiesen una honrosa idéa de la buena crianza , y urbanidad de los de mi especie , y particularmente de mi persona.

Dí principio à esta taréa con la visita del Señor Romero , que era un Mono mui práctico , y antiguo en los negocios del Reino , y que encubria baxo una exterior política , y modesta un alma doble , y capáz de mil engaños. Con la descripcion de su carácter doi los motivos de haver comenzado por este sugeto las formalidades que emprendia. Se debe poner mayor cuidado en cultivar la gracia de las personas poderosas , y que tienen mala intencion , que la de las que son de noble índole , y propensas à favorecer , imitando à cierta vieja que tenia continuamente puestas dos velas delante de la imagen del Diabolo con la inscripcion siguiente , que intenta justificar un uso que parece contrario al buen proceder: *Porque no me haga mal.*

Encontré al dicho Ministro ocupado en dár audiencia à muchas personas que estaban en la antecámara , esperando el honor de tener lugar de be-



sarle la mano. Despues de mui corto rato hize entrar recado de que Yo estaba alli, y el Señor Romero tuvo la atencion de preferirme à todos los que esperaban. Luego que llegué à la pieza inmediata, à la en que él se hallaba, se levantó, salió à recibirme, me abrazó, besó, y dió à entender el sumo gusto que tenia en considerarse util para poder servirme, persuadiendose, à que me havia tomado el cansancio (asi lo expresaba) de pasar à su casa, para darle el honor de imponerle algun precepto. Yo le respondí, que solo el cumplimiento de mi obligacion me havia estimulado à incomodarle con aquella visita, y que lo unico à que Yo podia aspirar, era, à que continuáse los buenos oficios de su proteccion. Los espíritus altivos se dexan mucho llevar de la adulacion, aunque sea excesiva, y asi conocí el gran gusto, que el Señor Romero recibió con mis expresiones, me afirmó, que entre todos aquellos, cuya amistad consideraba apreciable, Yo era con quien él deseaba mas estrecharla; no me dexé engañar de sus fingidas expresiones, pero para pagarle con otras tales sus falsas palabras, le demonstré lo sumamente reconocido que havia quedado à la gloriosa distincion con que me trataba.

Despues de estos preámbulos, y engaños que iban, y venian de diestro à diestro, introduxo la conversacion de los demás Ministros, y conceptuando, en fuerza de lo acreditado que se consideraba en la Corte, y en la Ciudad, que Yo sería uno de sus mas sincéros afectos, no halló inconveniente en hablar con toda libertad del Ministerio: En fin, para abreviar, dixo mal de quantos citó; uno en su concepto era un ladron público; otro un traidor al

Prin-

Príncipe; éste un disoluto; estotro un adulator, y todos juntos una sentina de perversas costumbres. No sufría mi genio el condescender à una conversacion tan mordáz, por lo que escusé la contestacion con el pretexto, de que habiendo tan poco tiempo que Yo estaba en aquel Continente, no podía aún haver formado idéa adecuada de los personajes sublimes de que se componia, mayormente quando era forzosa una particular gracia, para que los forasteros, qual Yo era, pudiesen interiorizarse con semejantes sugetos. En conseqüencia de esta repulsa, dirigió el Señor Romero la conversacion á sus circunstancias; alabóse muchísimo, y exageró los buenos oficios que havia hecho, mediante su poder, à favor de toda especie de personas: Asentí à su gran mérito, no obstante que sabía muy bien, y con cierta ciencia, que vendia hasta las palabras, con que tenia entretenidos à los que recurrían à su favor.

A este tiempo vino su Maestre-Sala, y le avisó, de que cierto Asentista le enviaba, en muestra de su particular estimacion, un regalo de ciertos li- cores: Haz, respondió, que pase adelante el que los trae, y volviendose à mí, me dixo: Creen estos que grangean mi patrocinio con estas vagate- las, Yo las recibo, porque desde mi casa no las lle- ven à manos de quien venda el estado al que mas ofrezca: Semejantes donativos siempre vienen acom- pañados de alguna pretension; Yo escucho sus pe- ticiones con semblante sereno, sin dexarme sedu- cir, y despues aplico mi voto, no à favor de quien me regaló, sino del benémerito, con la mira unica del bien público. Alabé una máxima tan sana, aun-  
que



que Yo sabía bien, que no hablaba con él esta alabanza, por quanto obraba todo lo opuesto absolutamente à lo que decia. Entró el que traía el presente, seguido de dos criados, que sostenian una grande frascueta de plata, dentro de la qual venian doce frascos, llenos de ciertos licores, de cuyos nombres no me acuerdo. El ambicioso Ministro disimuladamente dió una ojeada à aquel precioso vaso, y con un risueño rostro preguntó, si havia de volver à llevarse los frascos vacíos. Hizo una profunda reverencia el Mono que traía la embajada, y respondió, que aquella oferta, tal qual ella era, venía enteramente destinada para el uso de su Grandeza, (título ordinario que pretenden los personages de primera clase) que quando tuviese que hacer alguna fineza à algun amigo, podrian servir los frascos, y la frascueta. Asegurado aquel astutísimo camastron de que la plata venía tambien destinada para él, mandó se le respondiese al Asentista, que ya se verian, y hablarian despacio. Observese el ridiculo disimulo del Señor Romero, que ni aun dió gracias à aquel que quizás para satisfacerle su avaricia, tendria que estrechar la economía ordinaria de su familia, y todo esto con el fin de que no se formase mal juicio de él, teniendole por cazador de grandes regalos.

Como deseaba cumplir mis ideadas formalidades, visitando à los Jueces, y con éste me havia ya detenido demasiado, me puse en pie, y le pedí su licencia. Mostróse sentidísimo el Señor Romero de mi resolucion, diciendome: ¿Y por qué, amigo mio, me quereis dexar tan pronto? Por dár algun pretexto à mi despedida, respondí, que viendole

ocu-

ocupado en sus dependencias, y estando esperando tantos el honor de hablarle, queria dexasle en libertad. Sonrióse graciosamente el Ministro, y replicó: ¿Y qué quiere decir eso? Estos que esperan, volverán mañana, si hoy no me digno de oírlos. Las personas del estado medio, è infimo han nacido en el mundo, para hacer la Corte à los Monos, como Yo; y se han de tener por muy afortunados, si despues de venir à presentarse repetidas veces, logran el honor de que los admita: Sentaos, y os daré parte de mi pensamiento, y despues de esto tendréis à bien que à presencia vuestra escuche algunos de esos, que haveis creído personas de suposicion. Con muchísimo gusto hubiera Yo perdonado la confianza, con que queria participarme sus ideas, y asuntos por estár cansado ya de oír máximas tan contrarias à las mías; pero por no irritar à una bestia feroz, es necesario muchas veces complacerla. Tomé asiento, y me habló en los terminos siguientes:

Sabed, Amigo mio, que Yo he sido dos veces casado; pero de mi primera esposa, que ha diez años que murió, no logré la dicha de tener sucesion. Como quando enviudé tenia ya muchos años, havia perdido las esperanzas de que me la concediese mi fortuna, aunque pasáse à segundos desposorios; no obstante, era forzoso poner todos los medios; no salieron estos vanos, pues el Cielo, que toma à su cargo con particular cuidado las familias mas ilustres, condescendió à mis ruegos, concediendome en una jovencita, con quien me casé dos meses despues de viudo, un hijo al año inmediato de mi boda: No ha nacido otro alguno; pero en éste tengo ya asegurada la propagacion de mi Casa.

Ao-



Aora está para cumplir los nueve años, pero Yo paso ya de setenta, y asi no espero tener tan larga vida, que pueda llegar à tiempo de dirigirle en su juventud por aquellos caminos que Yo he seguido, y me conduxeron à la cumbre de la utilidad, y del honor. En la incertidumbre de poder cumplir en este punto con las obligaciones de padre; pienso adelantar con una séria educacion los frutos que se esperan de esta nueva planta; y aora sabed, que los sugetos que están en mi antecámara son los que han de concurrir à tan grande obra; acaso havrá quien venga por algun otro negocio; pero la mayor parte son los que vienen llamados à este fin.

No podia alabar suficientemente la sábia cautela de este Mono, que aunque pésimo Ciudadano, parece que queria ser buen padre. A este tiempo tocó la campanilla, y pidió al Maestre-Sala la lista de los que esperaban audiencia. Inmediatamente que lo mandó, la tuvo en su mano; repasóla mui bien, y dixo: Que entre Algarroba.

De alli à un momento ví entrar à un Mono con quanta gala es imaginable; traía una casaca bordada de oro, y la chupa era de una delicadísima tela de gusto, toda cubierta de oro, y plata; estaba mui bien peinado, y lleno de polvos; sus manos calzadas de unos blancos, y finísimos guantes, y los restantes adornos todos correspondientes à su general aseo. Luego que entró, me puse en pie, creyendole un caballero de altas circunstancias: Pero el Ministro conoció que Yo me havia engañado, y me hizo señal para que no estuviese en pie. La primera pregunta que le hizo el Señor Romero me avergonzó, é informó de mi error, pues fue, que quanto tiempo  
ha-

havia, que era Cocinero. Algarroba, despues de una profunda reverencia, respondió en un language tosco, y obscuro, que en su vida no se havia exercitado en otra cosa, y siendo examinado acerca de su capacidad, él para dár una muestra de ella, contó, que en el convite de cierto Principe supo dár una sopa del valor de cien escudos de oro. Entonces dixo el Señor Romero con semblante alegre: Basta; tú eres un excelente Mono, y digno de que te emplees en mi servicio: Dime, pues, lo que necesitas. Diré, respondió, libremente à vuestra Grandeza, que fuera de la manutencion mia, y de mi familia, se me darán seis escudos de oro cada mes; pero en inteligencia, que he de tener quatro ayudantes à mi orden, pues mi oficio solo es distribuir las necesarias disposiciones, para que el amo esté prontamente servido. Tiene razon, añadió el Señor Romero, que no es conveniente que el Gefe de una profesion tan distinguida se emplee en lo que no sea correspondiente à su habilidad: Yo te concedo quanto pides, porque es mui puesto en razon, y desde mañana espero que vengas à servirme. Incliné la cabeza el Cocinero, hizo una gran cortesía, y partió.

Volvióse à mí el Señor Romero, diciendome: No hai oro bastante con que pagar à un buen Cocinero: Nosotros los Grandes no podemos hacer mejor uso de nuestras riquezas, que empleandolas en las delicias de la mesa, en donde, además de saciar el apetito, se dá à entender la magnificencia, y liberalidad del dueño. Aunque me havia admirado el Cocinero por sus vestidos, y por su habilidad, destructiva de las mas floridas rentas, y aunque igualmente me havia hecho el Señor Romero, que for-



máse una opinion de él, que le caracterizaba por enemiguísimo de la sobriedad, con todo tuve que baxar la cabeza, y condescender con sus proposiciones.

Entró despues cierto Mono mui soplado, Peluquero de profesion, el que por espacio de muchos años no havia tenido otro estudio, que inventar nuevos modos de cortar, y rizar el pelo. Este havia de tener la obligacion de ir todas las mañanas à componer el cabello al Señorito, y aqueste era uno de los mas graves cuidados que tomaba el padre en la educacion de su hijo. Prometió el Peluquero no faltar dia alguno al cumplimiento de su obligacion; y tratando acerca de la paga, se le propusieron dos escudos de oro cada mes. Quería hacerse de rogar; pero finalmente, suponiendo que hacia mucha merced à S. G. dixo, que, estimando mas el honor de servirle, que la ganancia que se le proponía, gustosamente admitia el cargo, para que le havia juzgado digno.

Partió este artífice, y el Señor Romero promovió la conversacion de ciertos padres, no pudiendo llevar en paciencia el poco cuidado que tienen con los cabellos de sus hijos, permitiendo su cultura à las manos de una criada demasiado contemplativa, ò de un criado poco experto en un arte que hace distinguir la cabeza de un noble de la de un plebeyo. Inferí de este discurso los alcances de nuestro Ministro, y que si trataba de los intereses del Reino, como de los peinados, bien podia estar el Principe satisfecho de sus servicios. En este intermedio volvió el Peluquero para declarar que iba en la inteligencia de que su salario era libre de tener la obli-  
ga-

gacion de poner de su cuenta polvos, manteca, peines, hierros, &c. Justa es tu demanda, respondió el Señor Romero, que no queria disgustarle por la alta estimacion que tenia hecha de él: se te proveerá de quanto necesites: Anda enhorabuena, y cumple tu obligacion, sin hacer faltas, y con habilidad. Entonces el Peluquero repitió las cortesías, y marchó.

Entró saltando el Maestro de baile à besar la mano al Señor Romero, y éste le expuso su intencion de querer se enseñase à danzar su hijo, y como de entre tantos como havia de su profesion, le havia elegido, creyendole capáz de sacar un discípulo perfecto. Vuestra grandeza, respondió el Bailarin, no puede errar en sus resoluciones: De mi escuela han salido los mas diestros Bailarines del teatro; y las principales Señoritas de la Corte son mis discipulas. Yá sé Yo mui bien, añadió nuestro Ministro, que grande es tu habilidad; no te falta para ser perfecto, otra cosa que ser natural de la Metrópoli de esos Estados, que están confinantes à los nuestros; porque, à la verdad, no parece sino que alli nacen desde luego con particular talento para danzantes. Esta es, replicó el Maestro, mi mayor desgracia, porque me quita el ganar otro tanto; pero como no puedo remediarlo, es fuerza contentarme con lo que soi. Contratóse la paga, segun el estilode la Ciudad, que era una pieza de oro por doce lecciones, y cada una havia de durar cerca de media hora; pactóse à parte, que no entraba en esta cuenta el salario del que tenia que tocar mientras las lecciones.

Finalmente compareció un Mono de un color verdinegro, y macilento, que parecia la imagen de



la necesidad. ¿Y pues, quién eres tú? le preguntó el Señor Romero. Yo, respondió con mucha humildad, soi aquel por quien se ha empeñado el Ama de vuestra poderosísima consorte para Preceptor de vuestro nobilísimo hijo. Estos Preceptores, añadió el Ministro, me hacen montar en cólera; mas de trescientos memoriales tengo en que me recomiendan à otros tantos sugetos, y Yo no necesito mas que uno; y ese, acaso, es quasi superfluo. ¿Y qué enseñaréis à mi hijo? Le dictaré, dixo el Mono, los principios de una buena literatura, y los elementos de las ciencias. Alteróse en extremo el Señor Romero, diciendo: ¿Tambien vos estais imbuído en estas ciencias? Por toda la Provincia se ha introducido esta epidemia, que produce conseqüencias muy fatales. Yo no quiero ciencias, porque no las he estudiado, ni las aprendió mi padre, ni mis abuelos, ni mis bisabuelos, ni otro alguno de mis ascendientes. ¿Lo ha entendido el Señor Preceptor? Yo obedeceré en todo à vuestra grandeza, respondió el Maestro, todo temblando de miedo; dadme, Señor, los preceptos, segun los quales conformaré puntualmente mis operaciones. Vos, replicó el caballero, enseñaréis la lengua Mona antigua à mi hijo, en lo que emplearéis tres horas por la mañana, y dos despues de comer: Siempre haveis de estar à sulado; le acompañaréis à las visitas, y al paseo, y quando esteis con él à solas, le sugeriréis las máximas de caballería: Le impondréis en que ha nacido para ser superior de los demás Monos; que no debe sufrir agravio alguno de sus iguales, y que se hará respetar, si le llegan à tomar miedo, y otras cosas que à un literato como vos no se ocultarán, aunque por  
vues-

vuestra sangre no tengáis obligacion de saberlas. Por este trabajo os concedo la mesa de mis criados, y si además de esto teneis pretension à algun salario, decidlo sin cortedad.

Quería el infelíz Preceptor dexar à voluntad del Ministro la entera disposicion de su paga; pero éste se mantuvo firme en asegurar, que no quería ofrecer cosa alguna, porque despues no se dixera que se havia valido de medios violentos. Obligado el Preceptor à declararse, pidió una pieza de oro cada mes. Esta peticion me hizo formar una alta idéa de la prudencia del que la havia propuesto; pero fue al contrario el efecto que hizo en la mente del Señor Romero, que trató de vano, ambicioso, y temerario al pobre Mono, que se exponia à continuas fatigas por una miserable recompensa, mas no obstante quedar mui mortificado con la repulsa por tan corta pretension como la suya, temeroso de perder la ocasion de colocarse, y lo que es mas, estrechandole el hambre à que condescendiese à qualquiera condicion, aunque fuese la mas vergonzosa, pidió perdon réndidísimamente de lo exorbitante de su peticion al Señor Romero, rogandole que le admitiese en su servicio con los pactos que mas convenientes le parecieran. A esto respondió el Ministro: Yo os concedo la mitad de lo que haveis insinuado; y si con el tiempo viesé que mi hijo aprovecha con vuestras lecciones, os será agradecido, dandoos de adealas al fin del año algun par de zapatos: Pero estad advertido de no separaros un punto de los documentos que os he dado: teniendo asimismo entendido, que absolutamente no quiero que deis que sentir à mi hijo; desdichado de vos  
si



si le azotárais, porque havia de tomar una exemplar venganza, por ser cosa que notablemente desdice, que una mano que nació destinada para servir, tenga la execrable osadía de castigar à un sugeto que previene el Cielo para los primeros honores de la Patria, y para ser el apoyo de su Principe. El pobre Mono hambriento tuvo forzosamente que adherir, y condescender con la voluntad de aquel indiscreto padre; despues de lo qual se fue retirando, repitiendo las cortesías, y prodigalizando los títulos mas excelsos, capaces de satisfacer el ridículo fausto de un viejo tan sobervio.

Luego que éste marchó, dexandome el corazón lleno de la compasion mas tierna, me dixo el Señor Romero: Vos, Señor, acaso estrañaréis el recibimiento tan poco favorable que he hecho al Preceptor, pero cesará vuestra maravilla, quando sepáis que esta raza de Monos es la mas impertinente que se encuentra en estas Provincias. Hinchados con sus méritos quiméricos, elevan sus pretensiones hasta el término de quererse igualar à la Nobleza, havien-do tenido el atrevimiento de esparcir en ciertos libros, que el saber dá preferencia sobre la mas illustre sangre; fundados en la ridícula razon de que las letras forman el mérito personal en el sábio, y el nacimiento no pende de nuestra voluntad. Tales libros sacrílegos deberian estar quemados con sus autores, pero el descuido, ò acaso la depravada complacencia de vér si pueden abatirnos, son causa de que se introduzcan tan malvadas máximas.

Yo entonces le repliqué: Si vos teneis por cosa peligrosa depositar en los sábios vuestras confianzas, prudencia será contenerlos en los límites de bi-

bidos ; pero no acabo de entender la razon de haver prohibido al Preceptor , que ilustre à vuestro hijo con aquellas ciencias , que son el alma de un Estado culto , y político. Vos , añadió el Señor Romero , segun voi viendo , sois uno de los sequaces del nuevo método de educar la juventud ; pero Yo de nadie me dexaré persuadir , à que permita à mi hijo , que aprenda à delinear en un papel ciertas figuras mágicas , combinandolas con unos caractéres diabolicos , para que despues tenga el ridículo atrevimiento , en virtud de tan detestables medios de querer saber , cuánto pesa la Luna , y qué tamaño tiene el Sol , con otras mil importunas necedades. En aquel punto eché de vér , que era imposible adelantar cosa alguna con este espíritu , envejecido en la ignorancia , y que formaba idéas tan extravagantes de la Geometría , Astronomía , y Algebra.

No dexé no obstante de darle à entender , lo que me admiraba la repugnancia que havia demostrado en que el Maestro castigáse à su Discípulo: Tengo para ello mis razones , dixo el viejo : Un corazon tiernecito , que se acostumbra à temblar à la voz de un pedante , no puede despues concebir sentimientos nobles , y generosos : El muchacho que teme à las disciplinas , como al mayor de los males , huirá despues à la vista del enemigo ; no sabrá resistir à las amenazas de un émulo ; y asi será inútil para la guerra , para la vida civil , y para su propria familia , obscureciendo con tan viles medios la generosidad de aquella sangre , que debe à su nacimiento. Sé , que opondréis à ésta la máxima de que la juventud con sus ardores queda incapáz de  
fre-



freno, si no está de antemano acostumbrada à contenerse dentro de los límites de la moderacion; pero à esta que se cree virtud, tengo Yo por baxeza, y así, dexandola para los espíritus abatidos, quiero desterrarla del todo del corazon de mi hijo.

Oyendo esta ultima proposicion, no tuve fuerzas para aguantar mas; oponerme à sus palabras era ofender la excesiva soberbia de un genio reboloto, y maligno, y así elegí el retirarme, para no incurrir en la casualidad de enemistarme con un personage, à quien havia tenido la paciencia de tolerar por tanto tiempo sus extravagancias, solo por tenerle en qualquiera ocasion propicio, ò à lo menos indiferente. Levantéme de la silla, para despedirme de él; pero me instó diciendome: Esperad, que acabe de dár audiencia; y Yo mismo iré acompañandoos hasta vuestra casa, tendré tambien el gusto de visitar al Señor Haya, que ha dias que no le he visto.

Yo, que no tenia gana de adularle, ni de exponerme al riesgo de algun contratiempo, le rogué me permitiese partir, por quanto mis dependencias me obligaban à detenerme en otra parte antes de ir à casa. El Señor Romero entonces se escusó de no introducirme à visitar à su esposa, porque estaba todavia sin vestir. Era zeloso con tanto extremo, que aun siendo criatura Yo de diversa especie, de mí la recataba, encubriendo tan indecente passion baxo el pretexto de la decencia, y cumplimiento. Renovaronse de una, y otra parte las expresiones, aunque poco sincéras, y partí contentísimo de dexar aquella casa, con firme proposito de no volver à ella en mi vida.

## CAPITULO XII.

*De la visita de Enrique al Señor Peregil.*

**A**Nduve largo tiempo por la Ciudad , para hacer las premeditadas visitas à los Jueces mis compañeros; pero unos estaban fuera de casa , y otros acompañados de sus amigos , por lo que no tuve la fortuna de hablar à aquellos , y con estos no se introduxo otra conversacion que la general , por no haver podido quedar solos. Los discursos en todas partes eran unos generalmente ; se decian mil males de los ausentes , se alababan los presentes ; se esparcian sospechas ofensivas à la reputacion de muchos , y se daba fin à toda la obra , ò poniendose à jugar , ò en algun divertimiento público , ò privado. Por estos motivos no pude inquirir cosa alguna de nuevo en estas conversaciones , ni pude conocer el carácter de las personas con quienes estuve conferenciando ; pero cumplí con una formalidad necesaria , que me acreditó entre todos por un sugeto atento , que no es corta ganancia à costa de una ligera incomodidad.

Dexé para la ultima visita à un cierto Señor Peregil , que Yo tenia por un Mono de poca penetracion , y cortos talentos , por quanto su humor melancólico , y su continuo silencio no le hacian favor alguno para mi concepto. Además de esto , lo nada pulido de sus vestidos , y adornos daba à entender , ò que ningun cuidado ponía en cómo havia de comparecer delante de los demás , ò que la impo-



sibilidad de igualarse à los de su clase le reducía à la mortificación no solo de ser, sino de demonstrarse el mas pobre. Apenas le subieron recado de que solicitaba el honor de que me admitiese, quando salió à recibirme al mismo patio, y con las mayores expresiones, sin afectacion alguna me tomó la mano, rogandome tuviese à bien subir la escalera. Este primer paso fue motivo para que me pareciese este sugeto de un corazon sencillo, y naturalmente lleno de afectos. Registré cuidadoso, qué criados nos acompañaban, y no encontré mas que à un viejo, cubierto de una antigua libréa, y un pagecillo con un vestido de otro color. Subí finalmente, y me hallé en un salón, cuyo adorno no era otro que un banco medio derrengado.

El Ministro à este tiempo me dixo: No os admiréis, Señor, de vér tanta miseria en un Palacio tan grande, porque en ella se cifra la mayor gloria, y mas estimable herencia que puedo dexar à mis descendientes. Yo heredé de mis padres quanto podia desear, para gozar una vida cómoda; pero las repetidas desgracias con que me ha visitado el Cielo, me pusieron en estado de privarme, aun de las cosas mas necesarias, solo por conservar mi honor con pureza: Esta consideracion me hace mirar mi pobreza con vanagloria, pues veo, que quando me faltan las comodidades que tienen mis iguales; puedo vivir contento, porque nadie por mi causa tiene que lamentarse de daño alguno.

El honrado proceder del Señor Peregil se manifestaba claramente con este discurso, pero le ví mas patente en lo que iré exponiendo. Me introduxo en un quarto, cuyas paredes estaban adornadas

con

con una colgadura de cierta tela de seda , llena de saca bocados, y que en otro tiempo fue encarnada. Me hizo sentar sobre una antiquísima silla , tan alta , que se me quedaron las piernas como pendo- las de relox ; fuera de esto , los pies del sillón esta- ban taladrados de carcoma, y así me hallaba en un perenne peligro de dár en tierra , además de estar en un continuo terremoto, balanceandome ya à uno, ya à otro lado.

Luego que nos sentamos, me preguntó el infeliz caballero , qué causa me havia movido para hon- rarle con mi visita; à lo que le satisface, diciendole, que solo la de que me reconociese por su rendido servidor. Mejor diréis, añadió el Señor Peregil, que era enemiguísimo de ficciones, por un benéfico ami- go, pues solo vos haveis querido darme semejante complacencia, quando mis iguales, y aun los del estado mas inferior, huyen lexos de mí. Estas son las conseqüencias de la desgracia que nos separa de los amigos , y nos hace despreciables à los ojos de todo el mundo ; pero bien será disculpar esta con- ducta, pues la proximidad de los desdichados atrae en cierto modo la tristeza , inseparable, y necesaria compañera de los contratiempos.

Yo entonces , por dár algun consuelo à este po- bre afligido , entrando à la parte en sus sentimien- tos, introduxela conversacion mas sin rebozo acer- ca de sus infortunios: No puedo llegar à entender, le dixe , cómo es que hallandoos colocado en un puesto que subministra à muchos las riquezas con abundancia , vos tengais necesidad tan grande, co- mo me dais à entender. Los cargos honoríficos, res- pondió el pobre Mono, no son motivo suficiente,



para adquirir bienes de fortuna; si acaso veis que aquellos que los obtienen se dan buena maña, para hacer grandes progresos, bien podeis decir, que los tales (si es posible que los haya) no han tomado, como deben, à su cargo los intereses de sus Soberanos. Comunmente oímos decir, que en los empleos eminentes se executan mil comercios abominables; pero Yo jamás lo he creído, pues me repugna asentir, à que se encuentre sugeto circunstanciado, que pueda baxarse à cometer tales vilezas.

Viendo que no era este el camino de poder aliviarle sus penas, le pregunté, antecediendo mil excusas, y vénias de mi atrevimiento, la causa de su infelicidad. El, arrancando un suspiro de lo íntimo de su corazon, respondió: Por quanto no sois de mis Compatriotas, que tal vez se alegrarian de mis desventuras, como sucede freqüentemente; y porque descubro en vuestro discurso, y en la fama que corre de vuestra honradéz, que sabréis reservar la verdadera causa de mis infortunios, desde luego quiero manifestaros mi corazon, y por mi relacion llegaréis à conocer, qual sea el manantial de todas mis fatalísimas infelicidades.

Haviendo, como os dixé, quedado heredero por muerte de mi padre de una preciosa hacienda, pensé en asegurar mi sucesion, casandome con una noble, honesta, y hermosa joven: Nació de esta union no mas que un hijo, al que procuré educar segun las verdaderas máximas de la prudencia; no las comunes, y de moda, que siguen generalmente aora los padres. Doctos, circunspectos, y hábiles Maestros instruyeron à mi hijo en el modo de vivir

con

con honor, y cultura; le aleccionaron en las ciencias mas útiles; le dirigieron al amor de la virtud, y ya sus frutos, aun no del todo sazonados, eran lisonja del cuidado, y continuas fatigas de su padre, y preceptores. Aumentabanse sus años, y crecian al mismo paso sus luces, su bondad, y adelantamientos. Todo caminaba à proporcion de mi amoroso anhelo, y ya me vanagloriaba de un éxito dichoso. ¡Quánto se engaña nuestro miserable entendimiento al proyectar sobre los sucesos futuros! No era menor que el mio, el consuelo de su madre, contenta de haver dado à luz un hijo, que contemplaba havia de ser modelo de los mejores Ciudadanos. Su obediencia à nuestros preceptos, y su atencion en obligar nuestro cariño, nos acrecentaban la natural ternura acompañada con una justa estimacion de sus recomendables quálidades.

Calló un breve rato al llegar à estas palabras el desconsoladísimo anciano, aprovechando este intervalo en enjugar las lagrimas que con abundancia bañaban sus mexillas, y Yo en tanto reflexionando la educacion que prevenía à su hijo el Señor Romero, y haciendo cotejo con la que al suyo procuró el Señor Peregil, no acababa interiormente de abominar la conducta de aquel, y de celebrar à éste todo lo que se merecia. Volvió à tomar el hilo de su relacion, diciendo: Todas estas bellas esperanzas se desvanecieron en un momento. No bien havia dado mi hijo el primer paso por el mundo, quando se le agregó uno de aquellos falsos amigos, que no intentan otra cosa que corromper la inocencia por sus particulares provechos. El corazon del docil joven se dexó seducir à pocas



cas persuasiones. Tomaron posesion de él el libertinage, el juego, el luxo, y todos los vicios que acarrean la desolacion de una familia. No podia bastar la mesada que le tenia señalada, para suplir tantos gastos, y para saciar la codicia de las malvadas compañías de su disolucion. Ya buscaba un pretexto, ya otro para sacarme dinero: En una ocasion quiso hacerme creer, que havia saltado del engaste una piedra de valor, que llevaba en la sortija; y otra vez que le salieron ladrones de noche, y le havian despojado de quanto llevaba: Repararonse estas pérdidas, pero de alli à poco se repitieron los mismos lances.

Todo el mundo sabía su irregular conducta; pero ninguno tenia valor de dár quenta à un padre amoroso, y asi fuí el ultimo que supo esta desgracia, ya mucho tiempo havia pública en la Ciudad, y en la Corte. Yo pensé reducirle con las parternas insinuaciones (creyendo remediable el mal) à un tenor de vida decente, y arreglada; me lo prometió; pero suplicandome antes, que pagáse todas sus deudas: Me hizo vér todas sus quantas, cuyas cantidades ascendian à considerables sumas. ¿Qué no hará un padre enternecido, para aliviar à un hijo que supone arrepentido de sus maldades? Subminístrele todo el oro necesario, para que se reintegráse en su honor; y desde aquel punto comenzó el desconcerto de mi economía.

¿Lo creeriais? Pues la mitad de la deuda era fingida: Me engañó tan indignamente, para sacarme el dinero, por poder continuar su disoluto proceder, aconsejado para ello de sus falsos amigos. Fue este un golpe tan sensible para mi pobre consorte, que,

que, considerando caso desesperado la correccion de su hijo, cayó mala del sentimiento, y à poco tiempo murió. Con la falta de esta amada compañera de mis trabajos, me ví en la necesidad de tomar à mi cargo el gobierno interior de mi casa; pero incapáz de un manejo de tal naturaleza, me hallé tan robado de mis criados, que un año despues de su muerte saqué la quenta, y encontré haver hecho mas gasto en él que solia ella hacer en tres, mediante su economía.

No corrigió al malvado la muerte de su madre; antes connaturalizado ya en su pésima vida, y hecho maestro de toda disolucion, no pasaba día en que no me diese una nueva pesadumbre. Confieso la verdad, olvidé todo el cariño que le havia tenido hasta aquel tiempo, y unicamente me dediqué à mantener con decoro el punto de mi honor, y la conservacion de la buena fama de mi nombre, y la de mi familia, en que tanto me interesaba, para cuyo efecto pensé en buscar remedio à tantos desordenes. Continuamente estaba oyendo quexas contra él; ya tenia que componer à fuerza de oro el ultrage, executado en una honrada familia; ya el mercader me presentaba una subida quenta de innumerables generos, y superfluos adornos, que podian haver saciado la vanidad del mas delicado pisaverde; ya venian à sofocarme, pidiendome una excesiva pérdida del juego.

Muchas veces intenté echar de mi casa, y desheredar à un hijo que arruinaba mi reputacion, y mi hacienda; ¿pero qué se huviera dicho de mí, si huviese puesto en práctica este pensamiento? El mundo es cierto que no siente bien de las acciones



nes injustas, pero está siempre pronto à apiadarse del que prevaricó quando le vé humillado con el castigo: Huviera sido mirado como un mal padre; si huviese querido proveer à mi subsistencia contra los atentados del que pretendia destruir de una vez mi crédito, y mis bienes. Comencé à vender mis joyas, luego la plata, despues los muebles mas preciosos, y los bienes raíces, y finalmente huve de hipotecar las quántiosas haciendas que mis mayores havian dexado fiadas à mi cuidado. Aora me hallo en el duro deplorable estado de vivir con estrechéz, para subministrar à este disipador, lo que ahorro à costa de mi alimento. He despedido toda la familia, que era numerosa, quedandome unicamente con dos infelices criados, ambos inhábiles para servir, uno por sobra, y otro por falta de edad; pero los mantengo, porque à causa de sus respectivos defectos me tienen menos costa.

Aqui volvió à hacer pausa el miserable Mono, para desfogar segunda vez su afliccion. Mucho me condolió este pobre viejo, y no acababa de persuadirme, cómo pudiese llegar à tal extremo la crueldad de un hijo que Yo mismo huviera despedazado entre mis manos. Intenté consolar al afligido con la consideracion de las alabanzas, que por su prudente proceder le darian sus conocidos; y con la reflexion de la heroica generosidad con que havia resistido tantos golpes de fortuna, para conservar aquel honor que reputaba por tan preciosa alhaja.

Bien decís, oh amigo, replicó el Señor Peregil, y en parte aligeraria mi dolor, si creyese poder preservar ilesa esta joya, que me es mas apreciable que quántos tesoros encierra el mundo; pero des-

despues de haver perdido todos mis haveres , me veo en visperas de morir pobre , y sin honra. Escuchad lo que en el dia me sucede. Ha venido hoí un mercader à pedirme doscientos escudos de oro , por los géneros que ha sacado de su tienda mi hijo , que estando mui próximo à no tener que comer , ni aun pan , ha tenido la locura de hacerse un vestido de este precio, para salir con mayor gala que los mas ricos Señores de la Corte. Reflexionad un poco, en qué consternacion me havrá dexado semejante golpe , haviendo venido à una sazón en que estoi absolutamente falto de medios , y que puedo asegurar sin avergonzarme , que no tengo un quarto. No queriendo que supiese el mercader mi infeliz estado , recurrí à muchos amigos , que me han dado con la puerta en los ojos. Busqué à aquella especie de gentes que suele aprovecharse de las repentinas urgencias de las familias , prometiendo ceder una casa de campo con un jardin accesorio, como me diesen la cantidad expresada, hasta que el Cielo me abriese camino para poderla pagar. Con los frutos de la tierra , y con el uso de la casa , el que huviese querido prestarme este dinero pudiera haver tenido una ganancia suficiente en recompensa de su capital, teniendole al mismo tiempo seguro: Pero todo esto fue en vano , por haverles parecido poco ventajoso el partido à aquellas voraces Harpías.

Enternecíme , oyendo este suceso , y prometí instantaneamente al Señor Peregil prestarle esta suma , que me restituiria quando tuviese proporcion comodamente, y sin las condiciones que à los otros havia propuesto. Se dexó ver al punto una particu-



lar alegría en el semblante de aquel afligidísimo Mono, pero por una delicadeza, ó punto de honor no quiso aceptar la oferta, à menos de que Yo no recibiese en prendas el uso de la casa, y el jardin, que estaban como un quarto de legua de la Ciudad: Fue forzoso ceder à su gusto, y al dia siguiente le entregué el dinero, y él formalizó el contrato, y la escritura. Como Yo gustaba tanto de las delicias de la campiña, me tuve por mui afortunado, viendome con una casa de campo por tan poca costa, y tranquilizando al mismo tiempo el corazon de un Mono, que merecia por cierto mejor fortuna.

Antes de despedirme mandó el Señor Peregil llamar à su hijo; éste se hizo desear, y ultimamente vino, precediendo sus gritos, y quimeras con los criados, porque no havian obedecido prontamente ciertos preceptos que les tenia impuestos. Haviendo llegado à presencia del padre, le riñó éste por los nuevos gastos, y señalandome, le dixo: Si no fuera por este caballero me huviera sido imposible cumplir con mis empeños. El Señor Tomillo (que este era su nombre) no me habló otra cosa que: Vivais muchos años; y despues vuelto à su padre, le respondió asi:

No debiais darme la vida, si no havia de ser para pasarla como corresponde à mis circunstancias. Estamos inmediatos al Carnabal, y no es decente comparecer por la noche con el mismo vestido que me vieron el año pasado. No me parece que voi mui descaminado en mis operaciones: Acordaos de lo que vos hicisteis quando mozo, y mirad si en tal caso teneis ánimo para desaprobarlas. En una palabra, Yo he nacido para vivir en el Mundo, pa-  
ra

ra parecer delante de las gentes , para divertirme, para gastar. Si no recurro à vos, ¿ à quién he de ir à que me dé lo que necesito? Dicho esto, apenas nos baxó la cabeza, y se marchó.

Entonces, mas que nunca, me pareció digno de compasion el Señor Peregil , de quien me despedí, despues de ratificarle la palabra del empréstito, y de haverle asegurado, y prometido de nuevo un inviolable secreto acerca de las confianzas que havia tenido conmigo. Acompañóme hasta la escalera, y Yo dexé por ultimo sereno à aquel desdichado viejo. Reflexionando despues mejor, y sin pasion el carácter de este caballero, le consideré poseido de un engaño manifesto, porque la delicadeza de su honor le ponía continuamente en un efectivo riesgo de perderle sin adelantamiento alguno, y sin tener siquiera la aparente gloria de detener el torrente à su desgracia , ò à las desarregladas acciones de un joven incorregible, y connaturalizado yá con el vicio. Contemplese à quantos yerros estamos expuestos. El dió principio con el mas acertado método à la educacion de su hijo ; pero éste con la demasiada contemplacion llegó à precipitarse , y à destruir todos los efectos del paternal desvelo ; finalmente, la falsa idea de su decoro atraxo al Señor Peregil sobre sí , y sobre toda su familia un piélago de miserias.



## CAPITULO XIII.

*De la sentencia dada en el Pleito del Volatin.*

**E**N este mismo dia advertí alguna novedad en casa del Señor Haya , sin que pudiese adivinar el motivo. Entraban, y salian ciertas personas que Yo no conocia, y se encerraban en el quarto del dueño de casa para conferir secretamente algunos asuntos , segun mi parecer importantísimos. A estas conferencias asistia tambien Madama Espina , que desde entonces comenzó à afectar una seriedad, que me hacía entrar en sospecha. Temí, que acaso huviesen pasado contra nosotros algunos malos oficios con estos nuestros bien-hechores , por lo que me acometió una suma tristeza. Comuniqué mis dudas con Roberto, que continuaba siendo director de mis acciones, y consejero de mis pensamientos. Mi amigo , que estaba igualmente que Yo , interesado en el agradecimiento para con toda aquella benéfica familia ; pero que tenia mas cordura, y mayor fortaleza, procuró consolarme diciendo, que mientras tuviesemos la proteccion del Señor Haya, no debiamos entregarnos à un temor sin fundamento. Puede ser, añadia , que en aquellas juntas ocultas se traten materias domésticas , de las que no permite la prudencia que sean los estraños sabedores; Yo espero que todo terminará à satisfaccion de nuestro amigo, de su consorte , y de sus hijos.

Aunque me hacian fuerza las razones de Roberto, con todo, no podia desvanecer mis melancólicos pensamientos, viendo continuarse las causas que  
los

los fomentaban, y así para disipar especies, y dar algun alivio à mi turbado espiritu, fui à tomar posesion de la casa de campo, y del jardin arriba mencionados. Todo ello estaba con el mayor aseo, por lo que me puse mui contento con mi alhaja: Encontré un Jardinero, diestrísimo en su arte: Yo que con fuerte inclinacion fui siempre aficionado al bello placer de el cultivo de la tierra, tuve particularísimo gusto, viendome con proporcion de condescender à mi natural genio. Aprendí del Jardinero las reglas de su exercicio, y procuraba ponerlas en práctica al mismo tiempo que él las executaba. La proximidad de esta casa à la Ciudad me facilitaba el camino de satisfacer diariamente mi curiosidad; y además del placer que sentia en pasar una vida conforme à mis deseos, fue tambien mui util à mi salud, mediante la mutacion de aires, pues sin duda es menos sano el que se respira en la Ciudad, que el que se disfruta en el campo. De quando en quando venian à verme mis amigos, con los que tenia el gusto de conversar, esento de todas las formalidades fastidiosas.

Llegó el dia en que se debía ver la causa del Volatin que se defendia del que le havia calumniado de Mágico. Congregaronse los Jueces, y la sala se llenó de infinito Pueblo, atraido de la novedad de la disputa, de la alta reputacion de los Jueces, y de la fama de los Abogados que debian perorar à favor de sus respectivas partes. Permitaseme decir de paso que aunque no huvieran ocurrido estas razones para mover à los Monos à que acudiesen à aquel lugar el ocio, y la curiosidad de los havitantes de *Simiópolis* (esta acaso es la primera vez



vez que en estas Memorias he nombrado la Metrópoli de este Reyno) huvieran sido motivos suficientes para atraer à las personas de todas clases de la Ciudad , para presenciar este acto. Es increíble quanto se dexan llevar los Simiopolitanos de toda especie de pasatiempo: Como se trate de no trabajar, todos son de una misma inclinacion. Si un muchacho está jugando en la calle, inmediatamente se forma un cerco de mirones: Si está un papagayo charlando à la ventana , al instante se vá juntando un peloton de Pueblo para escucharle: Toda vagatela es suficiente para embobar à estos naturales; señal bien clara. . . . ¿Pero adónde me dexo conducir de una reflexion, que aunque justa , y verdadera , no es à tiempo oportuno?

Comparecieron à presencia de los Jueces en acto de pedir justicia, y con la mayor humildad el acusado , y el acusador , seguido cada uno de dos Abogados , que havian de defender sus razones. Hecha señal, para dar principio à la accion , se puso en un puesto elevado uno de los Abogados del acusador, que empezó su oracion con una introduccion bien estudiada , que contenia por extenso las alabanzas de la integridad de los Jueces. Como iba proponiendo el punto de la cuestión , la fue haciendo mudar algun tanto de semblante , pero con tal arte de sutileza, y aire de sinceridad, que era capaz de engañar al de mas expedito ingenio. De esto pasó à proponer ciertos fundamentos que él llamaba axiomas, falsos si hemos de hablar en realidad, pero tan bien paliados con el colorido de verdades irrefragables, que temí mucho al reo con tan peligroso, y diestro enemigo. Quando él creyó yá à los Jueces en-

engañados con la falacia de sus principios, fue poniendo repetidos argumentos, todos concluyentísimos, y que era fuerza admitir como necesarias consecuencias que de ellos se deducian claramente. Despues con una vervosidad indecible, que entre las gentes de la Curia se llama eloqüencia, repitió muchas veces una misma cosa con reiterada mutacion de terminos; y finalmente, volviendo à las adulaciones del principio, pidió à los Jueces proteccion, y justicia à favor de su parte.

Duró cerca de una hora la defensa de éste, y confieso que me gustó mucho quanto habló, aunque mui bien conocí la apariencia con que intentaba seducirnos: Me agradó la sutileza de su ingenio; pero condené interiormente el abuso. Mientras duró la arenga de este sagaz artífice de engaños, sudaba, y estaba temblando el pobre Volatin, que conocia quan perjudicial le era que se disfrazase la verdad del asunto; pero luego que vió al segundo, que ya ocupaba el lugar del primero, para defender su derecho, pareció que habia vuelto de muerto à vivo, abrió los ojos, aplicó el oido, y públicamente demostró la alegría de su corazon en el semblante.

Era este Abogado un sugeto de viveza, de gran penetracion para las sutilezas del contrario, y de suficiente capacidad para desvanecer sus máquinas: En efecto se aplicó à esto con todo su ingenio, y eficacia. Comenzó, despues de un breve exordio, à examinar los fundamentos sobre que se formaba la disputa contraria, y haciendo conocer la falsedad, mostró que sus raciocinios, aunque excelentes, no eran aplicables al presente caso, como tambien, quan  
dies-



diestramente, y con qué malicia havia alterado la cuestión en perjuicio de la inocencia, y con desprecio del Tribunal. De aqui fue, que se disolvieron por sí mismos los argumentos, como que estaban fundados sobre cimientos aéreos. Entonces aquel Abogado, que podia con razon llamarse eloquiente, si se hace comparacion de él con el otro, reduxo la materia que se disputaba à su verdadero estado, y expuso la justicia de la Parte que defendia, con tal claridad, que no dexaba razon de dudar. Así terminó la segunda oracion, que fue mas lucida, y alabada que la primera, no tanto por la mayor excelencia del Profesor, quanto por haver tenido de su parte à la justicia.

Salió el tercer Abogado à la palestra, para sostener las razones del primero. No ví jamás Mono mas atrevido que él: Su tosca figura, su semblante displicente, y su aire de superioridad, y fiereza le calificaban por el Capitan General de los charlatanes, y el terror de sus compañeros. Entonó su discurso con una voz, que era capaz de hacer temblar à un ejército, la que sostuvo con la misma fuerza hasta el fin de su peroracion. Todas estas ventajas no fueron coadyuvadas de lo esencial que se busca en un Orador; porque en lugar de apoyar las pretensiones de su parte con razones, y argumentos, se separó quasi del todo del examen, y fundamentos de la cuestión propuesta, sin tocarla sino de paso, y consumió todo el tiempo que havia de emplear en su razonamiento, en cosas del todo extrañas, è importunas.

Quiso, pues, tentar primeramente el corazon de los Jueces, confrontando las personas, y circuns-  
tan-

tancias del joven , y del Bailarin. Aquel , decia , hijo de unos Padres honrados , se ve con vergüenza de todos sus parientes expuesto al peligro de ser la burla de un hablador vagamundo: De aqui con una descripcion patética se compadeció del estado de los padres , las lágrimas de las hermanas , que aún no estaban casadas, y el disgusto de la Ciudad, viendo à uno de sus Conciudadanos , por un leve , y pueril asunto , próximo al riesgo de mirar ultrajada su reputacion. Pasó despues à insultar al Volatin, y su arte; y à él solo , sin conocerle , aplicaba todos los vicios que se encuentran divididos en los de tal exercicio , empleando gran parte del tiempo en esta infamacion. Mordió agriamente en el honor, y en el conocimiento del asunto à los Abogados contrarios, que llamaba à cada paso sus dignísimos compañeros , y amigos. Con sales jocosas , y ridículas procuró separar los ánimos de los Jueces de la debida atencion , y excitó muchas veces la risa en los mas circunspectos. Juró finalmente , blasfemó , y puso fin à su discurso.

Aunque no pude formar una idéa completa, por lo que hace à este Orador , ò yá sea por su sutileza , ò yá por el arte de argumentar; no obstante, de la capacidad con que le oí tratar los puntos extrínsecos de la causa , no pude menos de formar una alta reputacion de su ingenio , creyendo seguramente , que siempre que se emplease en la defensa de mejor negocio , mediante su habilidad , le sería mui facil con qualquiera razon, aunque fuese aparente, desatar un torrente de eloqüencia, ò fulminar un rayo que bastase à destruir al que se le opusiera.



Entró ultimamente el quarto Abogado en el puesto que havia desocupado el tercero. Quando comenzaba à tomar el gusto que me causaba su caracter , por distinguirle de todos los demás , mediante sus divisiones geométricas , y su estilo concluyente , y conciso ; se dexó oír una voz espantosa , y repentina , que le dió un solemne *mentís* à una de sus mas verdaderas proposiciones. Yo , que no esperaba tal novedad , me hice cargo de que aquel que asi havia desmentido publicamente al Orador , havia tenido la desgracia de haverse vuelto loco en aquel instante ; y yá estaba esperando verle sacar fuera de la sala , para que con su nueva demencia no alborotase la ultima parte de aquel informe. Mas si fue grande mi admiracion con tal suceso , aumentóse mucho mas viendo que se dexaba al loco en su delirio , sin que nadie tomase à su cargo el hacerle callar. Yá no me fue posible poner mas atencion à las razones , y artificio del Abogado , à causa de que los dos hablaban à un mismo tiempo , y negando el uno lo que afirmaba el otro , se llenaron entre sí repetidas veces de dictérios.

No acababa de entender , cómo se permitia desorden semejante ; pero despues supe , porque asi me explicaron este enigma , que tales réplicas se havian instituido con bellissimo , y prudentísimo fin , pero que el abuso las tenia reducidas à una vocinglería , semejante à las que se suscitan en las tabernas , en donde cada borracho habla , sin dexar tiempo al otro para que dé su respuesta. Con tal confusion se puso fin à la contienda , en la que ninguno de los presentes pudo comprehender razon alguna.

Para hacer justicia à estos quatro personages, y por dar lugar à la verdad, es forzoso tributarles las alabanzas de que son dignos. La claridad de sus ingenios, el sagacísimo arte de persuadir, y algunas veces de engañar al Juez, enmascarando la falsedad con una afluencia de argumentos, que no se adquiere sino con grande estudio, y con una continuada práctica; un cierto nervio de eloqüencia para saber epilogar todas las razones de la Oracion al acabar la disputa, son particulares dones que no se encuentran facilmente. En los Países mas cultos no he advertido con mayores adelantamientos la Oratoria. Es cierto, que las flores de la Retórica no están mui hacinadas en sus discursos, que repiten muchas veces unas mismas cosas, y que con su verbosidad procuran alargar los razonamientos; pero hai para todo esto una respuesta mui adecuada; se les tiene concedido un tasado espacio, dentro del qual han de hacer todas sus probanzas, sin poder excederle; de aqui es, que se ven precisados à exponer desde el principio toda la fuerza de sus argumentos, porque no se cumpla la hora, y quede su Parte sin alguna de las respuestas conducentes; y por esto suele acabarseles la materia, antes que el tiempo.

No se les puede instar tampoco, diciendo que en virtud de lo dicho, en lugar de nuevas repeticiones pudieran terminar su informe; porque si se apartasen de la palestra un momento antes de lo ordinario, creeria su Parte que el Abogado havia ido à despachar, y le dexaba indefenso. Finalmente, noté que no era elevado su estilo, y que tenian costumbre de servirse de los vocablos mas usuales, y cor-



rientes; costumbre prudentísima, pues así facilitan la inteligencia de lo que proponen à todos los que escuchan; y los Abogados no tienen que distraerse en extrínsecos adornos, que son muy bien parecidos, pero superfluos absolutamente para los fines de la justicia.

Acabados los informes, se intimó à todos los que allí se hallaban, que saliesen de la Sala, porque lo Jueces quedasen en libertad para dar la sentencia definitiva: No bien se mandó, quando quedó desocupada; despues se cerró la puerta, porque ninguno tuviese la inadvertencia de volver à entrar. Intentaron los dependientes del Tribunal pasar à la execucion de lo que acostumbraban quando iban à votar la causa los Ministros; pero el Presidente del Consejo secreto suspendió este acto, con motivo de tener primero que hablar à la Asamblea. Roberto en una conferencia secreta que havia tenido con el Príncipe, le havia sugerido, quanto importaba poner remedio en los abusos de los Abogados, y en la transgresion que hacian de las Leyes, y Reales Decretos; mandóle entonces el Soberano, que ventiláse el punto con su Presidente; y los dos quedaron de acuerdo en lo que havia de practicarse. Habló, pues, en estos terminos:

Nosotros, Señores, que no somos Jueces Ordinarios de los pleitos comunes, sino delegados por el Príncipe para este juicio extraordinario, no estamos me parece obligados à seguir las regulares formalidades. Creo que los defensores de ambos partidos, en vez de proponernos el verdadero punto de la dificultad, se han empeñado en una disputa inutil, cuya decision irá trayendo otras muchas

chas , y de este modo dilaciones que resultan contra la intencion del Soberano , dandonos tambien la incomodidad de repetidas sesiones. Por honor, pues, del Real Decreto , y tambien por el nuestro, debemos hacer cesar tan mal modo de proceder, castigando à los Abogados que se hallen con culpa, absolviendo al inocente , è imponiendo al reo su merecido castigo : Ahora votaréis en secreto por el que os parezca tiene de su parte la razon, y despues pensaremos en el remedio que deba ponerse en un desorden , cuyas consecuencias resultan en menosprecio de la justicia , y de las Reales intenciones.

Aprobamos todos la advertencia del Presidente, y unanimente determinamos seguirla ; y mucho mas explicando el Decreto que los Jueces sentenciasen segun equidad , sin las escrupulosidades , y sutilezas del Derecho. Fueronnos repartiendo ciertas bolas, cuyo fin era para manifestar despues el voto que dabamos en secreto. Llegó finalmente el acto de votar ; éramos quince, y se halló ser conformes todas las opiniones, absolviendo al pobre Volatin de quanto se le imputaba , y restituyendole su honor contra la calumnia que le havian suscitado. Fue universal la conmocion en los Jueces, que indicaba el comun, y verdadero júbilo , viendo aquella uniformidad; señal no equívoca de la justicia de la causa decidida , y del talento , y discrecion de los que la havian definido.

Finalizada esta primera parte de nuestro asunto, pasó el Presidente del Consejo à indagar nuestros pareceres acerca del remedio que debería ponerse en los abusos escandalosos, para que mediante una  
exem-



exemplar correccion, quedasen vindicadas la autoridad del Soberano, y la Magestad del Consejo que se hallaban ofendidas. Unos eran de un dictamen, y otros de diverso parecer; pero ninguno pudo dar en un medio que fuese capáz de castigar à todos los culpados à proporcion de sus defectos. Llegó el caso de ser preguntado Roberto acerca de su opinion, y respondió de esta suerte:

Yo dixera, Señores, que si se habla de los Abogados del absuelto Bailarin, debieran estos sufrir una pena mas suave, por haver tomado à su cargo el partido de la justicia, siendo el único delito, en que han incurrido, el prolongar por su interés la decision de la causa; y así me parece que será bastante se les obligue, à que restituyan las pagas que hayan recibido, y à que paguen todas las costas que hasta este dia se hayan ocasionado al inocente. Mas en quanto à los Abogados de la parte contraria, que pretendian engañarnos con las mentidas apariencias de verdad, soi de sentir que sean condenados à satisfacer al Bailarin todos los daños, y perjuicios que se le han seguido en el largo tiempo que ha estado sin poder exercer su profesion; esto se entiende además de la ganancia que diariamente le daba su trabajo, antes de sucederle esta desgracia. Y por lo que hace al joven mal aconsejado, que mas bien por la vanidad de ser tenido por critico Mono, que por verdadero efecto de malicia, poco cauto pasó à echar un borron en la fama de un inocente, tengo por cierto, bastará sentenciarle à que públicamente se desmienta, y à que confiese su yerro en todos los lugares públicos de la Ciudad; pues no hai duda, que pa-

para un Noble este castigo no tiene comparacion en el rigor con todas las penas pecuniarias , y aflictivas.

Fue recibido con aplauso el voto de Roberto, y con unánime consentimiento se resolvió que se executáse exactamente, añadiendo, que de no cumplirse por los reos la Sentencia al pie de la letra en el preciso término de ocho dias, se duplicase el castigo à los contraventores, aplicada esta demasia à penas de Cámara. Resuelto asi este grave negocio , que tenia en notable expectacion à toda la Ciudad, segun los diversos respectivos afectos, se mandó à los Porteros del Tribunal que abriesen las puertas del salón, è hiciesen comparecer à las Partes, y à los quatro Abogados, para que todos oyesen la irrevocable Sentencia. Partieron prontamente à executar el orden estos Ministros , pero antes de permitir entrar al curioso Pueblo , para que se informase del exito de aquel suceso , vinieron à avisarnos que los Abogados se havian yá ausentado, y que era forzoso ir à buscarlos.

Tienen estos comunmente la costumbre de no hacer caso del exito de la causa, siendo todo el empeño , que algunos demuestran por los que defienden, una pura ficcion , y asi para los que siguen esta conducta, es lo mismo ganar que perder el pleito, y los mismos que mientras la disputa , qual rabiosos perros, se han mordido mutuamente, se rien despues de todo lo pasado, y son los mas íntimos amigos, dando à entender estos tales, que siendo el suyo solo un recíproco comercio de charlatanerias , no toman empeño por las que de otra suerte serian ofensivas de su reputacion. Se mandó à los

Por-



Porteros que fuesen en busca de los dichos Abogados, obligandolos à comparecer de orden del Tribunal: Obedecieron, prometiendo conducirlos à presencia de los Jueces dentro de breve tiempo, sin miedo de faltar à su palabra, mediante no ignorar todas las secretas inteligencias de los referidos, y asi sabian mui bien adonde havian de ir à buscar à cada uno, sin dar el golpe en vago; de hecho, los encontraron como lo discurrieron; uno de ellos estaba perdiendo en el juego quanto havia podido pillar à los incautos litigantes; otro estaba enamorado à una Monita, no obstante ser él casado; los otros dos aplicados unicamente à acumular dinero, se havian retirado à sus casas, de los quales uno estaba contando el oro que tenia encerrado en su escritorio; y otro consultando los negocios de cierto Mono, que pagaba con la mayor profusion las vanas esperanzas con que le engañaba el astuto Letrado.

En el intervalo de tiempo que era menester para esperar à los Abogados, dexaron sus asientos los Jueces, y se entabló una conversacion de pasatiempo; tocáronse varias materias, y particularmente la de las novedades que corrian; muchas se contaron, que falsas, ò verdaderas no dexaron de dar pábulo al espíritu de los curiosos: Algunos me preguntaron, si era cierto lo que se decia acerca de la casa del Señor Haya: Yo, en realidad, havia observado alguna mutacion; pero como no podia adivinar la causa, segun yá llevo dicho, ignoraba que responder; por tanto tomé cautelosamente el partido de fingir gran misterio, y afectando una cierta son-risa, dixe que no acababa de entender

der, lo que trahian entre manos. Suponia Yo que los que havian hecho la pregunta se explicarian en términos mas claros, en virtud de haver contestado à sus palabras, aunque equívocamente; pero no se me cumplió el gusto que esperaba, porque, ò temerosos de violar un secreto que se les havia confiado, ò por la incertidumbre del hecho, ò por alguna otra razon, que ignoro, no quisieron declararse. A este tiempo se llegó à aquel corro el Presidente, pidiendome le favoreciese, comiendo con él un día que estuviera desocupado, porque deseaba informarse de algunas particularidades de mi Patria; acepté su atento convite, dando à tan alto personage muchas gracias por la bondad con que me distinguia.

Estando en esta conversacion, nos avisaron que yá estaban fuera los Abogados esperando que se les mandase entrar: Esta novedad havia causado una universal estrañeza; por lo que concurrieron muchas personas para saber el motivo. Nosotros nos dimos prisa para ocupar nuestras sillas, y volviendo à revestirnos de la gravedad exterior, que es necesaria en tales lances, dimos orden de que entrasen los Abogados, las Partes, y todo el Pueblo que estaba aguardando. Executóse puntualmente, y el Presidente mandó leer en alta voz el Real Decreto; finalizada la lectura, dió à los quatro Oradores una reprehension mui agria, por lo que se havian separado de su exacta debida obediencia; despues de cuyo primer paso, que causó en el auditorio un universal murmullo, significativo de la aprobacion del Pueblo, por ver sostenido con tanta entereza el decoro de su Soberano; se leyó la Sentencia, que



Sentencia, y así el Señor Haya, y sus hijos pasaron à mi quarto à darme la enhorabuena, por haver tenido Yo parte en una providencia tan arreglada. Mientras la comida hubo mucha alegría, y así me presumí, que la novedad à que se referia la insinuacion que me hicieron en el Consejo, era favorable, y ventajosa, con lo qual se aquietó mi imaginacion, conociendo claramente, que las suspensiones, y secretos no tenian relacion alguna conmigo. Todo el dia estuvo lloviendo, por lo que no me fue posible salir à la calle, y mucho menos ir à mi casa de campo.

Despues de comer hicieron retirar à Madamita, y se congregaron el padre, los hijos, y la madre à conferir aquel asunto, que aún habia Yo de ignorar por algun tiempo. Estos eternos coloquios, y la ausencia de Roberto me dexaron en suma solèdidad, y así cansado de la fatiga de por la mañana, mortificado con la obscuridad del Cielo, y mas que todo, enfadado de verme solo entre tanta familia, resolví retirarme à mi quarto para dormir un poco la siesta.

Encerreme, pues, en mi aposento, y me puse à dar unos peseos, quando casualmente ví un pequeño Libro que estaba sobre la mesa: No me acordaba que Yo mismo le havia dexado en aquel parage; le tomé, abríle, y ví que era el quadero de la Opera que el Impresario havia puesto en mis manos, como el mayor dón que podia dedicarme. Desde aquel dia no havia vuelto à hacer memoria de él, y acaso jamás le huviera leído, à no unirse tantas circunstancias, que motivasen mi ociosidad. Supúse que él podria desde luego ser-

vir-

virme de un perfecto arrullo para conciliar el sueño, por lo que determiné leer algunas hojas, hasta tanto que lograrse irme adormeciendo: me recosté sobre la cama, y empecé à registrar su contenido. La variedad de cosas particulares que en él encontré, me hizo continuar su lectura; la imaginacion yá acalorada, atraxo el desvelo, y así me hallé sin fatiga en disposicion de finalizarla. Experimenté parte de placer, mezclado con algun fastidio; se deleitaba el sentido con una cierta gustosa harmonía que contenian sus palabras, cuyo artificio no sabré explicar, por no haver llegado à comprenderle; pero ofendieron mi entendimiento tantas cosas (extravagantes à mi parecer) como contenia. Acaso mi lector no llevará à mal el saber, qual sea el gusto del País de los Monos en semejantes composiciones.

Pocos eran los personages que formaban el todo de la accion. Cierta Reina meridional gozaba en paz una corta porcion de terreno que la havia concedido por asilo un vecino Rei poderosísimo: Esta extension de País, que entre nosotros aún no havia llegado al nombre de Villa, se llamaba Imperio, adonde se estaba fabricando la capital: La Reina era viuda, y fiel à las frias cenizas de su infeliz Marido, alevosamente muerto, reusó las bodas de grandes Monarcas, que suspiraban mucho tiempo havia por merecerla. Recatada hasta aquel punto, llegó del Oriente un Mono fugitivo, que improvisamente la hizo mudar de pensamientos. Enamorada à la primera vista de este estrangero, dió riendas à su passion, y correspondió al cariño de un desconocido, que despues de la posesion finge un sueño, ò tiene el



el fanatismo de creer, que con las voces de una nocturna ilusion el destino le llamaba à otras Regiones. Baxo de tan ridiculo pretexto abandona à la engañada Reina, que queda hecha vergonzoso objeto de su amor, y desesperada se dá la muerte. Vease aqui el verdadero argumentó de toda la accion, de donde pueden aprender à fidelidad los espectadores, y las espectatrices à modestia.

Para hacer mas agradable esta accion, se introducen los amores del Rei su huesped, que la havia regalado las tierras que poseia: El se presenta en la Corte con nombre, y caracter de Embaxador suyo; y desde aquel momento están ciegos la Reina, y sus vasallos, porque no conocen al disfrazado Rei: El amor causaba este milagro; como tambien la sugeria respuestas no equívocas, y que bien claramente manifestaban sus amorosas ansias. El Rei se pone furioso; intenta muchas veces matar à su competidor, pero el valor de éste vence à la vileza de aquel. La Reina llega à saber quien es el fingido Embaxador, y le prende, no reflexionando en cien mil Soldados que están à las puertas de la Corte esperando los preceptos de su Monarca, que lleva mui agriamente la violencia, è injuria que se hace à un sugeto de su caracter; pero no se acuerda de que con sola una palabra puede tomar la venganza. Este Rei se representa bajo de una imagen odiosísima, bien que dé à entender el mismo Drama, que era mas insensato, y cobarde, que inclinado à las acciones malvadas: Las antiguas Historias de aquellos Países nos le pintan como piadoso, y que lloraba al pie de los altares su desgracia; pero la representacion moderna le finge furioso, y mal intencio-

cionado , acaso porque resalte mas para con los oyentes la constancia de aquella indecente hembra, que resiste por su amante los golpes mas rigurosos de la fortuna.

Pero el pasage mas brillante de la accion es la malicia de la Reina, que para detener à su vagamundo Dueño siempre invadido de sus sueños, de sus esperanzas, y de su destino, dispone darle zelos (poderoso medio para uno que no hace caso de ella, y está meditando abandonarla quanto antes) hace llamar al Rei, su rival, y le ofrece la mano en premio de tan constante fé: En aquel mismo punto olvida este Monarca, que es una hembra prostituta la que le propone sus bodas como un gran tesoro; y pronto para aceptar la oferta, alarga la mano en señal de su consentimiento. La furia de los zelos agita inmediatamente al Heroe traidor, ruge de ira, y procura impedir à la Reina su último empeño. Esta le propone la justa alternativa, ò de que se quede para gozar unidos las delicias del amor, ò de que sufra verla en brazos ajenos; pero el Heroe reusa la condicion, por quererlo asi sus sueños. Mientras pasa todo esto, ni oye el Rei, ni conoce aquel engaño, y asi estrecha à la Reina à que le mantenga su palabra; se repite la primera accion; el Heroe vulve à sus furores, enardecese mas la amorosa pasion de la Reina, y para pacificar à su amante hace saber al Rei que solo por burlarle le havia dexado lisongearse, mediante aquel estratagemma; insinuandose en unos términos que aun serian vergonzosos proferidos por la hembra mas disoluta, quando estuviese tratando con un Mozo de cordél.

No



No obstante una prueba tan grande de cariño, huye el ingrato Mono, abandonando à su Dama; en el camino se encuentra con el innumerable ejército del Rei, y con un cortísimo número de personas le pone en huida. La Reina corre desesperada por todos lados en busca de su amante, pero en vano, porque halla que todos la han hecho traicion. Una hermana de ésta era amante oculta del fugitivo, y pérfido Heroe. Sin duda que era muy fea, pues la dexa el autor batallar con su pasion sin remedio, pudiendo tan facilmente consolarla, pues segun pinta al Oriental, sin escrúpulo alguno la hubiera igualado à su hermana la Reina. No eran aún bastantes todas estas desgracias para esta infeliz; traidor uno de sus vasallos promete al Rei poner à su obediencia à la Ciudad, pactando primero que le ha de colocar en el trono de su Dueño; como si este Monarca no hubiera podido de otro modo conseguir su venganza. En una palabra, dos hembras locas, y disolutas, una de hecho, y otra de deseo; un Rei, yá necio, yá cruel, yá sagaz, yá político; un Heroe malvado, y falso, y un Vasallo traidor, è interesado, forman todo el enlace, y hermosura de la accion. Es verdad que tambien suele comparecer de quando en quando un festivo personage, haciendo el Pedante, aunque sin fruto, con su Rei; pero me parece que la composicion permaneceria entera, aunque este Mono se cayese muerto antes de llegarse à levantar el telon.

Este es el efecto que produjo en mi espíritu el dicho librito, en el que me agradó mucho la dulzura del estilo que por todo él está repartida; dulzura tal, que es capaz de borrar qualquier defecto,

to, si es que se encuentra en tales composiciones, aplaudidas generalmente de los Monos; pues como conozco mi absoluta ignorancia en semejante materia no es facil que Yo pueda decidirlo, asi como me tengo tambien por inhábil para caracterizar las bellezas que me le propusieron deleitable. No pude penetrar la mutacion que el Impresario havia hecho, segun se dignó advertirme, pero me imagino, que sería sin duda en lo mejor de la obra.

Curioso ya despues de esta lectura, se me previno preguntar à los dueños de casa, si tenian algunas de estas composiciones, y luego me subministraron una porcion capáz de divertirme por largo tiempo. No abusaré de la paciencia de mis lectores, haciendo examen de cada una; bastará decir, que en todas se encuentran unos mismos delirios. Los principales asuntos son generalmente unos amores en sumo grado, que se interrumpen con un cúmulo de accidentes mas maravillosos que verosimiles. Siempre hai un traidor que urda la máquina, y para desenredar en el fin el enlace, se inventan lances, que desde luego descubren su imposibilidad. Es el termino de la obra, por lo regular, darse mutuas satisfacciones los amantes; con lo qual los juvenes que asisten al acto, vuelven à sus casas con las idéas mas placenteras. Se dá indulto general à los traidores contra toda lei de justicia; y todos se encaminan contentos à la celebridad de los nuevos esponsales. Los heroes mas famosos lloran como unos chiquillos; esta es una sagáz invencion para contentar la arrogante vanidad de las Monas, que se lisongean, viendo à los mas célebres personajes obscu-



recer sus glorias por una buena cara : La virtud reclama contra tales abusos , por vér que se confunde con la baxeza de espíritu ; pero son inútiles sus representaciones , porque mas bien que conservar su decoro , quieren los compositores complacer al genio del bello sexo. Las Heroínas de la modestia ceden de ordinario à la primera vista de un personaje , sin duda por virtud sympática de sus corazonas ; y éstas , antes enemigas declaradas de las pasiones del amor , de un instante à otro pasan al extremo de enamoradas furiosas. ; Qué ajuste à los regulares , y verdaderos acontecimientos ! Los Monos se emboban con estas tan repentinas mutaciones , y forman una alhagüeña esperanza de contrastar las mas firmes rocas ; y de aquí sacan , y conservan máximas adecuadas à su inclinacion , de vér cómo pueden engañar à las incautas Monas. De esta forma estos naturales hacen al teatro escuela , y modelo de sus viciosos afectos.

Quise un dia entablar un discurso sobre esta materia con cierto Filósofo , en cuyos coloquios otras veces havia descubierto un fondo de bello discernimiento , y perfecto juicio ; y maravillandome le dixe , que no acababa de entender , por qué entre tantas pasiones como agitan à los mortales , sola la amorosa es la que se sabe poner à la vista en las representaciones. Bien patente es la causa , me respondió ; porque ésta sola interesa mas que todas las otras juntas , no obstante que ellas con todos sus diferentes grados debieran mover con mas fuerza à los oyentes. Pero este interés , añadí Yo , conduce à un fin pésimo , que es al afeminamiento , y debilidad , que se introduce en los ánimos de quien  
se

se dexa llevar de estas ternuras. ¿Qué importa, dixo el Filósofo, si como están divertidos no ván considerando las conseqüencias? Yo le repliqué entonces: Sea como quisiereis; ¿pero por qué no se disfrazan estos asuntos con mayor modestia? ¿Por qué se acumula tal porcion de extravagancias, que es imposible que sucedan con un mismo sugeto en un corto espacio de tiempo? ¿Y por qué, finalmente, se desenredan tantas dificultades con invenciones frias, y pueriles? Ya que me obligais, respondió el Filósofo, à que os hable claro, os diré con ingenuidad que no conoceis el genio de mi Nacion.

Són los Monos animales mas particulares que lo que os imaginais: Todo lo que es diversion racional, no les agrada; proponedles la mas absurda extravagancia, è inmediatamente les oiréis aplaudir la fecunda mente del inventor, y veréis la abrazan como la cosa mas digna de su agrado. Si un Autor quisiera seguir las leyes de la verosimilitud, y conservar el decoro en la representacion, todo el mundo le tendria por un Mono ridículo; y además de los silvos con que pagaria el Público este trabajo, dirian que no daba à luz, sino baxas, y populares idéas; que la naturaleza le havia negado el talento necesario para el oficio que havia tomado; y que con su genio austero, y melancólico, querria desterrar del teatro las acciones mas inocentes, y divertidas.

Y no creais que à solo las obras de espíritu se limítan estos genios de mal gusto; porque se estienen tambien à todas las circunstancias, y acciones de la vida civil. Bien pudiera dâros mil exemplos;



pero observadlo en este punto, que acaso es el menos importante de todos. Contemplad à dos Monos; uno de un carácter sincero, y natural; y el otro de un espíritu adulator, y afectado en quanto dice, y hace: Supongamos à los dos tratando con un Grande, ò con una Dama; el primero executará los debidos cumplimientos, conteniendose dentro de aquellas medidas que requieren su estado, las circunstancias del sugeto con quien habla, y las máximas de sinceridad que dicta el buen juicio; el segundo con mil inclinaciones se llamará rendido servidor, esclavo, y se aplicará otra muchedumbre de títulos humildes; protestará que desea derramar su sangre en obsequio de aquella persona con quien se halla; hará comparaciones entre el Grande, y una Deidad; entre la Señora, y una estrella; con otras mil cosas à este tenor, que le sugerirá su mente fecunda de adulaciones.

Reflexionad à éste; sus palabras todas son mentiras, y sus pasos otras tantas violencias que hace à la naturaleza; y siendo tan facil de comprenderse esto, como demonstrable, no se quiere alcanzar la penetracion para llegar à su conocimiento. Preguntad, qué opinion es la que se forma universalmente acerca de estos dos; y os dirán que el primero es Mono de condicion áspera, de poca crianza, sobervio, y villano; todo al contrario el segundo, le oiréis celebrar con excesivas alabanzas, caracterizandole por un Mono político, atento, expresivo, y digno de la estimacion de todo el mundo. De este tan proporcionado paralelo podeis deducir el genio de los Monos, y aprended, cómo os haveis de manejar, si aspirais à obtener su aprobación.

bacion , y aplauso en todo genero de materias.

Perdone mi lector tanto como me he detenido en un punto en que tal vez no interesará mucho ; pues con el motivo de contar mi lectura me he dilatado mas de lo que debiera , pero resarciré la pérdida , y el fastidio que le haya causado con tales relaciones , no hablando mas por aora en materia de las composiciones teatrales de aquellos Países.

Por seguir , pues , el hilo de mi Historia , diré , que no haviendo podido conciliar el sueño como queria ; antes bien , absolutamente despavilado , tuve que levantarme de la cama , finalizada la lectura. Continuaba diluviando , y fastidiado de estar solo , salí de mi quarto , y pregunté à un criado , si andaba por alli alguno de los Señores de casa , con intencion de irme con él , para acabar el dia en buena conversacion : Respondióme que no podia decirme lo à punto fijo , pero que se informaria , y prontamente vendria con la respuesta : Hizolo como lo ofreció ( contra lo que estos acostumbran en los recados que toman à su cargo ) y de alli à poco volvió , avisandome , que todos sus amos estaban aún encerrados en la misma sala , y sin apariencias de salir pronto , porque en aquella misma hora havia llegado cierta persona que queria hablarles , y que al instante la recibieron. Me desesperaban estas perpetuas conferencias.

Yo queria compañía , y no sabía dónde hallarla ; estando en esta perplexidad , me ocurrió ir al quarto de la Señorita , y en efecto me dirigí ácia allá ; pero en medio del camino comencé à arrepentirme , diciendo entre mí : Yo voí à acarrearle un enfado , visitando à un sugeto que puede ser tenga por moles-



lesta mi visita , y aun quando no sea asi , ¿ de qué podrémos hablar? Ella querrá tratar de sus labores , de sus peinados , de sus alfileres , de los festones , de las flores de mano , &c. Yo no sabré qué responder à todo esto , y estaré hecho un insensato. Ya estuve para volver pies atrás ; pero considerando que el ocio es el mayor de los tedios , resolví llevar mi intencion adelante , y ultimamente llamé à la puerta del quarto. Salió una vieja , à quien expuse mi pretension : Ella arqueó las cejas en señal de admiracion , y me hizo saber , que no se permitia asi como quiera entrar à visitar à las Señoritas solteras , y que si llegáse su ama à entender el intento de una temeridad tan grande , me costaria mui caro el atrevimiento ; y diciendo esto me dió con la puerta en la cara.

Así no llegó el caso de mi visita , que recelaba havia de serme molesta , si tenia que tratar como era regular algunos puntos de la vanidad de las Monas. Volvíme à mi quarto mui sentido , y apenas llegué , entraron un recado de que dos Aldeanos , un viejo , y una joven , calados de agua , querian hablarme. Me persuadí que estos fuesen los criados que tenia en mi casa de campo , y dixe que los dexasen entrar : Intentaba darles ciertas disposiciones para el nuevo plantío que deseaba hacer en mi jardin ; pero me engañé en lo que discurrí , como se verá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XV.

*De la venida de los Villanos; y aventuras de Enrique con Madama Espina; y en la tienda del Café.*

¿QUÉ admiracion no sería la mia al vér que los Aldeanos que me buscaban, y entraban ya en mi quarto, eran mi antiguo tirano, y su hija, mi caritativa bienhechora? Luego que desde el umbral me descubrió Oliva, dió un chillido de alegría, y corrió con los brazos abiertos para abrazarme. Lloraba de gozo, y con el placér de hallarse conmigo, no se hartaba de mirarme. El viejo por el contrario, humilde, y temeroso vino à besarme la mano, pidiendome de nuevo perdon por los trabajos que me hizo pasar en su casa: La Comedia no podia ser executada mas al natural. El criado, que aunque estaba presente, ignoraba el misterio, se reía de todo corazon; y fue volando à contar à sus compañeros que havian llegado dos parientes muy cercanos míos; juicio que formó de estos por los extremos de Oliva, y favorable acogimiento que hice à entrambos.

Finalizados estos primeros movimientos de su natural gózo, tomó la hija de mano de su padre dos cestas nuevas; en la una venian dos pollas de leche, que me aseguró Oliva, que ella misma havia criado, y la otra estaba llena de unas frutas escogidas: Acepté con expresiones cariñosas, y de agradecimiento aquel rustico regalo, parando la consideracion, no en la qüalidad del dón, sino en el buen



corazon, de la que le daba, que ciertamente respecto à sus haveres se excedia, aunque en la substancia fuese de poca importancia.

Hice sentar à los dos à mi lado, preguntándoles por el estado de su casa, y à Oliva especialmente por la vieja: Mi madre, respondió, goza la felicidad de tener una vejez saludable; era mucho el deseo que tuvo de venir à veros, y con la sangre de sus venas huviera pagado el gusto que nosotros tenemos aora de estar en vuestra compañía. ¿Y por qué, dixé, no ha satisfecho su deseo? ¿Se podia conceder gracia de menor entidad à una esposa, y à una madre? No tenemos nosotros la culpa, respondieron ellos; ya conoceis su genio, y asi no os maravillareis si os decimos, que con tanta ansia como mostraba no nos fue posible reducirla à que viniese à la Corte. Yo no he estado, nos replicaba, jamás en la Ciudad; ¿será bueno que haga quando vieja lo que no he executado en los dias de mi vida? Esta razon tiene ella por de tanto peso, que todas nuestras persuasiones fueron vanas. A esto se añade el temor de cierto agüero en que está imbuída de que las mutaciones, ò grandes novedades que suceden en una edad abanzada, infaliblemente son los aposentadores de la muerte. Por todos estos motivos nos dexó venir, quedando con el sentimiento que requerian tales circunstancias; os envia muchas memorias, y os ruega, que olvidéis totalmente sus persecuciones.

T Yo la perdono, respondí, de todo corazon, y aun la estoi agradecido, porque ella fue el principio de mis fortunas. Introduxe despues la conversacion acerca de Roberto, y les conté como no estaba en  
ca-

casa; pero me dieron à entender que ya lo sabian, porque le havian buscado antes de entrar à verme. Pregunté à Oliva si la agradaba la Corte. Es para mí, respondió, de tanta admiracion, como sería para vos un País, que jamás huvierais visto: Ocupado unicamente en vos mi pensamiento, no puse la mayor atencion en los demás objetos; solo si sentí como oprimido mi corazon, luego que entré en la Ciudad, porque sus altas fábricas no permiten el mas bello placér que se goza en el campo, que es respirar un aire libre, y mirar un pedazo mas grande de Cielo.

No sabía qué conversacion darles; hacia continuas preguntas, y respondian prontamente à ellas; y ya estaba quasi enfadado por falta de asunto conveniente para formar con ellos un fixo razonamiento, quando entró Roberto buscandome: Aqui sí que estuvieron en su punto la algazara, extremos, y demonstraciones de cariño. Mientras estos rusticos le repetian todo lo que ya me havian dicho, fuí à vér si el Señor Haya se havia desocupado; y por mi fortuna, salia ya à este tiempo de la sala en que havia tenido la conferencia.

Contéle la llegada de los Aldeanos, y le rogué les permitiese alojarse en su casa el tiempo que estuviesen en la Ciudad. El condescendió atentamente à mi pretension, y me prometió se les haria todo el mejor tratamiento que fuese posible, y correspondiente à su estado; y al punto dió orden à sus criados, para que les previniesen cierto quarto entresuelo de la casa; mandó tambien que les diesen bien de comer, y luego se fue à nuestra habitacion para gozar aquel buen rato.



Pasé à visitar à Madama Espina , para rogarla concediese su licencia à estos nuevos huéspedes para que entrasen à ponerse à su obediencia , y de su hija , y besarlas la mano. Ella me recibió con tan mal gesto , que conocí claramente , que la vieja la havia dado quenta de mi aventura ; me respondió con desabrimiento , que las manos nobles , y delicadas no debian humillarse à la vileza de que llegasen à besarlas las sucias villanas bocas ; y añadió , que no queria verlos , dando una razon que no tenia réplica ; y era , que la peste à cebollas , y ajos , que indefectiblemente echaba de sí la gente ordinaria , producía en ella siempre los malos efectos de dolor de cabeza , y de estomago , y aun la causaba istérico.

Mucho menos sentido de la desatenta repulsa de Madama Espina , que del fiero ceño que mostró al presentarme , quise prevenir las consequencias , dando quenta à mi benéfico protector de mi error involuntario. Volví , pues , à mi quarto , donde le hallé , que con agradable semblante estaba sagazmente indagando de Oliva sus mas ocultos pensamientos , no quise interrumpirle la diversion , pero esperando à que hiciera punto , le demonstré con una seña , para que se retirase à parte conmigo , que tenia necesidad de hablarle en secreto.

Entendió el Señor. Haya perfectamente lo que significaba mi seña , y fugiendo otra cosa que la que tenia en el pensamiento , se llegó à mí , y amorosamente me preguntó , qué era lo que se me ofrecia. Yo entonces con voz baxa le dixe toda la historia desmintiendo de la lectura , del paso que havia dado , solicitando la compania , y conversacion de

su

su hija, y finalmente el desabrido modo, y semblante con que me havia recibido Madama Espina. El fingió una gran severidad, para dár mayor ocasion de hacerme conocer los efectos de su bellissimo natural, y despues me habló asi: El ocio, amigo, es el manantial de todas las desgracias; vos por esta causa haveis caído en un abismo de errores, habiendo hecho abanzar vuestros sacrílegos pasos hasta el asilo del honor: Yo soi la primera causa de tal desacierto, y asi conviene poner remedio. A estas palabras soltó la risa, y me consoló, añadiendo despues: Mi esposa es muy tonta; continuamente quiere afectar un espíritu superior à la debilidad del sexo; y en llegando la ocasion, se reviste de las preocupaciones de la mas ignorante Monuela. Dexadlo de mi cargo, que Yo pondré remedio en todo.

No faltó à su palabra; pero encontró (como despues supe) una fierísima resistència. Madama me trató de presuntuoso, temerario, y de que havia intentado obscurecer la fama de su hija, jurando que se vengaria de mí. La mediacion del Señor Haya nada adelantaba, y asi pensó en remediarlo de una vez, despidiendo de su casa à la dicha vieja; esta era el medio por donde Madama hacia sus mas ocultas rapiñas, y asi rogó por ella, y lloró; pero todo sin fruto, porque el Señor Haya estaba inflexible. Las fue preciso recurrir à mí, pidiendome perdon de la ofensa que me havian hecho; à mi instancia volvió à servir la vieja, y Yo quedé victorioso en unas circunstancias que amenazaban mi ruina.

Al ponerse el Sol dexó de llover, y Yo deseó-



so de que me diera el aire, salí de casa acompañado de un criado. Después de haver dado un paseo por la Ciudad, me retiré à una de las tiendas donde solian congregarse diversos sugetos: Estaba llena de joves que se entretenian en festivos discursos. Ninguno se dignó de saludarme quando entré, no obstante que hice mi debér con todos. Como, ò no me vieron, ò no quisieron hacer caso de mí, me senté en un rincón de la tienda, esperando que alguno vendria à trabar conversacion conmigo, ò que à lo menos tendria el gusto de escuchar lo que se tratase en una asamblea que me parecia animada con un mismo espíritu de libertad, y de alegría: Puse alguna atencion, pero como hablaban ya sobre principios sentados, no pude comprender cosa particular, aunque sí me pareció, que no era asunto de mucha agudeza el que se trataba.

El caritativo dueño de la tienda, viendome solo, quiso divertirme, me presentó una taza de aquel su negro licor hirviendo; y despues se sentó à mi derecha: Dixome un despropósito por cumplimiento; me pidió tabaco, y luego se puso à explicar quiénes eran aquellos que estaban en su tienda de esta forma: ¿Veis aquel joven alto que está allí tan ricamente vestido? Pues es hijo de un Mercader que ha quebrado: Después que su padre se vió obligado à retirarse, y cerrar su tienda, se le puso en los cascos meterse à caballero; es el mas indigno de la quadrilla, pero el mas desvergonzado; es causa de mi ruina, porque muchas personas que frecuentaban mi casa, se han retirado, por no poder sufrir su temeridad. Pues sois un necio, le respondí, por-

porque debiais echar de aqui à este importuno, antes que tolerar tantas pérdidas. Bien decís, añadió el pobre Botillero; pero si tal executo, será para mí el detrimento, por razon del gran desfalco que sentirán mis intereses; me está debiendo una cantidad excesiva, y si le dexo retirarse, la vendré à perder toda; y además de esto, se llevará consigo à todos estos jovenes, que son tambien mis deudores de grandes sumas.

Pues segun eso, le interrumpí, sois un Mono mui rico, è infiero igualmente, que este modo de vida os tiene mucha quenta, pues os pone en estado de hacer tan considerables préstamos. Encogióse de hombros, y prosiguió asi: Yo, Señor, soi un pobre, que no tengo fondos para prestar ni un quarto; mis credits dependen de lo que voi fiando mucho tiempo hace à estos fogosos mozuelos; beben alegremente de mis licores, y de las aguas compuestas, y en vez de pagarme, me cargan la incomodidad de sentar sus nombres en un libro, que tengo el trabajo de hacer todos los años. La antigüedad, mucha continuacion, y generosidad con que estos Monos disponen de mi hacienda, han ido aumentando el credito à tanta suma, que si tuviera la fortuna de reintegrarme, pensára prontamente en solicitar mejor establecimiento, y mas seguro empleo de mi caudal. Bien considero que desaprobareis mi conducta en proseguir subministrando mis generos à tales sugetos; pero reflexionad, que si se los niego de fiado, incurro en el grave peligro de no cobrar un maravedí: Asi la esperanza de poder moverlos à obrar en justicia, me abre un camino mas ancho, para quedar del todo destruído. Tuye lástima



ma del suceso de este infeliz, y no pude menos de maravillarme de cómo se llegaban à causar tan considerables deudas de cosas superfluas, y de poco valor.

Mientras estabamos en esta conversacion, llegó à la tienda un viejo pequeñuelo, que parecia que estaba phthysico; recibieronle todos los que alli se hallaban con los brazos abiertos, y con mil demonstraciones de alegria: Pregunté à mi Botillero, que quién era: Este me respondió, cansado de estar empleado en un trabajo que no le rendia lo que deseaba, se ha hecho profesor de cierto oficio, aplicandose à buscar con su jovial temperamento entre los jovenes mas disolutos, algunos defensivos contra los golpes de la fortuna: Es Maestro de indecencias, y con un millon de cuentecillos alegres que inventa para dár pábulo al corrompido genio de la precipitada juventud, se hace acepto à los ojos de aquellos que son inclinados à los vicios: Oid atento sus discursos, que no hablará diez palabras sin ser mas de la mitad disolutas; maldiciente en su supremo grado despedaza las reputaciones mas sentadas; murmura aqui de todos los ausentes, y en hallandose en otro puesto, dibuja con caractéres de la mayor malignidad à quantos aqui se hallan; y unos, y otros le creen sumamente empeñado à su favor.

Me puse à observarle, y en efecto le encontré como me le havian pintado. Qualquiera que pasaba por la calle, era asunto de su poco caritativa conversacion; explicaba de dónde havia venido, sus rentas, su empleo, su conducta, su capacidad, su honestidad; y paraba todo en poner en perversa opi-

opinion à aquel pasagero. Si alguna pobre Mona por su desgracia se paraba delante de la puerta, llegaba à terminos del mayor descomedimiento su insolencia; las viejas tenian que sufrir mil diſterios; y las mozas otras tantas palabras indecentes, no faltando muchas veces alguno de los mas atrevidos, que abandonada la vergüenza, saliese en su seguimiento con el fin de detenerlas. Estos procederes me disgustaban infinito, y estaba sumamente arrepentido de hallarme con unas personas entre quienes nada adelantaba, y que me causaban notable enfado.

Ya estaba para marchar, quando llegó el Señor Alcachofa, que era tambien uno de los de la cuadrilla. Luego que me vió, se vino corriendo à mí, me hizo su cumplimiento, y me apretó la mano, como si Yo fuese uno de sus mas confidentes amigos: Entonces tambien todos los demás hicieron reparo en mi persona; y ò fuese porque les daba sujecion la distincion, y altura de mi empleo, ò por vergüenza de haver dado tanto à entender su libertinage delante de un forastero, todos fueron desocupando la tienda uno detrás de otro, dexandome solo con el Señor Alcachofa, y con el enfermizo viejezuelo.

Este se llegó à mí haciendome mil expresiones, y asegurandome, que ya havia mucho tiempo que tenia ardentísimos deseos de conocerme; pero Yo que tenia su compañía à cosa de menos valer, apenas le miré à la cara; y vuelto al Señor Alcachofa, desfugué mi enfado contra los indecentes jóvenes. El viejo comenzó à declamar eficacísimamente contra la corrupcion de las costumbres del siglo, y à zaherir con su mordáz estilo la desbocada conducta



ta de sus compañeros, como si Yo no huviera sido testigo de que él havia promovido, y fomentado todas sus obscenidades.

No quise detenerme mas alli, por libertarme del descarado asqueroso viejo; y el Señor Alcachofa se empeñó en que havia de acompañarme hasta mi casa: En el camino se sinceró, y me prometió que no havia de tener amistad con aquellos que Yo reprobaba, ni los trataria sino lo preciso, pues desde luego aborrecia sus depravadas máximas, y viciosa conducta. Repitió muchas veces estas protestas, porque temia no formáse Yo mal concepto de sus procederres. El buen Mono tenia bellissimo corazon, pero acompañado de demasiada docilidad, como practicamente conocí en adelante con su trato; por tanto era bien inclinado, y sábio con los que le conducian por el camino de la virtud; y al contrario vicioso con los malos; mas no obstante, honrado en extremo, y fiel, agradecido, amigo de sus amigos.

## CAPITULO XVI.

*Finalizase el suceso de los Aldeanos: Vá Enrique à casa del Presidente, y con él à Palacio.*

**C**erca del Palacio del Señor Haya se despidió de mí el Señor Alcachofa con las mas expresivas formalidades; supliquéle no dexáse de venir à verme de quando en quando, porque desde luego le creí proporcionado para alguno de los adelantamientos,

tos, que suelen apetecerse en un País forastero: Me acordé de que éste se empleaba en introducirse en todas las concurrencias, y que era conocido de quanta especie de personas havia en la Ciudad, y asi por este medio me propuse descubrir muchos secretos, y particulares caracteres, que pudiesen hacerme formar completa idéa de el País de las Monas: Prometió cortesmente darme gusto, lo que executó con tanta puntualidad, y repetición, que no pocas veces huvo de incomodarme; pero como el Mundo es un comercio de sufrimientos, me pareció que era justo aguantarle sus defectos, asi como tendria él que molestarse con los mios; y mas quando solicitaba Yo que su compañía me facilitara todas las ventajas de que él era capaz. Esta es la segunda vez que hablo de este joven en mis escritos, à causa de tener que mantenerle la palabra que le di de hacer commemoracion de él à lo menos en dos ocasiones en mis Memorias: Es el caso, que noticioso de que Yo escribía mis aventuras, y con deseo de hacerse famoso en el mundo Europeo, como lo era en la Capital de los Monos, me hizo tales instancias, y empeñó de tal suerte à mis Amigos para este fin, que me obligó à condescender con quanto deseaba; y vease como ya he salido de el empeño cumpliendo mi promesa.

Al punto que llegué à casa, pregunté por los Villanos, y supé como acostumbrados à ser vendidos del sueño poco despues de anochecido, luego que se puso el sol, se havian retirado al quarto que se les destinó, en donde ya havia algunas horas que estaban durmiendo. Encontré luego à Roberto, que me hizo el siguiente discurso: Bien sabeis, Amigo,

Tom. II. S quan-



quanto debemos à la pobre Aldeanilla, que hoy con su padre ha emprendido tan incómodo viage, solo con el fin de vernos: El Cielo nos ha puesto en tan feliz situacion, que podemos demostrar nuestro agradecimiento à una persona que nos colmó de beneficios, y à quien debemos confesarnos deudores de la misma vida; ahora nos toca recompensar sus amorosos cuidados con un premio proporcionado à la utilidad que sacamos de ellos en otro tiempo: Pienso, pues, que se la procure una decente colocacion en esta Ciudad, mediante la qual se asegure en un estado de vida cómodo, y ventajoso para su nacimiento; con esto, si nosotros por su cuidadosa asistencia pudimos alcanzar una fortuna mayor que la que podia prometernos nuestra esperanza; lógre ella en paga por nosotros una suerte que jamás habrá pasado por su pensamiento. Asentí con muchísimo gusto à la proposicion de Roberto, y prometí inmediatamente ayudar quanto pudiese por mi parte.

Por acabar la historia de estos Aldeanos, continuaré describiendo el efecto de nuestras intenciones. Propusimos à Oliva si queria casarse en la Ciudad, y mostró un horror que no puede bien explicarse, sin que fuese posible hacerla consentir en dexar la Aldea en que havia nacido: Viendo tanta aversion, no quisimos porfiar mas, y solo preguntamos al padre, si tenia por allá su hija alguna inclinación amorosa, el buen viejo sinceramente repondió, que correspondia cariñosa à las expresiones del hijo de un rico Aldeano, y la queria por esposa; pero que el padre de éste, aspirando à que entráse en su casa con el casamiento del hijo una dote, qual no

era la de Oliva , imposibilitaba la union de estos amantes. Bastó esta declaración para que tomásemos nuestra determinacion ; y preguntando quanto era lo que pretendia el padre del enamorado Villano desembolsamos , y entregamos al viejo aquella cantidad ; significando à Oliva lo que nos interesábamos en la felicidad de su futuro matrimonio ; para que éste tuviese efecto , interpuso ( como tenia ofrecido ) su autoridad el Señor Haya. Obligados los Villanos , no sabian cómo corresponder à nuestra generosidad , y dandonos repetidísimos agradecimientos , marcharon , despidiéndose de nosotros con los ojos rebosando lágrimas , despues de havernos sacado la palabra , de ir à hacerles una visita al Verano siguiente: No quiso el Cielo que Yo pudiese cumplirla por las muchas desgracias que me acometieron , y precisaron à alexar de aquella Ciudad por muchos años ; ni jamás volví à tener ocasion de ver à estos , aunque pobres , cariñosos , y agradecidísimos Monos , hasta el lance de volver à la Patria , y de haver de dexarles para siempre.

OR Pasados algunos dias , me acordé que havia prometido al Presidente del Real Consejo secreto , ir à comer à su casa , y queriendo cumplir con este empeño , fui una mañana à visitarle para aceptar el convite , si usaba conmigo la urbanidad de repetirle. Apenas le entraron recado de que esperaba su licencia , quando él mismo salió à recibirme ; y luego con singulares expresiones me pidió , le diese el gusto de detenerme todo aquel dia con él ; respondile , que estaba resignado en su obediencia , y así , que dispusiese de mi voluntad à medida de la suya. Hizo que me sentára , y me sirvieron una



bebida oscura de buen gusto, que no sé con qué artificio hacen que esté llena de espuma. Mucho agradecí el agasajo, y cortesanía de este Ministro, el qual despues de algunos discursos en general, me rogó le acompañase à la Corte: Acepté gustosamente la proposicion, y partimos juntos à Palacio, rodeados de una numerosa caterva de Pretendientes, que estaban esperando que el Presidente saliera de casa para recomendarle sus respectivos asuntos: A todos recibia con agradable semblante; à unos respondia; à otros daba consejo; y de otros finalmente tomaba los memoriales, en que exponian sus pretensiones, y urgencias. Era el dichoso Presidente de un carácter mui propenso à hacer bien, y que sin interés se empleaba en favorecer à todos aquellos, que recurrian à él con sus súplicas. Este modo de portarse, junto con la prontitud de la execucion de los negocios, y deseos de los necesitados, le hacian mui bien visto entre aquellos naturales, y le profesaban el mas verdadero amor, y una estimacion sincera.

Llegamos à la Corte, y nos encontramos à Roberto, que solia ir todos los dias, para estar pronto si le llamaba el Principe, que tenia frecuentemente el gusto de conferir con él varios asuntos: Estaba cercado de diversas personas, que esperando por su medio alguna gracia, le recomendaban sus súplicas. Luego que me vió, se vino à mí, no porque quisiese hablarme, sino por libertarse de aquellos importunos. A este tiempo le avisaron que el Principe le mandaba entrár. Todos los que hacian la corte à Roberto, se agregaron à mí, para que les fuese favorable con él en sus pretensiones; me  
pon-

ponderaban sus servicios, y las razones que tenían para solicitar sus ascensos, aunque sin decirme quales eran estos. Yo no sabía como echar de mí esta especie de persecucion; à exemplo de mi Amigo miré si por aquellas salas havia alguna persona conocida, que pudiera servirme de pretexto para separarme; y advertí, que entonces entraba el Señor Romero, y aunque no me agradaba su amistad, en el presente caso quise servirme de él para conseguir mi fin. Saliendo, pues, à su encuentro, le hice una profunda cortesía, y él me recibió con un aire de superioridad que me enfadó, y mortificó notablemente, por ser en un parage tan público, mas fue forzoso tener paciencia. Indagada la causa de esta novedad, pude penetrar que hai ciertos cortesanos que prodigalizan las expresiones, quando se hallan à solas con los sujetos que conocen; pero quando acaece encontrarles en algun sitio donde haya concurso, afectan un semblante de desagrado, para que el mundo, que juzga por las apariencias, forme mui elevada opinion de su grandeza.

Entre tanto iba creciendo el murmullo en la antecámara, adonde se hallaban los Pretendientes al empleo de General, para solicitar sus protecciones: tenían el semblante pálido, y representaban una viva imagen de la humildad; se agregaban, y llamaban servidores de quantos encontraban, ofreciendo un eterno reconocimiento por el favor que les prometian: De este modo, para poder despues satisfacer su fausto con la consecucion de aquello à que aspiraban, no tenían dificultad en degradarse con la mayor vileza. Quise observar cómo se por-



taban los cortesanos en semejantes lances, y ví, que à todos concedian la razon, sobre que fundaban sus pretensiones, prometiendoles toda su intercesion; asi quedaban los pretendientes mui pagados de las palabras de unos sugetos, que interiormente determinaban no hacer cosa alguna à favor de ellos.

Me aproximé luego para oir las respuestas que iba dando cierto personage, que estaba alli mui grave: Presentabansele uno à uno los Pretendientes, y les iba respondiendo igualmente, que era su declarado partidario; que no le havia traído à Palacio aquel día otro motivo, que el hablar claramente de sus méritos, y ver si podia conseguir que se le hiciese justicia: Despues se quedaba un rato como en admiracion, y prorrumpia diciendo: que no sabía, cómo havia personas tan osadas que se atreviesen à aspirar à un grado tan sublime, que solo se debia al mérito; y que intentasen contrarrestar tan à vanderas desplegadas la consecucion de aquel empleo, à quien por tantos titulos le pertenecía. Esta misma oracion repitió à seis diferentes sugetos en el espacio de media hora que Yo estuve escuchando. Si estos no tenian otro protector que este, y en tales palabras fundaban sus esperanzas, podian ciertamente estar asegurados de un buen éxito.

Quise conocer al Señor Sauco, que contra todas las apariencias de alcanzarlo, se havia hecho tambien opositor à este cargo: Le encontré al contrario de todos los demás, mui alegre, y como que no pensaba en tal negocio. Reianse los Palaciegos de su atrevimiento; y Yo me imaginé, ò que era un gran tonto, ò que poniendo poco cuidado en  
el

el efecto, unicamente havia salido à aquella preten-  
sion, por poder despues con mas facilidad alcanzar  
otro empleo de menos clase. Esto se vé frecuen-  
temente en las Cortes, donde es lo mas dificil para  
conseguir, el llegarse à dar à conocer.

Bien presto eché de ver que me havia engaña-  
do en el juicio que hice del Señor Sauco, porque  
de alli à poco se me declaró él mismo. Llegóse,  
pues, à mí, y con la mayor libertad, y pocos cum-  
plimientos, me retiró aparte para hablarme en se-  
creto. Yo, me dixo, soi un Mono que no gasto  
ceremonias, y aborrezco los preambulos estudia-  
dos; por tanto, omitiendo todo lo que de ordina-  
rio se dice en tales casos, voi prontamente al pun-  
to principal de mi intento. Yo deseo que me con-  
fieran el empleo de Generalísimo del Reino; que  
lo merezca, ò no, nada hace para el asunto, por-  
que si así fuese, no havría aquí tantos concurren-  
tes à esto mismo: Bien sabido es por la Ciudad el  
favor que goza con el Príncipe vuestro compañe-  
ro; si por su medio disponeis que yo consiga la  
gracia, tendreis pronta la paga con mil escudos  
de oro.

Me dió risa la libertad del Señor Sauco, y por  
imitarle, le respondí así: Sería indigno mi com-  
pañero de la proteccion que logra, si abusando  
de ella vendiese sus favores; y Yo no mereceria  
el titulo de su amigo si tuviese osadía para hacer-  
le proposición semejante. Reservad vuestra oferta  
para corazones mas venales, y haced mejor juicio  
de nuestros procederes. No le hizo esta repulsa caer  
de ánimo: Lo que os ruego es, me replicó, que à  
lo menos me guardéis secreto; bien que en suma,  
aun-



aunque se supiese , no me debian censurar de que tomase el camino mas seguro para el lógro de mi fin. Prometíle no publicar la confianza que conmigo havia tenido; y le consideré yá el mas poderoso de todos los pretendientes que hasta entonces se havian presentado.

Salió de alli à poco Roberto , à quien rodearon los aduladores; pero no se dexaba facilmente engañar de ellos. El primer Ministro quiso que se fuera à comer con él; convidóme tambien ; pero dada yá la palabra al Presidente , no pude admitir su atenta expresion : Poco tardó éste, desembarazado yá de todas sus dependencias en venir à buscarme: Hicimos algunos cumplimientos à los sugetos de alta esfera , y nos volvimos à su Palacio , por ser yá la hora de medio dia.

## CAPITULO XVII.

*De la conversacion de Enrique , y el Presidente.*

**E**RA costumbre del Presidente quando convidaba à su mesa à algun amigo con quien queria tratar asuntos serios, comer separado de su consorte, y sus hijas ; porque sabía mui bien , que hai muchas Monas , que , ò se molestan con los discursos que piden especial atencion , ò los interrumpen con importunas preguntas , y reflexiones fuera de proposito. Hizo, pues, poner la mesa para nosotros dos solos en una pieza inmediata à su gabinete, y primero quiso franquearme el honor de que

hiciese una visita à las Señoras. Pasámos à una habitacion ricamente alhajada, y me introduxo à la sala, en que se hallaban su esposa, y dos hijas. Aqui tienes, Betonica, dixo à su consorte, un forastero amigo mio, que me concede hoi el singular gusto de comer conmigo.

Levantóse Madama Botónica de su asiento, tiró la labor, y vino à recibirme con tan atento agasajo que me sorprendió. Las Hijas no levantaron los ojos de lo que estaban trabajando, por lo que al punto conocí en ellas una no ordinaria modestia; efecto de una sábia educacion. Acaso esta su compostura me ahorró el disgusto de que se rieran en mi cara, como generalmente sucedia à los principios; à lo menos tal era el efecto de los que me veian repentinamente, en particular las Monas, y de éstas mucho mas las Mozuelas de poca crianza, que son dispuestas para hacer burla, y para estrañar aquellas figuras en que encuentran algo de ridículo, segun su modo de pensar. Estoi persuadido à que la madre las advirtió como debían contenerse, pues aunque despues de comer me vieron à toda su satisfaccion, no demostraron acto alguno de admiracion, ò de desprecio. Madama me rogó antes de separarme, que la concediese el gusto de pasar un rato à conversacion con ella, despues de despachar lo que tuviese que tratar con su esposo; Yo partí, prometiendo obedecerla.

Fue delicada, y curiosa la comida, sin aquella profusion que sacia, y no deleita al convidado. Estabamos solos; y el Presidente me hizo varias preguntas, à que Yo procuré responder con exactitud, para que hiciese de mí un buen concepto. Tal



era puntualmente su intencion poder formar una opinion adecuada de mis luces, y mis talentos, para pasar despues à satisfacer su curiosidad acerca de las cosas de que deseaba informarse. No obstante que parezca que Yo repetidas veces no pierdo la mira (como alguno puede ser que tenga la malicia de imputarme) de ridiculizar un País en donde he recibido tantos beneficios, y gustos, debo en este lugar confesar la verdad, y confundir la malignidad de los que sin examen se atreven à impugnarme.

Me ha sucedido encontrar en este País personages excelentes, y cuyos méritos sobrepujaban à todo aquello que mi lector puede imaginarse: Pero como son pocas las obras perfectas, y no quiere la naturaleza suministrarlos muchos exemplos; por tanto no se me debe notar con el defecto de ingrato, porque no sé adular; antes pido se me permita la sinceridad con que me ciño à seguir las ordinarias circunstancias de las cosas. Empeñado, acaso, en no desviarme del camino que hasta ahora he trillado, havré incurrido en algun yerro; y en este caso deberán culparse las débiles luces de mi entendimiento, pero no la intencion de mi voluntad, siempre dispuesta à manifestar la verdad, ensalzando à quien merezca alabanza, y reprobando no las personas, sino las costumbres que son dignas de vituperio.

Mas para volver à tomar el hilo de mi Historia, debo asegurar, que el dicho Presidente, además de lo que acerca de sus circunstancias tengo ya expuesto, era un personage dotado de aquellas qualidades que raras veces se unen en un solo sujeto.

Ha-

Habil, benéfico, honesto, y agradable; sabía dar à todos lo que les convenia, y llegaba à distinguir, sin necesitar mucha aplicacion, quién merecia las confianzas de su amistad. Debo hacer esta descripcion atento à sus talentos, y virtud, que eran las fuentes principales de donde dimanaban continuamente infinitos bienes à favor del Soberano, de la patria, y de los particulares.

Este, pues, queria que yo le informase de la Europa, de su division, de los Principes que la dominaban, y de sus varios gobiernos. Despues descendiendo particularmente al Reino, en donde el cielo me havia concedido el privilegio de hacerme nacer Vasallo, me preguntó todo aquello que de él podia saberse con singularidad: Quiso entender sus límites, sus fuerzas, y sus leyes; despues me preguntó acerca de las Ciencias, las Artes, y el Comercio: Todas las cosas eran objeto de la curiosidad de su genio; pero sus cuidados solo se dirigian à descubrir los asuntos mas ventajosos para poner en práctica lo mas conveniente al servicio de su Príncipe, y de aquellos dominios.

Si aquestas indagaciones se huviesen executado conmigo en el tiempo que vivía en la casa de mis padres, hubiera juzgado ciertamente que se me hablaba en un language forastero; pero Roberto me havia instruido en estos conocimientos, y asi pude satisfacer à las curiosas indagaciones del Presidente, que formó una alta reputacion de mi saber; no haciendo Yo otra cosa que repetir las lecciones de mi amigo, que me havia instruido perfectamente en estas materias: Asi à poca costa quedé con concepto de docto. Muchas veces sucede adquirir una



persona grande fama de sabio, unicamente por la fortuna de que le preguntan el punto que acaba de ver en algun libro bien escrito, que la casualidad traxo à sus manos, sin que tal vez haya abierto otro en toda su vida.

Luego que dexé satisfechas las preguntas del Presidente, quise Yo tambien aprovecharme de su instruccion; por lo qual le pregunté, cómo se dividia el orden del Pueblo que componia aquella Ciudad. Si huviese, repondió él, de seguir la opinion de aquellos que desprecian à todos los que no son de igual condicion à la suya, os diria que todo el Pueblo se reduce à Nobleza, y Plebe; pero los que tienen este modo de pensar, no echan de ver, que al querer ensalzar su estado, le hacen confinar con el que tanto desprecian: Por esto, separandome de esta opinion, le distribuyo en tres clases, y de éstas cada una en sus particulares subdivisiones; esto es, ínfima, media, y suprema; à estas añadiré cierta especie de personas, que no sé en qué grado colocarlas, y que deben llamarse Cómicas; la razon de esta denominacion está en que las acciones de estos que componen este orden, consisten en una vana apariencia, por lo que deben ser comparados à los personajes Cómicos; à lo que se añade la brevedad de sus grandezas, que al instante se acaban; y ciertas extravagancias que les son inseparables.

Dificultosísimo es que comprehendais lo que os digo, no habiendo visto los originales, à quienes se refieren mis palabras, si no os lo demuestro con los exemplos. Advertireis alguna vez al hijo de un pobre Artesano, à un simple plumista, à un

Procurador, y à un Fideicomisario de herencias quantiosas, pasearse con un trén igual al que gastan los Nobles mas acaudalados: El juego, la embriaguéz, y toda suerte de pasatiempos, son el objeto de su diaria aplicacion: Sus mesas siempre están dispuestas para el recibo de personas de alta esfera, que tienen la vileza de contemporizar con estos mentidos ídolos de la fortuna, que llegan à ensoberbecerse mas por la tolerancia, y abatimiento de los otros, que por la verdadera elevacion de su estado; tienen à cosa de menos valer el tributar los debidos respetos à aquellos que el Cielo ha puesto en una condicion mas distinguida; se atreven asimismo con la mayor temeridad à igualarse con las personas mas sublimes; y miran con semblante de un insultante menosprecio à todos los que, ò por prudencia, ò por falta de medios no hacen tan improprio uso del oro: Pero la gloria de estos es de corta duracion; pues agotadas las minas de sus riquezas, ò descubiertos sus fraudes, se ven precisados à huir, qual à uno, qual à otro País desconocido, para escapar del rigor de las manos de la Justicia, que severamente les ha de castigar tan perversos procedimientos: con su fuga llegan à descubrirse los manantiales de su transitoria grandeza, de la que yá el público, yá el privado, tiene que resentir los perjuicios.

Hai de esto repetidos exemplares entre nosotros, y con todo eso se empeñan los preocupados en no examinar el fundamento, ò la conducta de estos truhanes, quando comparecen con tales exterioridades sobre el teatro del Mundo. Fulminado el rayo, todos dicen que previan la desgracia, y aquellos mismos,



mos, que les ayudaban à disipar sus bienes, aunque sin saber de adonde venian, son los primeros à denigrar la fama de estos, que hasta aquel dia les havian favorecido, y aprovechado. Jamás con tales personas he querido trabar amistad; antes bien, primero que empeñarme con qualquiera, he solicitado indagar si sus rentas, ò sus ganancias son equivalentes à lo que gasta; si no corresponden, siempre he huido de estrecharme con semejante sugeto, haciendome cargo de que el tal es un solemne ladrón; y tarde, ò temprano se ha llegado à verificar públicamente mi juicio.

Pasó mucho mas adelante el Presidente en esta materia, y de una en otra palabra le vino à proposito tocar de paso la del luxo. Yo, que queria entender con alguna mayor exactitud, qué motivos havia para condenar con tanto rigor el luxo, reputandole como ruina de los Estados, le hice alguna general, y equívoca oposicion, para obligarle à que descifrara aquel punto con alguna mas individualidad. No sería, respondiome, tan reprehensible el luxo, si éste pudiese estrecharse en los limites de las familias opulentas, que no saben en qué emplear lo abundante de sus rentas; antes puede decirse, que el Estado en tal caso recibiría aquel provecho, que consigue un cuerpo lleno de sangre, quando por medio de la sangria se le facilita su circulacion: El oro encerrado en la gaveta es inutil al que le posée, y al Público: Para que sea provechosa la invencion del dinero, es necesario que gire sin detenerse: En consecuencia de esto, lo que mas se condena en el luxo, es, que toda la Nobleza quiere igualarse en todas las cosas; de aqui  
es,

es , que si un rico se carga de criados ; el otro que no lo es , por imitarle , arruina su casa , y se llena de deudas ; entonces el primero , à quien sus riquezas tienen en posesion de pretender la preeminencia entre los demás , aumenta aún aquella exterior grandeza , à un grado excesivo , y se perjudica por no querer igualarse à los otros . Asi van creciendo las obstinadas competencias , y todos corren uniformemente à su ruina .

Lo que dexo dicho en un asunto , debe entenderse en los demás , aunque en materia de vestidos , como cosa que está mas à la vista de todos , se hallan los principales objetos del fausto . De la clase de los Nobles se pega el contagio à la mediana ; muchos ricos Mercaderes , y bien-estantes de la Ciudad , que suelen dar en la locura de imitar à la Nobleza , con la que se creen confinantes por la opulencia de sus bienes , se avergüenzan de no seguirla en este exceso , y por tanto llega à comunicarse à ellos igualmente el luxo : La ínfima plebe resiente à proporcion los daños ; yá en nuestros dias se vé una pobre criada , tal vez de lo mas soéz del Pueblo , adornada con mas galas , que llevaba en mis mocedades una rica Mercadera .

Siendo asi , le interrumpí , Yo no acabo de entender , qué perjuicio se sigue al comun ; porque segun vuestros principios , girando por este medio el dinero , se logra el fin para que fue instituido ; y el público poco interesa en que el oro esté en poder de los Nobles ricos , ò de los Mercaderes ; antes bien me parece que esto será mui ventajoso para los oficios , pues asi se proporciona que se sustenten muchas familias con comodidad . Yo omitiré ,  
re-



replicó el Presidente , examinar por ahora si sean provechosos , ò nocivos muchos Artes que hai superfluos en un Reino , que vé perdidos à diversos Artesanos , que pudieran emplearse en otros mas útiles al Estado; no os referiré asimismo los detrimientos que se originan de arruinarse una honrada familia ; pero daré una respuesta à vuestra proposicion , que os desatará todas las dudas.

Se ha introducido entre los Simiopolitanos el fanatismo de no dar estimacion, sino à las cosas que vienen de lexos. Los profesores de las Ciencias que se aprenden en esta Ciudad , no tienen mérito ; para que sean estimados, es necesario que vengan de Países estrangeros, y à proporcion de la distancia de nuestra Patria crece la reputacion que de ellos se forma: No se cree poder hallar Artífices excelentes, sino fuera de estos Dominios ; lo propio se entiende de Músicos, Pintores, y de todos aquellos que se emplean en qualquiera Ciencia , ò Arte liberal, ò mecánico. Esta necedad se estiende à todas las cosas ; las lanas , y las sedas forasteras se tienen por las mas particulares, y se desprecian las nuestras; lo mismo sucede en los géneros de merceria. Sobre tan falso principio , lo que sucede es, que todos buscan las manufacturas, y quanto necesitan de los estrangeros: Los Artes, y Artesanos naturales se menoscaban con la necesidad; el dinero sale del estado , que por consiguiente se vá empobreciendo; y entretanto los forasteros se rien, y triunfan de nuestra ignorancia.

A este tiempo vino un criado con un recado, diciendome de parte de su Ama, que ella deseaba la hiciese el gusto de pasar à su quarto à conversacion:

cion: El Presidente le hizo volver, y que respondiese, que à poco rato quedaria satisfecha, y prosiguió así su discurso: Bien sé, que podeis argüirme, que con sábias leyes se debiera poner coto à tan exorbitantes desórdenes; pero haveis de entender que no han faltado zelosos Legisladores, que se tomaron las mayores fatigas, para desimpresionar à los Ciudadanos de unas máximas tan falsas, y perniciosas; è impusieron rigorosísimas penas à los transgresores: Pero reflexionad, Amigo, que la prevaricacion tiene mas ojos, y mas manos, que la lei. ¿Si uno edifica, y son mil los que destruyen, cómo podrá tener adelantamiento el edificio? Por tanto, ineficaces son los remedios, quando se impiden con el mayor esfuerzo los efectos saludables, que debieran redundar de ellos. No os molestaré, describiendoos los artificios que se inventan, para hacer ilusorios el valor, y la execucion de las leyes; sois extranjero, y así no es posible que forméis un juicio cabal de los abusos introducidos con este motivo; solo os diré, que la malicia de nuestros Artesanos, diestrísimos quando quieren hacer una trampa, es acaso el origen de todo el mal, y el estorvo para que se ponga el remedio.

Suponed, que Yo soi un zeloso observador de los mandatos del Gobierno; tengo que dar de vestir à mi familia, y manteniendo un entero respeto à las leyes, no quiero defraudar à los Artifices del País de aquella comodidad, que solicitan, mediante la proteccion de la superioridad; en virtud de esto los llamo, para que me provean de lo necesario: Hambrientos por falta de tales ocasiones, forman el plan prontamente de resarcirse en aquel lance de todos



los anteriores desfalcos; escogen los materiales mas endebles, porque los compran mui baratos; procuran, que el trabajo aparezca fuerte, y consistente con los artificios, que ellos bien saben, aunque en la realidad sea debil, y de poca dura; engrandecen sus materiales por los mejores; el trabajo por de toda lei, y la duracion eterna; y à peso de oro me hacen pagar el engaño. Pasa poco tiempo, y se aniquilan sus obras; Yo, que era un perfecto executor de las leyes, me veo precisado à seguir la prevaricacion comun, por no servir mi zelo de otra cosa, que de hacerme arrojar el dinero. Asi viene à suceder, que el abuso sea el origen principal del error, que tal vez se justifica con la malicia de aquellos, que se ven reducidos à la miseria, que el dicho fanatismo acarrea.

Yo quedé persuadido de la verdad, y perfectamente informado en una materia, que deseaba entender à fondo. Gustosamente me hubiera aprovechado de la compañía del Presidente, de quien podia tomar exactas noticias de la policía, y costumbres de los Monos; pero el repetido convite de Madama Betónica me precisaba à no abusar de su benignidad. Pedíle, pues, licencia, para ir à cumplimentar à su consorte: La honraréis, y daréis gran gusto, me respondió, y à mí al mismo tiempo; ella querrá haceros algunas preguntas en asuntos, sobre que Yo no os he molestado; todos tienen sus particulares miras, y curiosidades; ella es Mona, y asi es forzoso, que la suplais sus defectos. Yo añadí las razones, que merecia tan atento discurso, me suplicó, le perdonáse el no acompañarme, por tener que ocuparse en unos importantes negocios, que  
se

se le habían encargado en la Corte , y con esto nos despedimos.

## CAPITULO XVIII.

*De la visita de Enrique à Madama Betónica;  
y de lo que pasó con Madama  
Zanaboria.*

**F**UI, pues, conducido al quarto de Madama Betónica , que encontré rodeada de sus dos hijas , y de sus doncellas ; luego que éstas me vieron , gritáron llenas de alegría : *yá está aqui , yá está aqui ; por fin yá se ha dexado ver.* Inmediatamente me pusieron una silla arrimada à la mesa de Madama enfrente de ella , y entre sus dos hijas : Estaba la madre aplicada en aderezar con festones cierto adorno de la vanidad del sexo ; una de las doncellas se fatigaba en componer una cofia , teniendo un ejército de alfileres , dispuesto en diversas lineas , para que la diesen socorro ; otra andaba escogiendo entre unas , y otras flores de mano , las que necesitaba , para formar ciertos grupos graciosos ; todas tres finalmente estaban empleadas en la grande obra de perfeccionar la cofia. Diversas eran las labores de las demás ; pero no puse cuidado en observarlas.

La primera pregunta , que me hizo Madama , fué , si las hembras de Europa eran tan dadas á los adornos , como las Monas. En todo el Mundo , la respondí , mírese por qualquiera parte , hai mui poca diferencia ; el modo suele ser diverso ; pero en lo esencial no se encuentra distincion : Nuestras



Européas se interesan con mas esfuerzo , y tratan con mayor atencion sus atavíos , que un Ministro de Estado los intereses de su Príncipe.

Iba continuando en la descripcion de las mas sérias ocupaciones de las mugeres, quando se levantó de su silla una de las doncellas, y puso à la vista de su ama cierta labor, que trahía entre manos , proponiendola el árduo problema, de si deberia hacerse en tal parage un punto del derecho , ò del rebés: La dificultad era importante: Madama no queria decidirla por sí sola , y asi llamó à consulta à las hijas, y à las criadas, y todas congregadas, se pusieron à examinar con gravedad la materia, para poder desatar doctamente tan dificultosísima questão. Despues de várias dudas , conferencias , y diversidad de pareceres , se determinó segun la decision de aquella , que era la mas docta en el concepto de Madama.

Esta, finalizada tan necesaria interrupcion, me preguntó, si nuestras Mugeres llevaban zapatos, de qué materia se componian , y cómo era su hechura. Yá empezaba Yo à hacer el papel de Zapatero, quando la hija mayor me ahorró el trabajo, por tener que consultar con su madre, sobre si la punta de la cofia, que viene à dar al medio de ella , se debia alzar , ò bajar: No era asi como quiera la dificultad; no se atrevió à resolver Madama , hasta que por experiencia tuviese conocimiento del efecto, que en uno , y otro caso resultaba: Acomodó la cofia sobre la cabeza de la misma , que havia propuesto la questão, y baxando primero la punta, se puso atentamente à examinar de medio perfil, de lleno , de arriba , y de abajo , qué aire de gracia

re-

recibía la cara de su hija , colocada la punta en semejante figura ; de ésta pasó à la otra postura , levantandola , y hecho con igual diligencia el mismo escrutinio , decidió por el segundo caso . Quando creí que se havia finalizado la dificultad , oí pronunciar un rigoroso decreto , para que se diese un cruel tormento à la pobre cofia , porque tenia una de las alas un tanto quanto , que apenas se distinguia , mayor que la otra : inmediatamente se prepararon à la operacion los alfileres , ministros de la crueldad , y en breve tiempo quedó executada aquella exemplar sentencia .

Olvidada Madama Betónica de la pregunta de los zapatos , ò creyendose yá satisfecha de su curiosidad , bien que Yo no havia respondido palabra , pasó à otro punto , queriendo que le informáse acerca de los briaies ; no pude llegar à hacerlo , sin que pasáse à otra materia ; asi fué de uno en otro asunto hasta llegar à hablar de la cofia , que era el principal objeto de su curiosidad , y para satisfacerla , havia deseado con tanto ardor abocarse conmigo : A fin de que Yo no maliciáse , que este havia sido su único intento , dió principio por los zapatos , para ir ascendiendo disimuladamente hasta la cabeza . No repetiré las continuas interrupciones , que la suspendian la regular atencion à mis palabras , haciendo tanto caso de mí en aquellos interválos , como si no estuviera presente ; tan solo diré , que quando se llegó à aquel gran punto , que era el de su agrado , mostró una infinita atencion à quanto la decia , sin perder una sílaba ; antes gritó muchas veces à las hijas , y à las criadas , porque tenían el atrevimiento de perturbarla con alguna dificultad ,  
mien-



mientras duraba este severísimo examen.

Preguntóme , pues , si nuestras Damas acostumbraban cubrir sus cabezas con un poco de lienzo , artificiosamente plegado , dispuesto , y adornado con tanta gracia , como ellas solian practicar. No solo , la dixe , las Señoras han introducido entre nosotros la costumbre de ponerse en la cabeza un reparo con materiales poco capaces de defenderla de la intemperie del aire , y cargado de varios adornos , que à su parecer forman una delicada vista à los ojos de los hombres ; pero aún las mugeres de la ínfima plebe imitan este uso de las Damas nobles , diversificandolo unicamente en la qualidad del lienzo , del marly , y de la riqueza , con que suelen adornarse.

Mucho me agrada , añadió Madama , que las mugeres tengan el exquisito gusto de las Monas , y no desapruébo la conducta de la plebe , que sigue las ideas de la nobleza ; pues ésta debe ser siempre el modelo de las operaciones de aquella. Pero por lo que à vos toca , me parece , Señor , que no estais mui persuadido de la utilidad de esta invencion , que nos adorna , y hace airosas ; mas no obstante , por lo que en realidad sucede , queda desmentida , y reprobada vuestra opinion ; pues aquel uso debe creerse sabio , y racional , que es generalmente abrazado por todas las naciones , y no pudiera ciertamente haverse puesto en la cabeza à las Señoras de vuestro País el imitarnos en tan util invento , sin conocernos , si la naturaleza , la verdad , y la razon no las huviera subministrado la idéa. Concedíla la conseqüencia , que deducía , aunque no me faltaban razones , con que replicarla , y probar , que en mate-

tería de costumbres no deben tenerse por mejores, las que llevan sola la razon de mas aplaudidas, y generales.

Si hubiese tenido la imprudencia de empeñarme en esta disputa, por consiguiente debia poner el exemplo en várias cosas, que ella reputaba por excelentes; y asi hubiera pasado para con ella por un bárbaro, ò un bruto, que carecía de discernimiento; me quedaria sin adelantar cosa alguna, y despreciado con unánime consentimiento de todas las Monas, que alli se hallaban. En otros tiempos, que la vanagloria de querer distinguirme hacía una fuerte impresion en mi ánimo, no hubiera dexado de arrojarme à una necedad semejante; pero havien- do abierto mas los ojos con los años, y práctica del Mundo, supe mui bien sujetar este desordenado deseo de sobresalir, que à los que se dejan llevar de él, hace objetos de contiúas risas, burlas, enemistades, y peligros. La materia finalmente, de que se trataba, no merecía la pena del empeño; ni permitía la buena crianza, que contradixese à una Dama en aquellos puntos, de que ellas se creen naturales, è inapelables jueces.

Alegre, y satisfecha Madama de haver hecho tan glorioso descubrimiento en favor de sus estimadas cofias, pasó à indagar, si la hechura de las de nuestras Damas era siempre una misma, ò si acaso de quando en quando se variaba. No podré acabar de deciros, respondí, en quantas clases se distribuyeu las várias formas, que dan à este género de adorno: Hai cierta especie de personas, que se interesan en mudar continuamente la moda: Yá recogen dentro de ellas todo el pelo; yá dexan-

des-



descubierto el círculo de cabellos , que rodea la frente ; yá se aprisionan estas cofias con un pedazo de tela , que se ata por debaxo de la barba , yá se dexan en tanta libertad , que parece que tienen alas , y que echarían à volar , si un tirano alfiler no lo impidiese , obligandolas à detenerse sobre la cabeza. Tales modas , que continuamente van sucediendo de unas en otras , tienen su origen en el fecundo cerebro de ciertas mozuelas , que están en posesion ( no sé el motivo ) de ser los oráculos del arte , y no cesan de suscitar nuevas invenciones.

A los principios de una moda ( diré con sinceridad el efecto que en mí solía producir ) me parecía intolerable , y horrible la novedad cada vez que se me presentaba , y feísimas las hermosas ; pasados algunos dias , no me disgustaba tanto la innovacion hasta que finalmente con el tiempo me iba agradando: Esto proviene , de que estando los sentidos acostumbrados à una cosa , dificilmente se satisfacen con otra , hasta que por sus grados van deponiendo la estrañeza: Pero el interés de las dichas inventoras no las da lugar à esta graduacion , pues lo que intentan , es destruir del todo la antigua con la nueva moda , para que necesariamente se recurra à ellas , que saben hacer un ventajósísimo comercio con la vanidad de las Damas.

Madama Betónica estornudó , como si quisiese dar à entender , que procuraba descargar la cabeza de las impresiones que iban haciendo en ella mis palabras ; y despues sonriendose , me dixo: que en los asuntos , que pertenecían à las Señoras , se debia dexar formar juicio à ellas mismas , porque excluidas de todos los negocios de entidad , en donde

no tenían la osadía de incluirse, era de justicia que los Monos, ò los hombres entre nosotros, las dexasen sin inquietarlar en la posesion de lo que à ellas pertenecia unicamente. Yo os concedo quanto decís, la respondí; pero permitidme que reflexione así: Todo el estudio de las Señoras se dirige à comparecer más atractivas, ò menos desagradables à los ojos de los Monos, ò de los hombres; con que parece que por este motivo ellos, y no ellas debieran ser los jueces del efecto que suele producir su adorno.

Estando en este coloquio, en el que por modestia no daban las dos mocitas su parecer, aunque probablemente tenían mui buenas ganas, entraron recado de parte de Madama Zanahoria, que ya subia la escalera, para hacer visita à Madama Betónica. Quedé suspenso al oír su nombre, acordandome, que era ésta à quien havia muerto el perrillo en la casería de los Villanos mis huéspedes, y perseguidores; por tanto quise precipitadamente ausentarme, para no encontrarme con ella: Madama Betónica, que sabía toda la historia, me dixo, que ya era imposible salir sin que me viese, y que solo havia el remedio de retirarme à la pieza inmediata, hasta tanto que se encontráse algun pretexto de conducirla à otra sala, para que entonces pudiese Yo marchar libremente. Tuvo tambien Madama la advertencia de mandar à una de sus doncellas que avisáse à su esposo el Presidente la causa de mi retiro, no fuera que entrando en aquella sala, y echandome menos, preguntáse por mí.

Madama Zanahoria estaba à la puerta; mas no obstante (parece imposible) ocurrió en este punto



à Madama Betónica pedirme una gracia : Mandó à sus hijas que saliesen al encuentro à la viisita , y entretanto me rogó la hiciese el favor de dibujarla un modelo de las cofias mas airosas de Europa ; acordandome de la habilidad de Roberto , la dí palabra sin detenerme de satisfacer su curiosidad. Las hijas, que se havian hecho cargo de la intencion de su madre , cumplieron puntualmente su comision , y Madama Zanahoria entraba por la sala al proprio punto que Yo cerraba la puerta de mi retiro.

Precisado à estar escondido, aunque de mala gana, me puse à pasear con mucho tiento por aquella pieza que justamente era la alcoba de los amos de la casa. Andaba contemplando las ricas alhajas que la adornaban, quando advertí, que sobre una mesa havia un pequeño libro: Por divertir el enfado que dá la sujecion , le tomé, abrí, y su fachada, que decia: *Historias particulares , acompañadas de breves morales advertencias*, me entró en curiosidad para aplicarme à su lectura. La inconexion de las materias que contenia , me hizo dexar à la casualidad la eleccion del punto que pudiera entretenerme. Volyíle, pues , à cerrar, y abriendole por donde guió la suerte , me hallé con una Novela, que se intitulaba: *Si no quieres volverte loco, no satisfagas à todos*: Esta contenia , poco mas , ó menos , lo siguiente:

Cierto Autor havia compuesto una obra de poca consideracion, trabajada en breve tiempo, mientras se estaba esparciendo por algunos dias en el campo , para dár una especie de diversion à sus amigos vecinos ; uno de ellos creyó aprovecharse,  
di-

divulgandola , aunque no estaba todavia dada la ultima mano. Salió , pues , à luz en el tiempo en que su Autor estaba en la cama con una enfermedad aguda. Recibióla el Público con gusto , y benignidad , tributando à quien la havia compuesto excesivos aplausos , que desde luego huviera perdonado , por quanto tenia intencion de permanecer oculto ; entretanto el amigo sacó no poco producto de ella : Viendose descubierto el pobre Mono contra su voluntad , quiso saber el parecer comun para corregir sus propios defectos , y los del libro : A todos oía generalmente contentos , pero cada uno ponía su excepcion. Unos sugetos de genio melancólico , y mal contentadizo , congregados en cierta casa , hallaban un gran delito al principio de la obra , y sin examen de sus cláusulas , ni conocimiento del caracter del Escritor , le culpaban como falto de la debida compostura ; supolo éste , y al punto corrió à enmendar todo el exordio ; asi creía que el Público quedaria satisfecho con la nueva edicion que se estaba disponiendo , por no haverle notado otro defecto aquella Academia burlesca.

Dixeronle despues , que en cierta conversacion se le havia imputado , que zaheria à unas personas , que no solo no conocia aún de vista , sino que jamás havia oído nombrar ; por tanto borró el pobre toda aquella inocente parte de su escrito. Por otro lado averiguó , que en casa de un Librero cierta junta de críticos le havia hecho un rigoroso proceso , en cuya conseqüencia salió condenado por tres gravísimos errores ; el primero , que siendo su obra un pasatiempo , contenia muchos documentos morales ; el segundo , que no era verosímil que una



lengua forastera se pudiese aprender en mui pocos meses; el tercero, que era incomprehensible, cómo despues que cesó la tormenta, se havian podido transportar à la orilla por medio de un esquite desde un navio encallado en un banco de arena ciertas alhajas, y lo que es mas, las pelucas de aquellos pasajeros; atonito quedó el autor, y así, enmendandose en razon de la primera objecion, procuró disminuir las máximas morales; pero como las dos siguientes dependian del hecho, y tenían mas de ridiculéz que de otra cosa, determinó no mudar palabra alguna en estos asuntos. ¿Y no mas? Pues de alli à pocos dias, escuchando los dictérios de los ociosos, oía que el libro no tenia página sin delito; pero con todo eso continuaba en ser bien recibido de toda la Ciudad, y comprado, no obstante el exorbitante precio à que estaba tasado. Restauróse el autor de su tímida sorpresa, y determinó continuar su comenzada taréa, que si no le producía provecho alguno, le proporcionaba à lo menos la satisfaccion de complacer à sus amigos.

Quería proseguir la lectura del libro que me iba agradando; pero habiendo oído cierto rumor, me instó la curiosidad de escuchar la causa, para cuyo efecto apliqué el oído por el resquicio de la puerta, y advertí, que Madama Zanahoria estaba inquieta. ¿Qué es eso? la decia la Señora de la casa: Siento, respondia ella, ciertos dolores que me atormentan mucho; ¿quánto tiempo ha que no he experimentado desazon semejante! Serán efectos de preñez, añadió una criada vieja: No estoi, por cierto, embarazada, respondió la pobre dolorida,

es-

estós son retortijones de vientre, y si no le desocupo, no es posible librarme de tal trabajo.

Madama Betónica quiso aprovecharse de esta casualidad, para que Yo pudiera salir de mi escondite: Vamos, pues, la dixo, al quarto de las niñas, en donde podréis salir de esa urgencia de la naturaleza: No!, no, replicó ella; esa estancia está mui lexos, permitidme que me acomode en vuestra alcoba, que está aqui próxima. Esto fue decir, y hacer; levantóse precipitadamente de la silla, corrió ácia la puerta de la pieza donde Yo estaba escondido, quisola abrir con violencia, y me dió en la cabeza con tal ímpetu, que por muchos dias despues se me conoció el coscorrón. Como encontró tanta resistencia para abrir la puerta, renovó con mayor esfuerzo el impulso; pero no siendo éste ya del caso, por haverme Yo apartado, la fuerza que hizo, y el peso del cuerpo, que dió en vago, la hicieron rodar, dando con su cabeza en mis pies.

La sorpresa, la caída, el temor, y no sé qué otros efectos que huvieron de suceder necesariamente en lo interior de esta Señora, la suspendieron los dolores, y cesó la urgencia corporal. Se me olvidaba decir, que todas las circunstancias corrieron à levantarla del suelo, pusieronla en la cama, y procuraron restablecerla con espíritus confortativos. Es indecible la gana que Yo tenia de soltar la risa, y me parece que todas las Monas que alli se hallaban tenian la misma disposicion; pero la sufrían obligadas de cierto decoro, que era forzoso conservar. A poco tiempo se levantó Madama Zanahoria, y procuró saber la causa de hallarme alli es-

con-



condido; la fue revelado el secreto, y ella se ofendió de que Yo la creyese capaz de executar acto alguno de desatencion; me aseguró que no era Mona vengativa, (virtud rara en su sexo) y quiso que todos nos sentasemos amigablemente à conversacion.

Con motivo de lo sucedido, me hallaba de tan buen humor, que quise divertirme à costa de esta Mona. Preguntéla si havia venido sola, ò acompañada, y haviendome respondido, que sola, la dixé: ¿Pues à dónde está aquel girasól que solia animarse à los rayos de vuestra belleza? ¡Ah! callad, respondió, no me nomeis à ese traidor; fue demasiado sincero el cariño que Yo puse en él, para poder aora aborrecerle como merecia; no porque se me ocultase que él era uno de aquellos bribones que tienen puesto su estudio en agregarse à las casadas ricas, por si pueden grangear su gracia à fin de despojarlas de sus bienes. Fingí que no entendia lo que hablaba, y continuando en mis preguntas, la dixé si acaso era que la havia dado palabra de esposo, y despues havia faltado à ella. Yo, respondió, ha muchos años que estoi casada; vos no sabeis lo que preguntais. Pues será, añadí maliciosamente, que es vuestro marido, y os ha dexado. O vos, replicó ella, sois un tonto, que nada entiende; ò sois una de aquellas personas que se deleitan en desazonarnos. Perdonad, Señora, la dixé, que no comprenda vuestro discurso, pues no acabo de hacerme cargo de como una Mona casada pueda admitir à un amante que no sea su marido.

Nada alteró à Madama Zanahoria esta delicada  
re-

repréhension , que debería haverla avergonzado ; antes dandome una ojeada , y encogiendose de hombros, dixo : Este necio quiere hacerme perder la paciencia. Miraronme las mocitas , y observando, que me estaba riendo , advirtieron mi malicia , y tuvieron bastante deseo de acompañarme en la burla. Hice entonces como que comprendia el enigma , fingí que sentia su suceso , y despues la dixe : Señora, segun llego à entender , vuestra desazon se deriva de que os hallais sin un inmediato servidor ; notable defecto en una Dama de merito , como sois vos ; pero este es un daño que puede repararse facilmente , y si fuere de vuestro agrado , Yo me ofrezco à substituir la plaza. Ah , ah , replicó ella en tono de hacer burla, por cierto que haria una gran conquista , recompensando la pérdida de un buen muchacho , con una disforme bestia. Sea lo que quisiereis , la respondí , por lo que à mí toca ; pero esto de alabar à un traidor , que os ha burlado , dandole el título de buen mozo , me suena à que aún sois su amante. Soi , dixo ella rabiosamente , el diablo que os lleve.

Estando en estas palabras , entró el Presidente, y con una sonrisa la preguntó : ¿ Con quién la haveis armado Madama Zanahoria , que parece que estais toda alterada ? Me estoi defendiendo, respondió ella, de este mentecato , que está poniendo todo su esfuerzo en hacerme desesperar , y no acaba de conocer que habla con quien es capaz de resistir à un millon de sugetos como él. Medió el Presidente, se terminó la desazon , y me aseguró la buena Mona, que desde luego creia serla de grande interés adquirir mi amistad ; pero que no pretendiese el dis-

tin-



tintivo de ser su cortejo , porque temia que si me aceptaba baxo tal carácter, se haria ridícula en toda la Ciudad. Concertados, y pactados de esta suerte los preliminares de una estable paz , me despedí de las Señoras , y dadas gracias al Presidente por los favores , y honor con que me havia distinguido, salí de su Palacio contento por haver pasado aquel dia à toda mi satisfaccion.

## CAPITULO XIX.

*De las exequias del difunto Generalísimo.*

**C**ontinuaba Roberto freqüentando la Corte, adonde le mandaba el Rei estuviere diariamente para conferir con él ciertas innovaciones que meditaba: Con este motivo se havia hecho tanto lugar en la gracia de aquel Principe, que le escuchaba con benignidad qualquiera proposicion, y con utilidad del Estado seguia sus dictámenes. Se hacian continuas experiencias para introducir las Artes Européas; se buscaban los mas acreditados , y hábiles Artífices, à los que se daban los modelos, y ellos imitaban la obra con el mayor esmero. Eran continuas, y palpables las ventajas que sentia el Estado con las luces de Roberto , y la proteccion del Principe, que patrocinaba sus operaciones. Aumentabase el provecho de los Artífices; la Ciudad desfrutaba las nuevas introducciones, y (exceptuado un pequeño número , que nunca falta , de aquellos à quienes todas las cosas parecen mal , aunque no haya razon para ello ) todos los Ciudadanos alababan à Ro-

Roberto, y daban gracias al Cielo, porque les havia concedido la direccion de un hombre tan singular. Todas estas cosas se leen largamente en sus memorias; y no quiero, como llevo dicho en mi primer tomo, repetir lo que él escribe, pues no debo meter la hoz en mies ajenas.

Mientras Roberto se ocupaba en materias de tanto peso, Yo me hallaba en un total ocio sin hacer otro uso del tiempo, y del discurso, que examinar las costumbres de algunos de los Simiopolitanos, que mas eco hacian en mi fantasía; estudio de corto trabajo, y en que puede interesar poco la curiosidad de los demás; mas habiendo hecho de esta forma la particion entre nosotros antes de nuestra llegada à la Ciudad, debo no apartarme de la senda que por suerte me tocó seguir, ò si se habla en realidad, de la que unicamente se juzgó serme adaptable.

Pasados algunos dias, se esparció por la Ciudad una voz confusa de que ya se havia hecho la eleccion de Generalísimo, aunque no se decia el sujeto en quien havia recaído este cargo. Aquellos que hacen asunto en querer penetrar los mas arduos misterios del gabinete, aseguraban que era el Señor Saúco el elegido; y despues por el efecto se vió no se havian engañado en esta ocasion.

Tenian en la Corte la antigua costumbre de no celebrar las exequias al difunto heroe, hasta que estuviera su empleo proveído, debiendo el sucesor asistir à la lúgubre funcion de sus honras. Se fundaba esta institucion en una sábia máxima, queriendo con ella dár el mas sabio documento à los que ensalza la fortuna, pues viendo el fin de las terre-



nas grandezas, que son tan momentáneas, podía aprender el nuevo electo, el modo de emprender el camino de la virtud, que es quien puede conservar el nombre del difunto aun mas allá del sepulcro. Estas exequias, si se ha de decir verdad, se reducian à un triunfo, y eran muy semejantes à los Apoteosis de nuestros antiguos.

En Formaban una estatua que representaba al muerto, que ya estaba hecho polvos, y advertí en esta ocasion, que la imagen se parecia al original, lo mismo que la madera, de cuya materia constaba, se semeja à la carne; pero no obstante que la vista desengañaba, y hacia ridícula la representacion, bastaba concebir la idea de que aquel mal trabajado leño fuese el cuerpo verdadero del difunto, para que una voluntaria ilusion (como muchas veces sucede) supliese los defectos. Se ponía el figurado cadaver dentro de un atahud, forrado de negro, y oro, queriendo que se conociese que hasta el sepulcro les acompañaba la vanidad. Iban delante infinitas personas de todas clases, que llevaban hachas encendidas, significando con esto (para dar una plausible alusion) que la luz de sus obras resplandecía despues de su muerte. Le seguían finalmente sus parientes, y amigos vestidos de luto con desaliño, transformados en otros tantos tumulos. Explico mas claro este ultimo pensamiento.

El Señor Haya, y sus hijos fueron convidados para asistir al funesto oficio, y estaban precisados à llorar, ò à fingirlo, si no tenían gana de afligirse en realidad. Previendo el que estableció estas ceremonias, que por lo comun los parientes enjugan pronto las lágrimas que se derraman por semejantes per-

didás; pensó cómo hacer creer al Puebló en las funciones solemnes que estos estaban inconsolables en su dolor; para esto ideó una especie de sombrero de figura cónica, que les duplicaba su ordinaria estatura; desde lo alto de él hasta los pies del dolorido colgaba un pedazo de tela de una materia vil, para denotar el poco cuidado en el adorno, y de color negro, para dár à entender la tristeza. De este modo los tales quedaban envueltos, y escondidos en esta máscara, y podian reir à su satisfacción, y sin temor de ser murmurados de aquellos simples, que creen se demuestran los efectos de la sangre en las apariencias del luto.

Nosotros eramos sincéros amigos del Señor Haya, y así nos rogó, que nos tomásemos la incomodidad de acompañarle, disfrazados con tan horrible figura. Con qué desazon me llevaria aquella mogiganga es facil de discurrir à qualquiera que sepa que tan particular disfráz impide quasi absolutamente el uso de la vista, y por consiguiente se camina con notable desacomodo; pero de esta falta de comodidad se derivó à mi favor el gusto de poder comprender proximamente con cuánta necesidad se introduxeron estos escondites.

Luego que llega el fúnebre acompañamiento à una espaciosa llanura, en donde está formada la tropa con todas las insignias militares enlutadas, se pone el atahud sobre un elevadísimo tablado, adornado con quanta magnificencia, y riqueza es imaginable. Despues de una oracion, que se dice en alabanza del muerto, adulacion del sucesor, y lisonja del Estado, se dexa en manos del Puebló la herencia del difunto, se entiende los adornos del tablado, y em-



pezando desde la estatua, todo queda despojado en breve: Se pega, finalmente, fuego à lo que ha quedado; y el humo que se eleva creen ser el genio del heroe, que vá à señorearse de las nubes; y con esto se acaba el funeral. No se me culpe de poco exacto, por haver tan de paso contado una costumbre tan particular, pues semejantes ritos se encuentran difusamente explicados en las memorias de Roberto.

Antes de ponerse en práctica las exequias de que vamos hablando, se originó una grande dificultad, sobre buscar sugeto capáz de cumplir perfectamente el cargo de Orador. En la Ciudad en donde havia muchísimos personajes que hacian pública profesion de amontonar palabras que no están en uso, para poder componer una oracion vacia de conceptos, ninguno se juzgaba suficiente à tan grande, y dificultoso empeño. Era forzoso recurrir à los estrangeros con sumo sonrojo de los patriotas. Se hizo, pues, un diligentísimo escrutinio, y fue finalmente elegido uno à quien no se podia convencer de haver jamás usado en sus oraciones una voz que no se leyese en ciertas novelas de un autor que ya hacia quatro siglos que havia muerto; libro que era la fuente de todo el inexplicable mérito del Orador forastero.

Apliquéme con atencion à oír su discurso; pero mi ignorancia no encontró en él aliciente alguno. Comenzó con una locucion que me pareció una descarga de cañonazos, hizome estár largo tiempo con la boca abierta, esperando un verbo que uniese los terminos con que queria dár à entender su pensamiento, y finalizado el primer eterno

pe-

periodo, para mí fue lo mismo que si no hubiese hablado palabra. ¡Quán engañosas son las ideas à que nos conduce la falta de inteligencia! Yo havia conceptuado, que ni él mismo havia entendido lo que havia dicho; pero los aplausos de los circuns-  
tantes me dieron à entender mi ignorancia; aun-  
que por defecto de luces no podia salir de mi error. Finalmente nada entendí de su peroracion, y se  
me quedó seca la boca con la continuacion de te-  
nerla abierta. No obstante, al fin de su razonamien-  
to baxó un poquito mas lo alto de su estilo, y así  
pude comprender, que alababa la sublime virtud  
del difunto, à quien no havia oído nombrar en to-  
da su vida; que elevaba hasta los Cielos el valor  
del nuevo Generafísimo, que era un solemne pol-  
trón; y finalmente, que sin haver estudiado la As-  
trología judiciaria, pronosticaba al Principe, y al  
Estado victorias, triunfos, y la conquista del mun-  
do entero.

Aunque no llegué à entender la excelencia del  
arte de este afamado Orador, comprendí la ridi-  
culéz de otro que profesaba este mismo exercicio,  
aunque no en grado de tanta elevacion. Tiempo ha-  
cia que estaba vacante el puesto de primer Ingenie-  
ro de la Armada, cuyo nombramiento dependia pri-  
vativamente de la voluntad del supremo Comandan-  
te. El difunto por no multiplicar los gastos del teso-  
ro público, no havia querido hacer la eleccion, pe-  
ro se creía, que el sucesor para tener una hechura  
propia, y que del todo estuviese empeñada en  
servirle, se queria valer de su derecho. El Orador  
de baxa extraccion (así le llamo, para distinguirlo  
del campanudo combinador de antiguos senten-  
cio-



ciosos vocablos) cansado de un arte, del que solo por su culpa no le redundaba todo el provecho que queria, aunque sí mucho mas que el correspondiente à su mérito, se determinó à hacer la corte à un palafrenero del Señor Haya, para que éste ganase la voluntad à un volante, à fin de que hablase à un ayuda de cámara, que se interesase con el mayordomo, para que dixese éste sus súplicas al Señor Haya, que se haviendo empeñado con Roberto, para que (como era persona de tanto valimiento con el Principe) hiciese presente al nuevo Generalísimo la persona del dicho Orador, à efecto de que recayese en él la provision del empleo de primer Ingeniero.

Uno de los hijos del Señor Haya nos contó esta particularísima recomendacion, en cuya dilatadísima escala de protecciones echamos de vér, que era el primer escalón un mozo de caballos, y el ultimo la alta persona del Generalísimo del Estado; singularidad fue ésta, que nos movió la curiosidad de conocer à quien la havia ideado. El Señor Haya nos dixo, que no debiamos estrañar en quanto à esto el carácter original de este Mono que él tenia bien conocido, y que tratandole, experimentariamos cosas que nos admirarian mas.

Fue mandado comparecer el Orador adocenado; el que se dexó llevar de una extrema alegría, creyendo ya à Roberto de parte de sus deseos, y que así su pretension estaba en los mejores terminos; pero Roberto queria fondear los méritos de este sujeto, que repentinamente pretendia ascender à un cargo de tanta consequencia. Preguntóle, pues, quanto tiempo havia gastado en aprender las Matemáticas:

cas: Quedó sin saber qué responder el pobre Mono, que no havia oído hablar de la Ciencia en su vida. Juzgando Roberto que solo estaria informado de las reglas prácticas del empleo à que aspiraba, le propuso algunas dudas acerca de la Arquitectura militar; pero el Mono, que no havia comprendido aún los terminos con que havia hablado mi amigo, respondió, que no entendia el language de nuestros Países.

Admirados en extremo de la arrogante pretension del dicho Mono, no pudimos menos de decirle quanto nos maravillabamos viendole solicitar el mas alto grado de una profesion, cuyos principios ignoraba. No le alteró la dificultad, antes respondió francamente, que ninguno havia nacido Maestro, que todos los Profesores de aquel arte le havian aprendido con el estudio, que se le diese el cargo, y que al punto se aplicaria, y aprenderia todo lo necesario para exercerle. Estas razones cerraron la puerta à toda réplica, pues vimos era inútil el hablar con un tonto de tal naturaleza. Si no huviera Yo sido testigo de oídas de este pasage, y si no tuviera una entera certeza del original de una cabeza de tan poco seso, no acabaria de creerle, ni me atreveria à insertarle en estas Memorias.

am anozisq al est sup ob nmasio im noc sishav  
babui al abot ob elamas

¿ dñamus es, añeupq ero on eup, singla m  
-mñi anozisq al est sup ob nmasio im noc sishav  
viza de la de mi amigo; preguntéle quanto tiempo  
hacia que havia estado para su hija en tan  
digno estodo, y que quando se verian unidos con  
tan dulce fazo: Respondime, que apenas se havia  
divingado por la Ciudad la rica note que el herc-  
de- CA-



## CAPITULO XX.

*Publicase la boda de la hija del Señor Haya.*

**D**OS días despues del referido funeral se publicó la boda de la Madamita Lechuga, cuyo tratado dias havia que estaba concluído, pero no se havia dado al público, hasta que se cumpliesen las ceremonias con el difunto tio, para que las lágrimas que era necesario derramar por la formalidad de este motivo, no se confundiesen con la alegría que aquel havia de promover forzosamente. Vino à vernos Jacinto aquella mañana antes que nos huviesemos levantado, para participarnos tan alegre novedad en su nombre, y de toda la familia. Gustosísimo me dexó la tal noticia, y asi partí apresurado à felicitar al padre de la novia, el que despues de abrazarme, me dixo que se consideraba el padre mas afortunado del Reino, por haver hallado un yerno con los partidos mas apreciables, y de un bello genio. Este, añadió, es rico, y de alto nacimiento: luego que llegueis à verle, notaréis su buena política, y en teniendo el gusto de tratarle, convendréis con mi dictamen de que es la persona mas amable de toda la Ciudad.

Mi alegría, que no era pequeña, se aumentó à vista de la de mi amigo; preguntéle cuánto tiempo hacia que havia destinado para su hija un tan digno esposo, y que cuándo se verian unidos con tan dulce lazo: Respondióme, que apenas se havia divulgado por la Ciudad la rica dote que el here-

de-

dero de su difunto tío tuvo à bien consignar à la niña, quando se la declararon pretendientes los mejores partidos del Reyno; que examinadas cuidadosamente las circunstancias de los sugetos, y sus familias, y dando su consentimiento Madama Espina, y los demás hijos, yá havia dias que estaban hechas las capitulaciones, pero se havian tenido ocultas hasta este punto por la razon arriba dicha. Conocí luego la causa de las continuas conferencias, de que no eramos participantes, y me ocasionaron tanto cuidado, y sospecha. Añadió despues el Señor Haya, que la boda no sería hasta el fin de las Carnestolendas, que daban principio entonces: Entretanto dixo, las tertulias, el juego, el baile, los teatros, los paseos, y las máscaras, serán las diarias ocupaciones de los novios; en cuyos lugares tambien vos podréis gozar de estas diversiones, que hasta ahora no haveis logrado.

No tanto por un acto de civilidad, quanto por dexarnos llevar de los afectos de nuestro corazon, que estaba poseído de una verdadera alegría, pasamos al quarto de Madama Espina, que nos recibió con las mayores demonstraciones de agradecimiento: y creyendose despues constituida en la obligacion de referirnos, que ventajoso era para su hija el yá concluido tratado, dió principio por la nobleza de la familia del Señor Nuez-moscada, que era el nombre del novio. Es inmemorial decía, su origen; y lo que se hace mas admirable, es la altísima estimacion, que esta casa tiene en todo nuestro Continente. Ninguno de sus descendientes degeneró de las nobilísimas qualidades de sus mayores: Todas las Naciones han andado à porfia, por lograr el ho-



nor de atraher à sí esta familia ; pero sola nuestra Ciudad goza la singular dicha de numerarla entre sus patriotas : Los extranjeros , como zelosos de que sean solo nuestras estas glorias , han concurrido à hacerla mas brillante con prerrogativas , y excellencias , sobresalientes à las de sus familias nacionales. Por último , siendo tan honorífica à vista de todos , debía recoger en su seno à mi hija , para que conserváse esta planta su deliciosa , y util descendencia.

Se iba aumentando nuestro júbilo , al paso que ibamos entendiendo la grande fortuna , que estaba destinada para Madamita , y por demostrar en quanto pudiesemos sus efectos , rogámos à Madama Espina , nos concediese el gusto de ir personalmente à significar à la nueva esposa lo verídico de nuestra sincera alegría. No esperaba Yo , respondió Madama , menos atencion de tan benignos huéspedes ; mi hija está en el tocador ; luego que haya cumplido con sus mas precisas ocupaciones , vendrá à agradecer vuestras atenciones políticas , y entretanto estaréis en conversacion conmigo. Nosotros aceptámos el convite de acompañarla , lo que no la desagradó , contra lo comun de su genio , y asi me determiné à creer , que el contento la havia suspendido sus acostumbradas extravagancias.

Despues de várias conversaciones que se tocáron nos dixo asi : Es costumbre de estos Países en las bodas de los nobles el convidar à los Poetas Nacionales , y Extranjeros , para que con sus obras alaben à los novios , y les pronostiquen las mas abundantes felicidades : Puntualmente hai tambien ese estilo entre nosotros , respondió Roberto , pero nues-  
tros

trós Poetas, por lo regular, en semejantes casos no hacen otra cosa, que acumular adulaciones fastidiosas, con poco, ò ningun mérito en las composiciones. Nuestra Nacion, replicó Madama, es mas discreta que la vuestra en este punto, porque nosotros ni aun abrimos el libro en que se contienen; es fuerza no separarse de la moda, y Yo en realidad he de seguirla à toda costa; no obstante que sean como quieran las tales obras, entre las Señoras los papeles, en que están escritas, se ven siempre condenados à envolver ovillos, y semejantes friolerías, necesarias para nuestra diaria, y doméstica labor: Con el presente motivo quisiera suplicaros, añadió Madama Espina, me hicieseis el favor de componer algun Epitalamio en vuestro nativo idioma, distincion, que ciertamente no havrá tenido novia alguna de las antecedentes, y que será envidiada de las futuras.

Sonrióse Roberto, y respondiéndola: Prontos nos hallaréis, Señora, para obedecer vuestros preceptos; pero la peticion dá à entender, que vuestra modestia quiere ocultar las alabanzas de vuestra hija, y tambien cuidadosa, tal vez, de nuestra reputacion, pretendeis, que escribiendo en lengua desconocida, no tengamos que temer las adulaciones, ò las criticas de buen gusto. Mui bien sé, replicó Madama, que no havrá quien entienda, ni aun quien pueda leer vuestros pensamientos, ¿pero eso qué importa? Lo que no se entiende, es lo que se hace mas apreciable, como lo experimentamos diariamente. Se aumentará el número de las poesias, que es por donde se forma juicio de la grandeza, y felicidad de los novios; y finalmente alcanzaréis fa-



ma de dos espíritus sublimes , capaces de todas las ciencias. La extravagancia de la pretension tenia la excusa del corriente estilo: Era forzoso, que nosotros prometiesemos à Madama el darla gusto, lo que podia executarse sin mucho trabajo, y con la certeza de no incurrir en la censura de ciertos pretendidos literatos, de que abundaba la Ciudad, cuya profesion era ir mezclando palabras, frases, y coplas de cierto antiquísimo, aunque à la verdad celebrísimo Poeta, para sacar un pastel sin substancia, que quita el credito al autor, que se pretende imitar, y que no tiene estimacion, sino en la cabeza de quien le ha compuesto.

Llegó à este tiempo la novia, engalanada con todos los adornos que el sutil ingenio de su sexo pudo inventar, ò bien para ocultar sus defectos, ó bien para dar mas realce à la hermosura. Despues de haverla cumplimentado, congratulandonos sinceramente, y significando nuestros deseos de todas aquellas felicidades, que generalmente à las novias suelen asegurarse, la preguntó Roberto, si acaso la adornaban todas aquellas galas con el destino de salir de casa; pensando nosotros en retirarnos para no darla sujecion: De ninguna manera respondió Madamita, porque el motivo de haverme ataviado de este modo, es por estar decente para recibir à las Señoras ( que serán muchas ) quando vengan à visitarme, y à darme la enhorabuena; entretanto haré mucho aprecio de que gustéis deteneros conmigo, porque Yo à la verdad, os soi mui afecto: Dixo estas últimas palabras con cierto estilo de Corte, que antecedentemente no tenia, ò à lo menos no le havia demostrado. En una palabra, es fuer-

za confesarlo, Madama Espina era una gran Mona, y una Señora capáz de instruir à su hija en las verdaderas máximas de insinuarse afable, y esparcida segun la corriente costumbre: Su educacion se reducía unicamente à exterioridades, de donde puede bien inferirse, que sería una excelente Maestra de ellas.

Yo queria introducir algun discurso, relativo à las alegres circunstancias en que se hallaba aquella familia, y por tanto me tomé el atrevimiento de preguntar à la novia, quanto tiempo havia que cultivaba la amistad de su futuro esposo. No entiendo, respondió ella lo que me decis, y asi si queris, que satisfaga vuestra curiosidad, explicaos mas claramente. No, de ninguna manera, replicó la madre, mas vale que calle, no sea que haga avergonzar por falta de experiencia à tan nobles almas. Perdonad Señora la dixe, no es mi ánimo ofenderos, quando tengo la curiosidad de saber, si estaba bien radicado entre los novios el amor, que es el fundamento de todo el empeño, que se contrahe en los esponsales: La modestia de Madamita no tiene por qué sonrojarse, al oir nombrar una pasión, en la que espera encontrar todo placer; supuesto que esta la havrá inducido à consentir en que se forme aquel lazo, que debe motivar su felicidad. Vos, me respondió Madama, teneis mui vulgares ideas; mi hija es una gran Dama, y no una de aquellas miserables Monas, que no sirven de otra cosa en el Mundo, que de comer, y hacer número; Yo soi una madre, que sé mui bien las leyes del decoro: Entre nosotras no es permitido amor alguno, que preceda al empeño del Matrimonio, y

A si



si se llegára à saber, que qualquiera noble doncella se atrevía à enamorarse por algun galantéo, además del deshonor de toda su familia, bastaba, para que yá pudiese desesperar de su colocacion. Las Monas de la plebe aman à su gusto, y escogen segun su genio à los novios, y estos à las novias; y es mui justo que así lo hagan, porque ellas no llevan otra dote, que tiernos afectos, en lugar de riquezas, y ellos las dan de comer amores, yá que no tienen otro medio de sustentarlas. Las Señoritas nobles, por el contrario, no ven à su esposo, ni saben de qué gracias, de qué espíritu, ò de qué costumbres se halla adornado; primero oyen las alabanzas, que le conocen; y ellos igualmente por su parte no gozan mas ventajoso privilegio: Los padres forman à medida de sus miras los tratados, y sin otro examen, se sujetan à ellos las dos partes principales; y este es el motivo, por qué mi hija aún no conoce à su esposo el Señor Nuez-moscada, ni éste à ella; pero dentro de poco tiempo lograrán este placer, bien que con las precauciones mas rigurosas.

Quedé sumamente admirado al oír una costumbre tan fuera de razon, por quanto el Matrimonio siempre se me havia figurado una union de dos corazones con la participacion de sus bienes, de su genio, y de su cariño, lo que es difícil de concebir sin que se comuniquen las personas que han de amarse. Comprehendí en este punto un dicho de cierto antiquísimo Poeta Europeo, que escribió en una sátira, que es la dote una diestrísima cazadora, ò tiradora de saetas. No parece, sino que el Poeta tuvo alguna noticia de los estilos de las Monas.

A este tiempo entró un page un recado à su ama, avisandola; que Madama Escoba, y Madama Castaña acababan de llegar, y pedian su licencia para entrar à visitarla; respondió, que viniesen en buen hora; y nosotros nos retirámos, para dar lugar à sus reciprocos cumplimientos. Encontrámonos en la antesala con las dos Señoras; Madama Escoba era una Mona mui alta, y flaca; trahía una vestidura, que por detrás la arrastraba media vara cumplida, y parecía, que por donde iba caminando, quería limpiar el suelo de todas sus inmundicias; pasó por junto à nosotros con tal soberbia, que ni aun baxando la cabeça nos saludó. Madama Castaña era una Monita pequeña de cuerpo, y regordeta, pero mui agil en los movimientos de todo el cuerpo; esta con mejor crianza nos hizo cortesía encogiendose, y erigiendose diversas veces al pasar por delante de nosotros,

## CAPITULO XXI.

*De las primeras vistas de los novios.*

**N**O puedo bien explicar, quanto abominaba la costumbre de los Monos, que ligaban à las pobres nobles doncellas con un indisoluble lazo, sin consultar primero sus génios. Tan fuera de razon me parecía el tal uso; quanto lo fuera el precisar à qualquiera à contraher un empeño, sin explicarle el asunto sobre que debia comprometerse. Di à entender à Roberto mi admiración, y me respondió lo siguiente: El estilo que sigue la nobleza acerca de la colo-



cacion de las hijas, no está tan fuera de los límites de la razon, como os lo estais ideando: Verdad es que la union de los corazones, y de las inclinaciones debería ser la basa fundamental de semejantes vínculos; pero haceos cargo de que por lo general, las pasiones ofuscan al entendimiento, que le parece, que discierne en los objetos aquellas virtudes, y vicios que no tienen en la realidad, y solo es cierto, que un vehemente afecto los representa en la mente à medida de los respectivos intereses del corazon. De aqui es que el amor, que es la mas peligrosa de las pasiones, ciega enteramente à aquellos, que se dexan llevar de él, sin permitir al entendimiento el uso de sus facultades: Sucede despues, que con la posesion de la cosa amada se amortigua el amoroso fuego, y se van reconociendo aquellos defectos, que no permitia la razon se descubriesen antes: El arrepentimiento es la pena del error, que tanto mas grande aparece, quanto el amante menos le esperaba: La tibieza abre el camino al fastidio, y finalmente por lo regular, el odio es el fruto de una estimacion, que está fundada sobre las meras reflexiones de los sentidos. Nuestros Monos reflexionando los inconvenientes, que suele producir una mala eleccion, sugerida de la pasion unicamente, de donde se derivan consequencias tan funestas en los Matrimonios, quisieron hacerse árbitros de los verdaderos intereses de sus hijas, eligiendo aquellos partidos, que con maduro examen, y sin preocupaciones juzgan ser los mas utiles: Asi pues, el que estos vínculos no se formen por el amor, sino por la razon, que es una guia mas iluminada y segura, no veo deba ser motivo de tanta estra-

ñeza, siendo esta costumbre la que constituye à las Señoras en una suerte mas feliz, y duradera. Añádese à lo dicho, que siendo quien dispone los matrimonios, la ternura paterna, que con la mayor perspicacia examina el partido que para su hija solicita, es fuerza creer que se encuentran en los esposos aquellos cáraçtères que son capaces de representarlos amables à los ojos de sus esposas, cuyo cariño en tal caso es tanto mas permanente, y laudable, quanto mas separado de la irregularidad del vulgar afecto. Todo esto deberá entenderse de aquellos padres, en quienes no quepa la crueldad de sacrificar à una inocente joven por el interés del resto de su familia.

Con mas gusto hubiera escuchado el razonamiento de Roberto, si los internos sentimientos de mi corazon, ò (sease enhorabuena) una mera preocupacion no hubiera sido causa de representarseme con poca fuerza sus razones. Entretanto se fue llenando el Palacio de lo mas florido de aquella Ciudad, concurriendo toda la Nobleza à participar de los júbilos de una familia que universalmente estaba querida, y respetada. La novia se mostraba afable, y cortés con todos, y asi en breve tiempo corrió la fama de su bella gracia, además de haver logrado la fortuna de obtener el renombre de bien parecida. Nosotros estabamos continuamente con las formalidades de un puro cumplimiento, y gustosos nos empleabamos en este encargo, à que no podian acudir el padre, y hermanos de la novia, por los muchos negocios que ocurrían. Madama no se separaba un punto de su hija, por quanto algunos rezagos de la antigua severidad la obligaban



indispensablemente à tan gravosa sujecion.

Mo cesaban de ir llegando Artesanos de todas especies con memoriales, y adjunta la recomendacion de graves personajes, à fin de que los admitiesen para las varias prevenciones que en sus respectivos oficios debian hacerse para adorno de la novia, y de aquel Palacio. Se havia introducido (como ya se ha dicho) pocos años antes un abuso en la Corte, en fuerza del qual cada uno queria mezclarse en los negocios de los demás, sugiriendo diversas obras, recomendando Artífices, y executando hasta las mas vergonzosas vilezas, para lograr sus intentos. No tenian, se puede decir, libertad aquellos naturales en la eleccion de las personas que creían mas aptas para las obras que emprendian; tan grande era la persecucion de los operarios. De este abuso nacia dos gravísimos inconvenientes; el primero, que por lo regular salia imperfecto el trabajo; y el segundo, que muchos de los mejores Artífices perecian de necesidad, ò por no poder encontrar quien los protegiese, ò porque ellos tenian por baxeza, que su habilidad necesitase de recomendacion: Asi necesariamente perdian las artes su lustre, y se hacia injusticia al merito que gemia baxo el yugo de la violencia.

Llenóse, pues, en pocos dias de trabajadores el Palacio; los Carpinteros, los Cerrajeros, y los Albañiles hacian retumbar las salas, y aun todla la casa con los martillos, y demás instrumentos de sus oficios; los Pintores tenian llenos de manchas aquellos puestos en donde estaban trabajando; todo era una confusion, y continuo ruido; y al mismo tiempo los Sastres, los Zapateros, y otros mil Artesanos,

y

y Mercaderes andaban entrando , y saliendo por el quarto de la madre ; de modo , que parecia que las provisiones eran para un Exercito entero.

Llegó por fin el dia de las primeras vistas del novio. Parecióme digno de la alianza del Señor Haya ; curioso , buen mozo , bien hablado , y mui garvoso en todas sus acciones: Si no fuera por el defecto de dár à conocer mui por lo claro lo pagado que estaba de sí mismo , se le podia conceder el título del joven mas perfecto , y mejor criado de la Corte.

Luego que se presentó el novio , la Señorita le hizo una cortesía sin mover la cabeza , ni aun la vista , y baxando tanto el cuerpo , que creí que se iba à sentar en el suelo ; el joven la habló con un breve , y elegante discurso , que se conocia sin dificultad , que le traía estudiado ; la novia se avergonzó , y aunque tenia mui bien aprendida la leccion de lo que le havia de decir , en aquel instante se la olvidó del todo , y asi no supo responder otra palabra , que: *Muchas gracias*. Madama su madre se puso encendida como unas brasas , y huviera intentado sacar los ojos à la hija , à no estar presente el novio ; tanta era la desesperacion , y cólera que havia concebido.

Sentaronse inmediatos los amantes futuros , que de presente aún no se podian llamar tales , y el novio comenzó à exagerar la hermosura , y gracia de su esposa ; pero ésta ya abriendo , ya cerrando su abanico , teniendo la vista siempre fixa en la tierra , y el cuerpo en un continuo movimiento à uno , y à otro lado , como si estuviese sentada sobre espinas , no respondia otra cosa à cada alabanza que la daba



el novio, *què para eso vos*: La madre no paraba de hacerla señas con la cabeza, pero ella lo iba echando mas à perder. Quando un temor pánico llega à tomar posesion de quien es pusilánime, con qualquier leve motivo suele aumentar la confusion. Jacinto su hermano, que era mas discreto, y penetrante que la madre, acudió à socorrer à su hermana, haciendose intérprete de sus sentimientos, lo qual la dió esfuerzo de tal modo, que el mas poderoso cordial no vigoriza los espíritus de un desmayado con tan buen éxito como sus palabras, los de Madamita, para hacerla volver de su letargo. Quando la vió ya libre de aquel primer miedo que la havia sobrecogido, la dexó manejar por sí misma, y entonces habló à su esposo con todas las expresiones de que era capáz su discurso, con lo que al punto éste formó mejor concepto de ella, como se dexó comprender por sus demonstraciones de alegria.

Despues de haver pasado algunas familiaridades entre los novios, llegando hasta el extremo de hablarse en secreto; llaneza que fue generalmente aplaudida de los circunstantes, quiso Madama Espina introducirse en la conversacion, y fue poco à poco torciendo el discurso, para hablar de telas, encàges, &c. Ella deseaba que el novio dexàse à su discrecion todo el cuidado de las prevençiones que eran indispensables, porque su amor maternal lo dispondria de modo que tuviese mucha quenta à su hija. El novio, que mejor empleado, en lo menos que pensaba era en estas vagatelas, condescendió gustoso à las intenciones de la futura suegra, y aun la rogó le hiciese el favor de

de encargarse de este asunto, que para él era bastante enfadoso. Los novios continuaban sus conversaciones confidenciales, que à cada paso cortaba la suegra con nuevas preguntas.

Era una comedia ponerse à considerar por una parte la inquietud, y pasiones que entonces comenzaban à nacer en el corazón de un jovencito, viendose inmediato à aquella de quien ya antes de verla tenia la idéa de considerarla como la cosa de él mas amada, y cuyas confianzas solicitaba vivamente, bien que tuviese la seguridad de que dentro de pocos dias havia de estar en entera posesion; por otra parte una vieja empeñada con los mayores esfuerzos en poner en planta todo lo necesario para cumplir con la moda, la ambicion, y la vanidad. La buena crianza le precisaba à complacer à la suegra con sus respuestas; pero se echaba de vér claramente con quánta violencia las proferia.

Llegó la hora de comer, y huviera executado una accion sacrilega el novio, si no se huviese despedido; y así le fue preciso acomodarse al comun estilo, aunque contra todo su gusto. Partió, pues, según conjeturé, con bastante pena. Determinóse que volviese en aquel mismo dia, para ir en compañía de la novia à una gran tertulia que se havia de juntar aquella noche con este único objeto en casa de cierto caballero. A la despedida hubo su apretón de manos con las mayores expresiones de ternura, y estimacion, con lo que se dividieron la primera vez de toda su vida aquellos dos corazones, que ya creían amarse, y apenas havian llegado à conocerse.



La partida del novio dió lugar à que Madama Espina descargáse una severa reprehension contra la pobre hija. La turbacion del primer encuentro fue la primera culpa que la riñó, llamándola tonta, olvidadiza; despues recorriendo todas sus acciones, las halló otros tantos delitos; el manejo del abanico; los movimientos de la cabeza; el modo de jugar la boca; las ojeadas fuera de tiempo; y hasta las mismas respiraciones fueron objetos de su riguroso examen: El Señor Haya puso fin à esta quimera tan imprudente; y aunque no se terminaron aqui las correcciones, se suspendieron durante su presencia.

## CAPITULO XXII.

*De las Máscaras, y la Tertulia.*

**L**AS centinelas de vista son fastidiosísimas para dos que bien se quieren, y así en lo sucesivo resolví evitar quanto pudiese los lances de presentiar los amórosos coloquios de estos dos nuevos amantes; observando sin alteracion desde aquel dia la política con el Señor Nuez-Moscada de no faltarle à todos los actos de cortesía, si me encontraba con él, pero separandome inmediatamente. Este modo de manejarme fue mui bien recibido del novio, luego que comprendió el motivo; por lo que quando tenia que hablarme, me hacia una seña para que me detuviese; y despues siempre me dió à conocer su inclinacion, y cariño.

Tulipán, hijo tercero del Señor Haya, no era

mui

mui aficionado à incomodarse por servir à qualquiera amigo; antes bien, dedicado à hacer unicamente lo que era de su gusto, dexaba á cargo de sus hermanos el cumplir con las urbanidades, obligaciones, y demás empeños de su familia. Aquel dia, sin saber por qué, se brindó à irme acompañando à la Plaza, en donde se esperaba concurriese una multitud de máscaras, ya por la solemnidad del dia, ya porque lo sereno del cielo estaba convidando à la diversion. Esta distincion, que Yo no esperaba, fue para mí de mucho gusto; bien que de ella, y de la estrechéz que desde el tal lance tomó conmigo este joven, tuvieron origen todas las funestas aventuras que me exercitaron por algunos años, y me obligaron à detenerme en aquel Continente, como se verá en la série de esta Historia. No puede evitarse el destino, y Yo mismo parece que me le iba procurando à toda prisa con la satisfaccion que recibí por el referido convite que acepté sin repugnancia.

En la Plaza, que es magnífica, y grande, havia una muchedumbre de Pueblo. No eché à perder el tiempo en examinar las extravagancias de la plebe, pues el cúmulo de necedades que ésta suele practicar, creyendo distinguirse con delicadas invenciones, no debe ocupar las reflexiones de un forastero. Rogué al Señor Tulipán me guiase al parage en donde se juntaban los sugetos mas visibles, con ánimo de divertirme hablando, viendo, ò paseandome con ellos; pero al contrario de lo que esperaba, no hallé otra cosa que confusion, encon- trones, y apreturas.

Formase cierta calle de dos filas de sillas, puestas



ras unas enfrente de otras, dexando en el medio un espacio de terreno, capáz de ocuparle ocho, ò diez personas de frente. Las Monas que creen embobar à los que se andan paseando, ò con la riqueza de sus adornos, ò con qualquiera otro incentivo, que pueda dár pábulo à los ojos, se sientan en estas sillas, teniendo cada una al lado à su cortejo: Sería mui reparable, que en aquella publicidad estuviera el marido sentado cerca de su consorte. El espacio intermedio de estas sillas se llena de máscaras con tanta abundancia, que se hace quasi imposible el caminar sin peligro de sofocarse. El fin de las Monas se frustra absolutamente, pues la multitud impide el detenerse, bien para admirar el buen gusto, y valor de las telas que las adornan, bien para advertir los gracejos con que solicitan encantar à los que tienen la curiosidad de fixar en ellas la vista.

Yo no podia permanecer en aquel estado tan violento; quién me daba un empellon; quién me hubiera echado à tierra, à no detenerme el que estaba mas próximo, à quien Yo tambien necesariamente tenia que atropellar; y quién me honraba con los títulos de bestia, y de pedazo de jumento; uno me pisaba un pie, haciendome pasar un dolor excesivo; otro se quejaba de que Yo le estorbaba el paso, siendo así que estaba ocupado el camino con gran número de personas, à quienes no tenia Yo derecho de obligar à que franqueasen lugar para poder ir adelante. Corria sobre mi cabeza un aire friísimo, al mismo tiempo que tenia toda la camisa calada de sudor, y así recelaba encontrar en aquel paseo tan delicioso alguna calentura maligna

na. No obstante tantas incomodidades, los Simiopolitanos están locos con aquella diversion que consideran como una de las mas gustosas que pueden gozar en toda su vida.

Cerca ya de dár mi ultimo aliento, rogué à Tulipán me sacáse de aquel infierno; pero como él estaba imbuído en las idéas comunes, y con la costumbre se havia habituado à mirar aquella junta, como una de las mayores delicias, no queria condescender à mis distancias; además de esto tenia otras miras; esto es, esperaba que llegáse cierta Monita, que era el unico objeto de todas sus ansias, y dandome gusto, era caso forzoso perder la ocasion de estar con ella. Viendole, pues, tan renitente en concederme una gracia que podia ser el punto decisivo de mi vida, le supliqué que me permitiese retirár. Pues teneis, me respondió, el gusto tan depravado, que no os divierte un placér tan grande, como es el veros rodeado de la flor de las personas mascultas de la Ciudad, seguid vuestra inclinacion; y si quereis que os presente esta noche en aquella tertulia en donde ha de concurrir toda nuestra familia, id dos horas despues de anochecido à esperar-me à la Botillería que llaman de la Desgracia, que alli iré à buscaros. Contento con esta despedida, me separé à toda prisa de aquel lugar de mortificacion, con la resolucion firme de no volver allí en toda mi vida.

Haviendo examinado el parage que havia en la Plaza con menos concurrencia del Pueblo, me encaminé ácia él, en donde pasé un rato paseandome confuso, y maravillado de que personas racionales pudiesen deleitarse tanto con unas cosas que



realmente incomodan demasiado: Admirado siempre, y embebido del todo en mis pensamientos, no puse la atencion en los muchos objetos que me rodeaban, dignos acaso de igual cuidado, y reflexion; pero à este tiempo llegó à mis oídos el eco de una voz que no estrañé, y me hizo volver de la abstraccion que ocupaba mis sentidos: La voz era de Roberto, el qual se andaba paseando en compañía de Jacinto, y los dos ocupados solamente en el examen que iban haciendo de todo aquello que se les presentaba, aun no me havian descubierto. Asegurado, para no padecer equivocacion, mediante haver escuchado con mayor atencion el habla, y haver advertido bien sus vestidos, estaturas, modo de andar, y demás señas de sus personas, no dudé llegarme à ellos; se admiraron de verme solo, y me preguntaron, qué se havia hecho Tulipán: Contéles todo lo que me havia sucedido, y con tan vivos colores pinté la impresion que hizo en mi fantasía, aun no sosegada, aquel aborrecido paseo, que al paso que me tuvieron lastima, no pudieron menos de soltar la risa; les rogué me permitiesen en su compañía, cuya gracia à pocas instancias me concedieron.

Ya havia anochecido, y el frio era tan grande, que nos obligaba à marchar de alli, y buscar un parage mas templado: Me preguntaron, adónde, y à qué hora tenia que ir à esperar à mi compañero Tulipán, y luego que satisface esta pregunta, se ofreció Jacinto à acompañarme, y à que esperasemos à que viniese, para ir todos juntos à la tertulia. No podia haver para mí ofrecimiento de mas gusto que éste en la ocasion presente. La Botillería señalada

era una de las infinitas que se encuentran en cada esquina de la Ciudad, en las que es el agua el principal capital de su trato. En ella la multitud de los concurrentes nos subministraba un mar de reflexiones; nos divertimos à costa agena con sumo gusto; y si quisiera hacer descripcion de todos los objetos que se presentaron à nuestro examen, me separaria demasiado del hilo de esta Historia. Vino ultimamente à la hora señalada Tulipán, y todos juntos nos encaminamos à lograr una diversion, que como nueva, excitaba vivamente à nuestra curiosidad.

Fuimos, pues, conducidos à un gran Palacio, en el que nos recibieron sus dueños con la mayor política. Entramos en una sala espaciosa, exquisitamente pintada, è iluminada con una muchedumbre de antorchas, igualmente lo estaban las piezas inmediatas, y todas adornadas con quanta riqueza, y buen gusto es imaginable: Havia concurrido toda la Nobleza de ambos sexos, que era numerosa, con la curiosidad de vér à la novia. En el luxo havian echado el resto con especialidad las Monas que estaban sumamente brillantes con el oro, y joyas que las engalanaban, y reverberando en la pedrería los rayos de las innumerables luces de la iluminacion, daban mayor realce à sus bellezas. No podia ser mas magnífico, y grande el espectáculo: Yo me quedé atonito, y admirando mucho las riquezas de la clase de los nobles, ò por mejor decir, el deseo de llegar al extremo.

Hallé en aquella escogida asamblea à muchos sujetos de los que trataba, con quienes me era fácil entablar conversacion para informarme de los nombres de las personas que no conocia. Muchas Señoras



ras me honraron con sus miradas con alguna particular demonstracion. Madama Betónica fue la primera que me habló, y à cierta Señora que estaba inmediata, dixo quanta estimacion hacia de mi persona.

Estaba Yo mui hueco en aquel parage, porque en él parecia, que todo procuraba à porfia adular al natural amor propio; quando vine à ponerme à la vista de Madama Nispero, cuya presencia me traxo à la memoria haver sido despreciado de ella aun en qualidad de bestia, segun su imaginacion: Esta, que alimentaba en su corazon un implacable odio contra nosotros, por haver perdido la distincion de hospedarnos, no dexaba ocasion en que no nos procuráse castigar de la culpa, que era unicamente suya: Contaba el desprecio que havia hecho de nosotros, y nos pintaba con los mas viles coloridos: Aquella noche hizo que me aproximáse, y me preguntó, si me acordaba de mis vergonzosos principios: Os propongo, añadió, esta pregunta, porque me parece, que con la mutacion de estado se os advierte una gran distincion en vuestra afectada modestia, antes os conocimos abatido, y humilde, y aora, si no me engaño, mas erguido de lo que era razon. Este tan bochornoso desaire me picó en sumo grado. Sí, respondí, sí, Señora, me acuerdo mui bien que me sujeté por mi voluntad à una cadena; y tambien tengo presente vuestro insensato juicio acerca de nuestras personas; ni echaré igualmente en olvido, que para volver à verme tuvisteis que ir despues de muchas súplicas à visitarme à una pobre alquería; como tampoco el sumo terror que imprimió en vos mi poder, lo que podria repetir siempre que me

me pareciera. La di esta respuesta con resolucion, y buen tono de voz, de conformidad, que quedó avergonzada aquella Mona tan poco cauta, que se atraxo la irrision de las Señoras circunstantes, al paso que me honraron, llenando de aplauso mis palabras. Asi, por lo regular, finalizan los insultos de los sobervios.

Determiné despues ir observando los varios divertimientos à que se aplicaba la nobleza en aquella tan magnífica concurrencia. En la sala, y demás piezas inmediatas havia preparadas muchas mesas, al rededor de las quales estaban sentados alternativamente diversos Monos, y Monas. Lleguéme à una, para vér lo que alli hacian; y reconocí que toda su ocupacion consistia en ciertos cartones quadrilongos, y en ellos pintadas algunas figuras, que entre nosotros serian mas quiméricas, ò menos significativas que las chinescas; uno de los circunstantes tomaba aquella porcion de papeles, y los reducía à un solo monton; pero inmediatamente arrepentido de su trabajo, deshacia toda la obra, y los repartia entre los demás; estos los iban recibiendo gustosos; mas al punto arrepentidos tambien, ò acaso enfadados de tenerlos en la mano, los tiraban uno à uno sobre la mesa; entonces uno de los presentes los volvía à juntar, y repetía la distribucion de ellos, la que siempre finalizaba del mismo modo que llevo dicho.

No podia Yo acabar de entender, qué significaba una ocupacion tan inútil, y enfadosa; y se aumentaba mi admiracion al paso que advertia el tiempo que duraba; jamás huviera creído que una junta de tanta nobleza empleáse horas enteras en aquella



lla obra tan continua, y siempre sin diferencia: Por casualidad se llegó ácia allí Narciso, al que pregunté, qué era lo que hacían aquellas Señoras, y aquellos Caballeros, dando tan cruelmente tormento à aquel hacecillo de papeles: Están jugando, me respondió: Ya me hago cargo, repliqué; de que no es esta una obra seria; pero queria saber, qué es lo que aqui se trata: Sonrióse el joven, y me explicó el misterio lo mejor que pudo, aunque no à proporcion de lo que necesitaba mi curiosidad, que no quedó del todo satisfecha.

No será fuera de proposito referir aqui algunas particularidades de las Damas que estaban aplicadas à aquella diversion. Jugaban en la mesa que Yo estaba mirando dos; la una mui atenta, y con una seriedad, que imponia sujecion à quantos se hallaban presentes; repetidas veces reñia con asperza à cierto caballero joven que estaba sentado enfrente de ella, por algunos defectos que à mi parecer no merecian la pena de sus reprehensiones; cada cartón de aquellos que tiraban sobre la mesa, la excitaba unos movimientos, como si estuviera convulsa; y luego que quedaban todos con las manos vacías, repetia sus amargas quejas: Yo, hablando con sinceridad, no puedo decir si eran bien fundadas; pero sí puedo asegurar mui bien, que jamás he visto tratar una cosa de juego con tanta seriedad, y señorío.

La otra Señora que jugaba, era Madama Zannahoria, que del todo opuesta al carácter de la sobredicha, parecia que todas las acciones con que se manejaba, se terminaban à complacerse en no imitarla en cosa alguna. Hablaba continuamente ya con-

con uno, ya con otro de los que estaban à su lado; daba risadas sin motivo, y volvía los ojos à todas partes con mas velocidad que el camaleon: Un jovencito que estaba el mas inmediato, recogía los referidos papeles quadrilongos, quando la pertenecía repartirlos, y los echaba sobre la mesa, quando ella debía executar esta accion; de conformidad, que Madama no tenia que emplearse en otro trabajo que en el de tenerlos en sus manos. Esta jovial Señora puso en mí la vista, y no pudo detener la risa, acordandose del coscorron que me dió con la puerta en la cabeza, y de su caída à mis pies: Contó à los presentes el suceso con tal alegría, como si refriese alguna gloriosa accion que hubiese executado. Estuvo chanceandose conmigo, aunque sin ofenderme; queria que prometiese resarcirla la pérdida de su perrito; y de aqui fue diciendo por vía de gracejo mil extravagancias, con que divertia à los oyentes, al paso que la otra buena Señora hipcondriaca estaba rabiando de vér el aplauso que tributaban à la viveza, y desembarazo de Madama Zanahoria, de la que, segun las muestras, ó no era mui amiga, ó no aprobaba el modo de hacerse bien vista en aquella concurrencia; acaso era tambien motivo de su impaciencia considerar, que los chistes de la otra suspendian algunos ratos el juego, en el que ella empleaba todo su calor natural, y una atencion digna de mejor objeto.

A este tiempo entraron diversos criados que traían unas salvillas llenas de vasos, que contenian cierta materia sólida, brillante, y de diversos colores: Luego que me presentaron una, para que escogiese à mi gusto un vaso de aquello que Yo no



sabía qué era, mas por hacer lo que hacian todos, que por deseo que tuviese de satisfacer la curiosidad, ò el apetito, alargué el brazo para tomar uno, y al punto sentí en la mano un mortal frio, que hallandome desprevenido, me hizo entrar en sospecha de si acaso era acometimiento de algun insulto apoplético; el retirar la mano, y mudar de color fueron cosas que me sucedieron à un tiempo: La prontitud del movimiento, la alteracion del semblante, y la turbacion inmediatamente dieron à conocer mi ignorancia à la siempre jocosa Madama Zannahoria, que dió principio à una ridícula comedia à mi costa; levantóse de la silla, y me preguntó si me havia quemado, y tomando despues un vaso, hizo à pura fuerza que tragáse una porcion de aquel material, con lo que consiguió que se me heláse el paladar, el tragadero, y aun las tripas: sus gracejos me hicieron volver sobre mí, y al paso que me dieron à conocer mi yerro, me pusieron tambien palpables las extravagancias de aquel Pueblo, en donde tienen valor de alimentarse con hielos en el rigor del Invierno.

Despues de este ultimo pasage, cansado de mirar un juego, que no podia acabar de entender, me levanté, y separé disimuladamente de aquel puesto, para solicitar la diversion con otros objetos mas de gusto. Paseandome por la sala, advertí à un lado una rueda de Señoras, que me pareció estaban en la mas seria conversacion: Lleguéme, y Madama Betónica, que era una de aquellas Damas, me brindó inmediatamente con asiento; obrando con una regular crianza, no podia rehusar su atento convite, y asi me puse à su lado, y con atencion à la

la materia que se trataba : Era entonces el asunto las telas de sus vestidos ; cada una alababa la suya , procurando realzarla respecto de la de las demás ; referian el lugar en donde se havian fabricado ; el Mercader , de quien las compraron ; el Sastre que havia cortado los vestidos ; y ultimamente el dinero consumido en todo esto , bien que añadiendo cada qual alguna mentira tocante à los gastos , para dar mayor mérito à los suyos ; de las telas pasaron à los encages ; todas enseñaban à porfia los suyos , alabando lo fino de ellos , la labor , y lo subido de su precio. Uno à uno de esta suerte pasaron por examen de estas Monas , quantos adornos trahian sobre sí , y qualquiera que entendiera de cuentas , pudiera alli haver ajustado lo que todas ellas costaban por junto , y quanto valía cada una en particular , rebajando el valor de su cuerpo , y sus talentos ; bien que aunque todo entráse en una misma suma , añadiría al principal una cantidad cortísima.

Una de estas Damas , llamada Madama Criadilla , que con ánimo , sin duda de aumentar las rentas de su casa , mediante sus particulares labores , no paraba de hacer nudos en cierta porción de seda que tenia devanada en una como lanzadera de Texedor , me habló asi : Decidme , Señor forastero , ¿ las Damas de vuestro País ( en caso de que fuera de éste las haya ) tienen el buen gusto de divertirse como nosotras , hablando de los vestidos , y demás ornatos ? Y á que quereis saberlo , Señora , la respondí , os digo con la mayor sinceridad , que en nuestros Países las Damas , ò mugeres , nombradlas como quisiereis , tienen formada mejor idea de la grandeza ; aunque ataviadas con un increíble luxo ,



no advertiriais que jamás se den una mirada à sus adornos; y si acaso hai alguno que quiera adularlas, alabando el buen gusto, ò lo sobresaliente de ellos, al punto desvanecen aquel discurso, desdendiéndose de hablar de lo que tratan, ò aparentan tratar con todo desprecio; de este modo mas parece que ellas solicitan honrar à las alhajas que emplean en su uso, que no que sus ornatos sean quienes à ellas hagan mas apreciables, que es lo que las Damas de este País parece que pretenden, realzando el valor de todas sus riquezas. Quedó Madama Criadilla mui confusa con mi respuesta, quando estaba creyendo que con su pregunta me havia dado pie para aplaudir el buen gusto, y delicado discernimiento de ella, y sus compañeras.

Haviendo hablado tan claro, no era razon detenerme mas con aquellas Monas, à quienes se puede decir havia quitado yá la libertad de adular à su natural pasion, entreteniéndose con cosa que tanto las agradaba, mediante lo qual para no serlas molesto, hechos los acostumbrados cumplimientos, executé lo que pensaba, que era marchar à otro lado. Al que mas cerca ví en la sala, fue à Roberto, que estaba hablando de Europa con el Presidente; estaban los dos tratando la materia con mucha seriedad, y lo que Yo queria era divertirme, por tanto evité el encuentro, y me introduxe en una pieza inmediata, en la qual no jugaban. Havia en ella algunas Señoras jóvenes en conversacion; pero los Monitos que tenia à su lado respectivo cada una, estaban callando, por tratarse puntos, à cuyo conocimiento no podia llegar su incapacidad. Aunque ninguna era de mis conocidas, la libertad que

que me habían dado en aquel lugar, me permitia detenerme en donde mejor me pareciera: Ví una silla desocupada à un rincon de aquella estancia, y determiné ocuparla, desde la qual, fingiendo que no estaba en lo que hablaban, pude escuchar todos sus discursos, sin que hiciesen reparo en mí.

Tratabase allí el punto importante de las Amas de criar, asunto que tanto suele ocupar el entendimiento de las Señoras; cada qual contaba sus sucesos, como acaecimientos nunca vistos, ni oídos, no obstante que los de todas concluían, en que aquella de quien se hablaba no tenia yá buena leche; no omitieron referir la abundancia de la de algunas Amas, y cada Señora contaba, como en ciertas ocasiones havia tenido la dicha de poseer un tesoro semejante. Quedé instruido con la dicha conversacion, de que, quando se tienen que buscar tales muebles, el color, la edad, y la robustez son las circunstancias à que dan la preferencia las madres.

La formalidad con que éstas ponderaban sus máximas, y la inutilidad del objeto, que à la verdad no es materia para controvertirse en conversaciones públicas, me llegaron à fastidiar de modo, que hice ánimo de separarme de aquel puesto, y lo huviera executado à no haver advertido, que cansadas de tratar de las vendedoras de su propia sangre, pasaban à tratar de otros asuntos. Introduxose el punto de los embarazos, en que no se omitieron las varias incomodidades à que por este motivo están sujetas; pero lo que mas interesó la fisica especulacion de estas Monas, fue el antojo, y la inexplicable impresion que causa en ellas. De este fue facil pasar al tratado de los Monitos: Las alabanzas



que cada una daba à sus chiquillos, las pueriles frioleras que contaban como cosa de suma entidad, y el pronóstico que formaban acerca de sus destinos, me hicieron conocer claramente que el entendimiento de estas Monas estaba tan en mantillas como sus hijos.

Acavaronse tambien estos pasages, y determinaron contar las gracias de quando ellas eran chiquitas, apropiabanse todo quanto podia dar mayor realce à la hermosura, y à la viveza, y poco faltó para que parase en quimera, queriendo hablar todas à un tiempo: Mientras se trataron los demás puntos, observaron mutuamente toda buena crianza; pero el presente era demasiado delicado, para tener ellas la paciencia de dar lugar à la que hablaba, de que instruyese mui despacio à los oyentes con la historia de sus propios méritos, armóse tal confusion, que no podia entenderse una palabra, mediante lo qual, pensé seriamente en alexarme de allí, y buscar en otra parte alguna ocasion de emplear mejor el tiempo.

Por largo espacio anduve solicitando en los varios corrillos que havia en cada pieza, alguno en que poder entretenerme sin fastidio, pero me fue imposible satisfacer el deseo: En todas partes, en donde havia Señoras, eran los discursos como los referidos; y los Monos no parece havian llevado otro destino à aquella concurrencia, que el de ponerse cada uno al lado de su Mona. En vista de esto, me pareció lo menos malo volverme à mi primer estado, esto es, ponerme à ver jugar, aunque en esto no halláse gusto alguno; pero no bien me havia determinado, quando llegó el Señor Haya à  
aví-







avisarme de que yá era mui tarde , y así , que se hacía forzoso retirarnos; no podia jamás traherme mejor nueva: Avisó à todos los demás de su familia; y Yo me ausenté sin la menor desazon de un parage , en donde , aunque havia satisfecho mis sentidos por la suntuosidad , y aparatos de los concurrentes , mi espíritu al mismo tiempo havia tenido que sentir muchos enfados.

## CAPITULO XXIII.

*Del juego, y bailes de estas Provincias.*

**N**O cesaba de instarme la curiosidad acerca del juego , por lo qual quería averiguar este punto radicalmente. Jacinto tuvo à bien instruirme , dandome una justa idea de él , y despues de haverme explicado que cada uno de aquellos cartones quadri-longos representaba una diferente figura , y que todos se dividian en quatro clases , me significó el uso de ellos , segun los diversos juegos à que cada uno se aplica. Con estos papelillos , que llaman naipes , se hacen dos especies de juegos , unos llamados mixtos , y otros de pura suerte; el primero es un compuesto de arte , y acaso ; al segundo dirige unicamente la fortuna , y consiste , por lo regular , en adivinar si un naipe saldrá à los números pares , ò los nones : Esta ultima especie de juego me pareció tan singular , que no acababa de persuadirme , à que hubiese criaturas racionales que gastásen el tiempo en la pueril curiosidad de averiguar la disposicion que tenia un naipe , despues de haverlos mezclado todos juntos sin orden alguno.

No



No teneis que admiraros , me dixo Jacinto; son infinitas las personas que se emplean en esto, y ocupan noches enteras por satisfacer esta aficion que llamais puerilidad, y sería digna de compasion la necedad de tales sugetos, si se contuviesen dentro de estos límites; pero es lo peor, que exponen à cada vuelta una gruesa cantidad de dinero, dexando à la contingencia el arbitrio de aplicarsela mas bien al uno que al otro de los jugadores: De este vicio nacen repetidas veces inmensos daños, y aun la total ruina de opulentísimas familias. Si quereis, añadió, informaros con vuestros mismos ojos de este abuso quasi increíble, Yo os llevaré à una casa que es el principal asiento, y metrópoli en donde reina el juego.

Acepté la oferta, y mi amigo no faltó à su palabra. Me conduxo, pues, à una casa tan llena de gente, que me causó notable espanto: El aire nada puro que se respiraba; el calor que quasi me ahogó à la primera entrada, y sobre todo, la prodigiosa multitud de pisadas que huve de sufrir, me renovaron la especie de la incomodidad de la Plaza de las Máscaras, quando Tulipán me hizo el agasajo de una diversion tan penosa: Con la memoria, pues, de mi anterior suceso no quise dar un paso mas adelante en un lugar tan lleno de peligros, y repitiendo mil gracias à mi amigo, volví pies atras: El se vino tambien conmigo, y me dixo: Yá que no os acomoda satisfacer vuestra curiosidad en esta casa, dadme el gusto de permitirme llevaros à un puesto mas secreto, en donde veréis el valor, ò por mejor decir, la locura de los jugadores. Como no se trate, le respondí, de que me estropeen, ò de que mue-

muera ahogado, os seguiré adonde quisiereis. Guióme, pues, à un parage estrecho, y opaco, como boca de lobo: Entramos, y vimos sobre una mesa una portentosa cantidad de oro: Estaba sentado un Mono trabajando con su baraja, mientras un pequeño Monillo, de quien podia formarse un diseño del furor, andaba solicitando todos los modos de hacerse infelíz en un momento: Gritaba este miserable, daba patadas, de que eran participantes los que estaban próximos, armaba un pleito con cada uno, y le faltó mui poco para tirarme un candelero à la cabeza, porque observó que me reía: Por lo que mira al otro, que tenia los naipes en la mano, se valía de la ocasion con las furias de su contrario; estaba inmoble como una estatua, y aumentaba su dinero con el que perdía el incauto joven que jugaba con él. Nos separamos de aquella estancia, en donde se me angustiaba el corazon, con la lástima que me daba aquel pobre mentecato.

Al salir de tan abominable lugar, pregunté à Jacinto, si se usaba entre ellos tener Hospitales para los locos; cuya pregunta satisfizo sabiamente, respondiendome, que si por qualquiera defecto se debía caracterizar por loca à una persona, era necesario que toda la Ciudad fuese Hospital. No hai Filósofo, añadió, que discurra con tan buenos fundamentos acerca de los vicios, y principalmente de el del juego, que es el que le domina, como aquel joven que tanto os ha maravillado; aunque esto se entiende quando tiene lexos la ocasion; conozco mui bien, y es mui amigo mio: Diversas veces ha solido decirme, que atraído de una secreta violencia, en cierto modo se encuentra obligado contra



tra su voluntad à satisfacer à esta pasion , que de-  
testaba , y que en queriendo resistirla siente interior-  
mente un fuego que le consume , y que le martiri-  
za con los efectos de un cruel furor: Quando él  
empieza à jugar pierde absolutamente el uso de la  
razon , y le vereis como uno que está embriaga-  
do, sujeto à tantas extravagancias, quantas ha-  
veis advertido , y que suelen muchas veces expo-  
nerle à peligrosos acasos: Por tanto es mas digno  
de lástima , que de menosprecio ; aunque sus deli-  
rios en el juego le hacen aborrecible à los ojos de  
lo general de la Ciudad , que no conociendo su in-  
terior modo de pensar , le reconoce culpable , y  
digno de desprecio por los defectos que advierte  
tan palpables.

Faltaban aún dos horas para medio dia , y no  
queriendo retirarnos tan temprano à casa , resolvim-  
os ir à visitar à alguna Señora; estabamos dudo-  
sos sobre qual havia de ser , quando me hizo pre-  
sente Jacinto una cierta Madama Cebolla , que era  
reputada por literata entre las Monas. Se debe ad-  
vertir , que no era de aquellas Damas de que abun-  
daba por entonces la Ciudad , que unicamente por  
seguir la moda se aplican à leer qualquiera libro sin  
discernimiento , hablan de todas materias , todo lo  
deciden sin duda alguna , y transforman las voces de  
su idioma nativo, substituyendo términos de las len-  
guas forasteras, todo con el fin de parecer eruditas:  
Hablaré de estas tambien à su tiempo.

Volviendo à Madama Cebolla , entré en deseo  
de conocerla , y asi resolvimos finalizar la mañana  
en su compañía: Encontramosla con un Poeta; pe-  
ro luego que la dieron el recado de que deseaba-  
mos

mos la fortuna de que nos admitiese à su conversacion , nos recibió con mucha política ; mas el Poeta no se dignó aun de mirarnos. Con el fin de adquirir gran reputacion en presencia de un forastero , fue introduciendo conversaciones de todas materias ; de las que daba razon tan magistralmente, que embobaría à qualquiera que no penetráse la ligereza de sus discursos. Era necesario adularla ; Señora y sabida ; qué dos títulos para que no la tributásemos las alabanzas mas bien sonantes , aunque fuesen faltando el verdadero mérito ! Me preguntó , si havia en mi País Señoras que se aplicasen à los libros : Respondíla que entre nosotros son pocos los exemplos que se cuentan de mugeres doctas , à causa de que juzgamos ser las Ciencias armas muy peligrosas en manos de una Señora. Asi puntualmente replicó sucede en esta Ciudad , en donde se condena que nosotras deseemos saber , y se aplaude à las que gastan su juventud ociosamente : Soltó despues la tarabilla contra todas las Monas , y principalmente contra las que sin estudio pretenden saberlo todo ; esto llevaba la mira de formar por consecuencia el panegírico de sí misma : Mezclaba de quando en quando ciertos términos antiguos , que aplaudía el Poeta con los movimientos de la cabeza , pero manteniendose siempre sin hablar una palabra.

No hallé en esta Mona tanto mérito como se ponderaba , no obstante que se esforzó quanto pudo para dar muestra de sus habilidades. El Poeta que hasta este punto no havia despegado sus labios , debió de cansarse , y habló finalmente así : Vosotros Señores en una palabra , haveis venido à incomodar à Madama Cebolla , por solo satisfacer



vuestra curiosidad , y oír al oráculo de nuestro siglo; yá que estais servidos podeis desocupar el puesto , y dexarnos en libertad , para tratar los puntos mas recónditos de la literatura. Teneis razon respondí, de desear nuestra partida , pues por tan largo rato hemos abusado de la tolerancia de esta Señora; pero me parece que no es à vos à quien tocaba hacernos una advertencia tan clara , y tan distante de toda buena crianza.

Fué forzoso no obstante , obedecer el decreto; y no me pesó mucho el ausentarme de una persona , de quien no havia formado mui grande idéa. Me instó la curiosidad à preguntar , quién era el dicho temerario Poeta , y averigué como era un Monuelo de cortos haveres , y de ninguna estimacion , que haviendo advertido en esta Mona la vanidad de parecer literata , se havia determinado à hacerla la Corte con sus ciertas miras. Madama Cebolla era viuda y rica ; con lo que está descubierto el misterio : Andaba captando su benevolencia à costa de adulaciones, por si podia pillarla por esposa , ò entrar en posesion de sus caudales : Conocía su falta de merito , y asi se oponía à que ella trabáse alguna amistad; y baxo el título de zelo, de que no la interrumpiesen sus literarias taréas, ocultaba los zelos , ò por mejor decir , los temores de perder una dote tan ventajosa.

Pasados algunos dias me dixerón , que se disponia para dentro de corto tiempo un baile magnífico, al que havia de ir la novia, y toda su familia; fué esta para mí una gustosa noticia por el deseo que tenía mi curiosidad de nuevos objetos. No tardó en llegar la noche , destinada para esta fiesta. Nosotros

tros (segun nós previnieron nuestros amigos) estábamos precisados à mandarnos hacer unos vestidos mas ricos, que los que ordinariamente llevabamos: Seguimos pues, el estilo, como nos havia aconsejado, y así tuvimos que pagar bien caro el gusto de aquella funcion mucho antes de llegar à desfrutarla. Si aún à nosotros fué forzoso cumplir de este modo con la tiranía de la costumbre; puede cada qual figurarse quan excesivos serían los gastos que se ocasionarían con este solo motivo. El luxo llegó à un grado sublime; los Monos no querían ceder à las Monas el mérito de ser los principales que tributasen inciensos al idolo de la vanidad; pero éstas no consintiendo que se violasen sus derechos, pretendieron la sorpresa con nuevas invenciones, y efectivamente consiguieron sorprehender al zelo de aquellos Señores.

El vestido de las Damas en estos lances es distinto del ordinario. Lo principal del ornato consiste en un hueco, y riquísimo brial, que vá sostenido sobre cierta máquina, formada de unas desiguales figuras elíticas paralelas. Un cierto instrumento, que está ancho por el pecho, pero que vá à proporcion estrechandose, hasta apretar barbaramente los costados, está cubierto con cierta tela, que desde los hombros à la cintura vá ajustada, pero en llegando alli, queda libre enteramente, y recogida; por detrás todo lo que debía ir arrastrando, cuelga no mas que hasta los pies, disminuyendose siempre, para acabar quasi en punta. El mucho peso de la referida máquina, la apretura del dicho instrumento, y sobre todo el cuidado para que no se descomponga alguno de los rizos de sus cabellos, ha-



cen andar à estas mártires de la vanidad tan tiesas, y presumidas, que apenas conocía à aquellas mismas con quienes estaba hecho à tratar frecuentemente. Mérezca perdon mi ignorancia; pero permítaseme decir, que se me figuraban una manada de pavos, quando mui huecos de plumas, con las alas arrastrando, colgando el moco, y la cola estendida en figura de abanico, van haciendo mui vanos la rueda por el corral, en que nacieron, siendo objetos de admiracion, y respeto à las gallinas, patos, gansos, y otras semejantes avecillas domésticas, è insensatas.

Era esta funcion en el Palacio del primer Ministro, que acostumbraba convidar anualmente à la Nobleza, para tenerla propicia; y andaba diestro en tomar así sus medidas, pues estos festejos, con que cortejaba à lo mas visible de la Ciudad, le hacian mas bien visto, y conciliaban mas la estimacion de las Señoras, y de los jóvenes, que todos los grandes servicios que de su conducta, y continuados desvelos experimentaba el Estado. Puede creerse, que la magnificencia correspondería à la calidad del personage que se hacía cargo de aquella fiesta; todos los aparatos eran brillantes en sumo grado: Los adornos, la abundancia, y delicadeza del refresco, el número de las mayores habilidades en la Música, y finalmente, todo quanto puede imaginarse, respirar una verdadera prodigalidad, concurría à hacer conceptuar una alta reputacion del primer vasallo del Reino. En ninguna otra ocasion antes, ni despues de ésta se ofreció à mi vista en aquella Metrópoli igual lucido concurso de la Nobleza de uno, y otro sexo.

Es-

Este Ministro no paraba, recibiendo à todos con un aire de agrado, y política tan excesiva, que claramente daba à entender tenia mas gusto en agradar à los sugetos, que componian aquella concurrencia, que aun ellos mismos de ser convidados para la tal diversion, siendo así que la tienen una inclinacion todos los Monos superior à quanto pueda ponderarse. Luego que llegámos, cumplimentó à la novia con el mayor agasajo, y la conduxo à que ocupáse el primer puesto entre todas las Señoras, y volviendo despues à nosotros, nos dixo: ¿Vosotros tambien, amigos míos, haveis querido venir à honrarme con vuestras personas? Bien que con eso se os proporciona ocasion de conocer en este lance, quanto aventajan à las nuestras las grandezas de vuestra Europa; no obstante, os ruego aceptéis con generosidad de corazon lo que tal qual alcanzan nuestras fuerzas. Respondió Roberto à estos cumplimientos en los terminos de la mejor política, y buena crianza; quedando nosotros aún mas pagados del buen recibimiento de tan grave personage, que del honor de ser admitidos à presenciar la ostentacion de sus riquezas, y liberalidad.

Dióse finalmente la orden para començar la fiesta, y una Mona joven à la derecha de un semejante Monuelo, fueron los primeros, que observé destinados para romper el baile. Estuve con la mayor atencion examinando estas danzas, y así describiré con toda sinceridad quanto se me puso à la vista. Estos dos, à quienes mas bien calificué de enamorados, que de esposos, luego que llegaron al puesto se saludaron recíprocamente con una cortesía; dadas despues las manos, se adelantaron unos  
quan-



quantos pasos, cojeando yá del un pie, yá del otro, y andando lo mas de puntillas; finalizados estos primeros pasos, soltaron las manos, y quan grande fué la ligacion, y estrechura antecedente, tanto era el retiro que siguió à ésta; si la Mona se encaminaba à la derecha, retirabase el Mono à la izquierda; mudaban despues de parecer, y marchando él al lado derecho, inmediatamente huía ella al opuesto; y asi para observar aquella distancia, parece tenían puesto todo su cuidado en hacer el uno lo contrario, à lo que el otro executaba, por lo que puede imaginarse, que si se empeñaba la Mona en marchar hácia el Oriente, tomaba al punto el caballero la determinacion de hacer su viage hácia Poniente: Despues de repetir estas huidas diversas veces, parece que convinieron en volver à unirse; en efecto, alargaron el brazo derecho, y se dieron la mano; pero volvieron à dividirse inmediatamente: Intentaron de nuevo hacer las paces, siendo el medio para ellas darse la otra mano; pero sin saberse el motivo se digustaron nuevamente, y volviéron à los primeros pasos, hurtandose uno à otro el cuerpo del modo que llevo referido: Cansados en fin, de repetir una misma cosa, se encaminaron con los brazos abiertos à darse mutuamente las dos manos, saludáronse de nuevo; y despues se separaron para siempre.

Desagradóme esta pesadéz eterna, que llamaban baile, y creyendo siguiese à la primera otra danza, en la que Yo pudiese lograr una diversion de mas gusto, previne la atencion para observar la nueva pareja, que havia ocupado el puesto para empezarla; pero con notable sentimiento mio ví, que

que repetian las mismas vueltas, y las propias acciones ; en una palabra , continuáron por algunas horas en estos juguetes , para mí de sumo fastidio, del mayor placer y aplauso para todos los concurrentes. Hallabase junto à mí un Mono viejo observando con tanta atencion à los que bailaban , que parecía que era aquella la vez primera, que presenciaba semejantes funciones : No me pareció sería demasiada impertinencia preguntarle , cómo se llamaba aquel baile perpétuo ; rogandole me diese alguna explicacion de un enigma que no entendía, y que se me figuraba un puro juego de niños. El viejo , que era un Mono de buena crianza , no tomó à mal que le interrumpiése su atencion ; y cortesmente contextó en esta forma:

Las costumbres presentes dixo , estuviéron antiguamente en toda su fuerza ; y quien no tiene conocimiento de la antigüedad , las juzga absolutamente nuevas : Este mismo era el estilo que havia para conversar , y tratar con las Damas. Nuestros sabios antepasados procuráron dexarnos en estas danzas , que llamaron baile de amor , una instruccion , ò mas bien una crítica de lo que con esta pasion nos sucede: Se emprende con sinceridad, y respeto de los dos sugetos amantes ; y esto se explica en este baile por aquel acompañarse dadas las manos , y por el atento modo de saludarse ; de alli à breve tiempo falta la union , y buena crianza ; para darlo à entender , havréis advertido como el Mono se poné el sombrero, y se separa de su compañera: El cojear unas veces de un pie , y otras de otro ; y aquel andar de puntillas significan lo primero , la incertidumbre para resolverse al Matri-

mo-



monio, que le hace balancear yá al lado de la libertad, y yá al de la dulce coyunda, lo segundo, la cautela para no empeñarse, sentando bien el pie en un camino tan lleno de espigas: Las huidas, retirios, y oposiciones explican los comunes artificios de que se sirven para aparentar mas preciosa la conquista de una alhaja, que si se logrása con demasiada facilidad se disminuiría su valor: Aquel darse respectivamente yá la una mano yá la otra, explica los primeros empeños, aunque no completos todavia, pues à estos siguen siempre nuevas dudas; se estrecha finalmente el lazo, que es lo que symbolizan las dos manos; despues de lo qual se renuevan los saludos, y los dos totalmente se separan; para significar, que no bien forman los consortes el vínculo, quando se hallan arrepentidos de esta union, y con toda cortesía se dan mutuamente licencia de encaminarse por donde se les antoje, baxo el seguro de no poder jamás volver à reunir sus ánimos, yá con la posesion fastidiados.

Dí muchas gracias al cortés, y docto viejo, que sin duda debia de haver encontrado tan preciosa erudicion en algunos mármoles antiguos, ò en las reliquias de alguna mohosa medalla, pues en las Historias de aquellos Pueblos no se halla noticia de semejante institucion. Para que nada me quede que decir de lo que observé en aquella fiesta, no pasaré en silencio, que de quando en quando turnaban con los bailes, de que he hecho mencion, ciertas danzas compuestas de diversas parejas de bailarines, pero no pude comprehender en ellas otra cosa, que una confusion, quizá mas bien por no saber seguirlas, que por defecto del arte con que se havian

vían inventado: Noté que el sentido del tacto hacia allí mui bien su papel; las Monas de menos recato eran las mas apetecidas para aquellas manio-  
bras, y los jovenes mas osados los primeros que solicitaban lugar en la danza.

Gran parte de la noche havia pasado, y no se trataba de poner fin à aquel fastidio; ya comenza-  
ba à no poder abrir los ojos, molestad del sueño, y mis deseos eran de estar en donde poder satisfa-  
cerle: Conocí por experiencia, quàn sensatos fue-  
ron los antiguos, segun se colige de sus proverbios, y quàn significativo sea aquel que suele decirse co-  
munmente: *No hai diversion que no canse*. Llamé à Narciso, y le pregunté, si faltaba mucho para aca-  
barse aquella fiesta: No es del caso, me respondió, pensar en eso, hasta que el Sol esté visible sobre  
nuestro orizònte. Oído tan barbaro decreto, deter-  
miné retirarme debaxo del balconcillo de los Mu-  
sicos, adonde sin que en mí hiciesen reparo, me re-  
costé para dormir descuidado, hasta que finalizáse  
el baile; en cuyo caso no costó poca dificultad à  
los hijos del Señor Haya encontrar el lugar de mi  
escondite.

## CAPITULO ULTIMO.

### *De la boda de Madama Lechuga.*

**S**E aproximaba por momentos el instante en que  
la novia debia borrarse del catálogo de las solteras, è  
introducirse en un orden, que, quanto mas le de-  
sean, tanto mas llevadero es para ellas el sentimiento



de una pérdida que trae consigo las incomodidades, y penas de la vida matrimonial. Tal vez introducirian los sabios Legisladores la costumbre de tantos aparatos de júbilo, de grandezas, y de aplausos, para desvanecer de la mente de las novias las fastidiosas impresiones de la vergüenza, y las que igualmente se debian originar del paso de una vida tranquila à un estado lleno de tribulaciones. En otros tiempos, acaso, fueron necesarias todas estas precauciones; pero el dia de hoi se ha desterrado por lo general de entre las Monas juvenes aquella bien parecida repugnancia, que nacia de una verdadera vergüenza; de tal conformidad, que ya no digo con fausto, y alegría, pero aun à costa de abatimiento, y tristeza comprarian aquel tan suspirado momento.

Uno de los muchos preparativos de la vanidad (que tiene tan hondas raíces en los corazones de las Monas) era el estilo de poner los adornos, destinados para la novia, à la vista de todos; para este efecto se colocan sobre unas grandes mesas los vestidos, las cofias, los zapatos, y hasta los calzones, si acaso, como muchas, ha de ponerselos. El separarse de un uso tan brillante, aplaudido, y necesario en unas bodas solemnes, huviera sido un delito detestable para con la nobleza de la Corte; y asi no podia creerse que acarrearían sobre sí culpa tan grave Madama Espina, y su hija, que en ventolera nocedian un paso à Dama alguna del Reino. Puse, pues, à cargo de la madre la disposicion de los infinitos arreos de boda, ordenandolos de tal manera, que su colocacion diese mayor realce à la quantità, hermosura, y valor de ellos mismos; ella cum-

cumplió como maestra , con quanto se havia dexado à su inspeccion.

Luego que todo estuvo dispuesto , se franqueó la entrada à las Damas, y Caballeros , para que admirasen las profusiones del novio: Las Señoras demonstraban el mayor deseo de entrar à gozar de tan bello espectáculo , aunque por cumplir con la moda , y no porque en ello tuviesen un verdadero gusto , pues mas bien querrian mortificar su curiosidad , privando à la vista de unos objetos que no pueden ser de mucha satisfaccion à su natural envidia: El padre de la novia , que por lo regular tenia un bello discernimiento de las cosas , aunque alguna vez se dexaba llevar del comun torrente , condescendiendo con su aprobacion , ò repugnancia , segun las leyes del uso , y la preocupacion , estaba sumamente contento con todo aquel aparato ; y suponiendo que havrian hecho en mi espíritu una igual impresion aquellos objetos que en él havian despertado notables sentimientos de complacencia , y consuelo , quiso le djesem parecer acerca de aquella costumbre de poner à pública vista las preciosas alhajas de boda. Yo le respondí con toda sinceridad , que en la tal moda encontraba una ligereza de genio , que no podia producir mui grande opinion à favor de quien la seguia , ò à lo menos de quien la havia introducido: Yo os concederé , replicó el amigo , que una vanidad sin límites es quien ha originado semejante uso ; mas con todo eso nos vemos quasi precisados à seguirle , pues aunque le confesemos fuera de proposito , si huvieramos de atenernos en nuestras operaciones unicamente à aquello que tiene su apoyo en las máximas de la razon , sería nece-



sario desterrar de la vida culta, y civil la mayor parte de las acciones. De este modo el Señor Haya, sacando fuerzas de flaqueza, fue baxo el pretexto del decoro buscando disculpas à la falsedad de su juicio en aquella materia; falsedad que deducia su principio del error comun, y del particular interés.

Creyendo despues hallarme de mejor parecer acerca de las idéas de grandeza, que del que me havia oído, por lo que miraba à aquella ridícula afectacion, quiso le dixese, qué eco me hacia tanto cúmulo de riquezas: Yo, que comprendí su deseo, y que sigo la máxima de no ser escaso de sinceridad con aquellos amigos que no solicitan se les adule, respondí de este modo: La vista de cosas tan bellas, y magnificas hace en mi espíritu aora la misma impresion, que en alguna otra ocasion me causaron, tratando de telas, el buen gusto, y riqueza del Mercader en la qüalidad, y qüantidad de ellas, y asi no haciendose tanto caso de una tienda proveída con mas abundancia que la que aqui se vé, me parece que una familia tan rica, y noble como la vuestra, no debia hacer ostentacion de una cosa en que se la iguala qualquiera Mercader por mediano que sea. No puso mui buena cara el amigo con mi respuesta; pero desde luego aseguro que en lo succesivo no será tan aficionado à estas estudiantas demonstraciones.

Llegó, finalmente, el suspirado dia de la boda. No intento describir la magnificencia de los adornos, la profusion en todo genero de cosas, y el numeroso concurso de la nobleza. La madre, y la novia estuvieron todo aquel dia inaccesibles hasta el mismo momento de la solemne ceremonia: Solícitas en

en adornarse con todo aquel cuidado que requerian su natural propension, y tan importante circunstancia, se encerraron bien de mañana en el sagrario del luxo, adonde no permitieron entrar sino à sus doncellas, y à las Maestras del arte, mas acreditadas en la Ciudad. Ciertas lenguas maldicientes quisieron decir, que en aquel gabinete intervenian algunas acciones de Magia, mediante el uso que hacian del pelo cortado de cabezas de Monas muertas; y de cierta nabaja con que cortaban quasi de raíz aquel pelo que suele ofuscarlas las entradas, teniendo el atrevimiento de crecer demasiado sobre sus frentes.

Dióse al público, por ultimo, la novia vestida de una manera que hasta entonces jamás havia Yo visto, siendo tambien el peinado de una nueva invencion. Llegóse la hora de la funcion, y Yo con deseo de vér sus acostumbradas ceremonias, me retiré à un rincon de la sala, desde donde esperaba notarlas todas sin molestia; pero no me evitó la incomodidad mi escondite, porque determinó cierta Mona venir à sentarse junto à mí, y en lugar del saludo, me favoreció por un costado con aquella ancha máquina, que baxando desde la cintura à los pies, ahueca los briaes, como las velas de un gran navio, hinchadas con el viento; uno de los haros que la componen, llegó à entrar seme por un hijar con tanta fuerza, que me obligó à desamparar el puesto; en cuyo intermedio se efectuó el solemne rito, que es brevísimo, sin que Yo pudiese verlo. Al punto se oyó resonar por toda la sala un armonioso estrépito de instrumentos musicos, y todos los presentes se prepararon para vér bailar à la novia; hallabanse alli los primeros sugetos del Reino, y  
asi



asi Yo no ponia duda en que à uno de ellos se daria la preferencia , para que la acompañase ; pero me engañé; un temerario Bailarin se apropió este honor; y lo que es mas (con notable admiracion mia) nadie tomó satisfaccion de aquel atrevimiento ; semejante avilantéz , me parecia debia haver desconcertado la magnificencia de la funcion , en consideracion de que tantas grandezas se afeaban con la indignidad de permitir , que un obscuro , y asalariado Mono se mezclase entre tanta nobleza, y tuviese valor para distinguirse con una tan particular prerrogativa.

Los cumplimientos , y los aplausos fueron los primeros frutos de esta solemnidad; gastóse con alegria lo restante del tiempo , coronando todas las acostumbradas formalidades una magnífica cena, à que asistieron los parientes mas cercanos de los novios. Hasta estos terminos , sin pasar adelante , se estiende mi descripcion , pues no quise tener la excesiva curiosidad de averiguar los secretos del tá-lamo , y los misterios del amor. A la mañana siguiente à la boda , esparcieron por la Ciudad varias voces aquellos que pretenden saberlo todo ; pero como sus relaciones no excedian las lineas de lo verosimil , de aqui era , que sus inventores no podian temer ser convencidos de falsedad por falta de jurídicos testimonios.

Aqui será bien poner fin à la segunda parte de mis memorias, ya por tomar algun reposo de la fatiga , aunque ligera ; ya porque en estos tiempos fue quando tuvieron su termino mi alegria , y mi sosiego, habitando un Reino tan distante de mi patria, donde por espacio de dilatados meses entre las

co-

comodidades, aplausos, y real beneficencia comenzaba Yo à olvidarme de las pasadas desgracias, y à creer asegurado mi nuevo estado de vida en firmísimos cimientos, capaces de resistir todos los embates de la contraria fortuna; mas el Cielo, que acaso desaprobaba estos principios de presuncion, ò que quería experimentar de quánta fortaleza estaba proveído mi corazon para resistir los contratiempos, me preparaba una série de infortunios, que havian de ser el medio de nuevos descubrimientos, y despues de un encadenamiento de sucesos ya prósperos, ya adversos, me prevenía las proporciones de volver à mi patria.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.